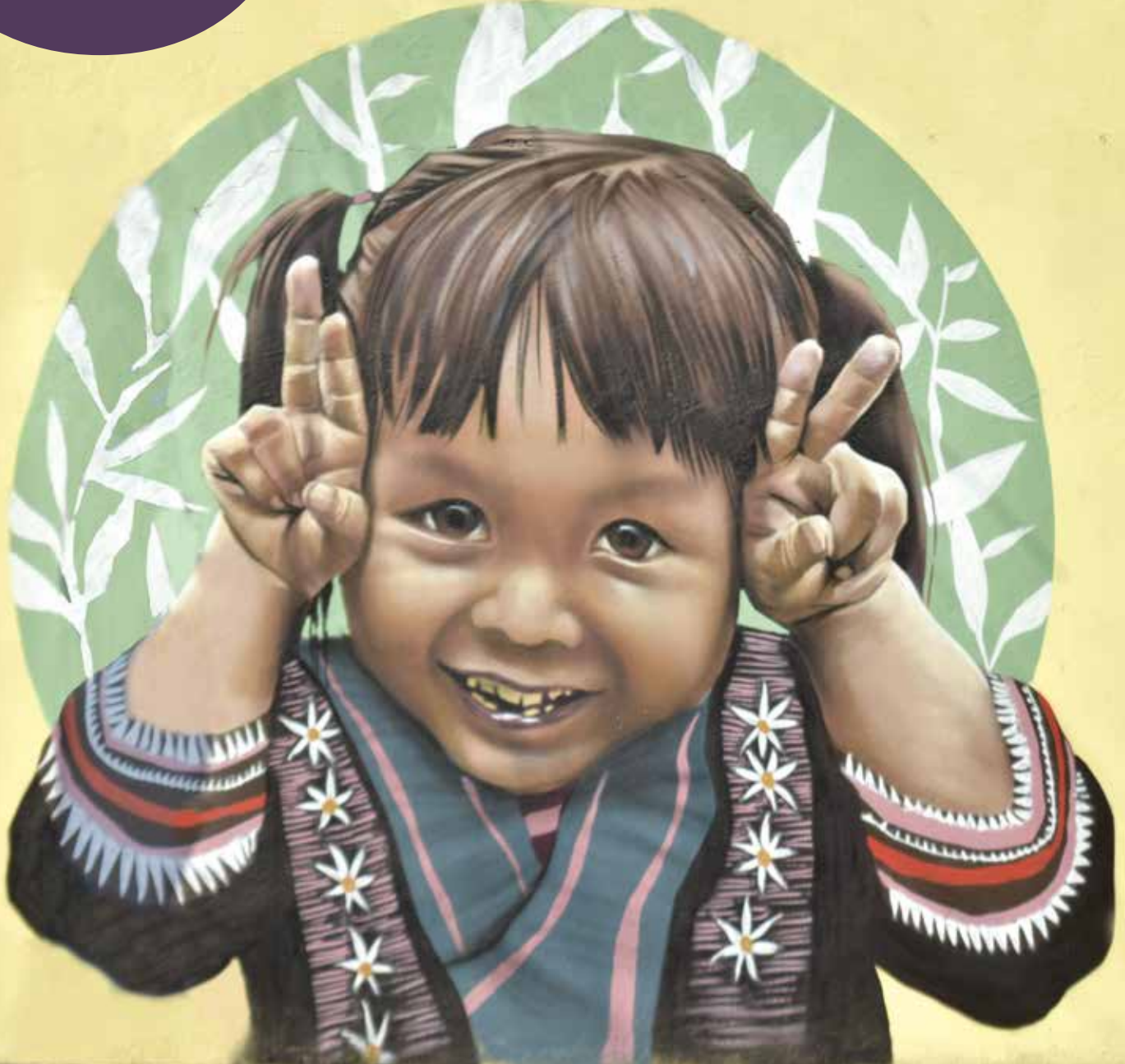


# Conciencias

Pensar la TRANSFORMACIÓN



morena

## REARTICULACIÓN POLÍTICA EN MÉXICO

FABRIZIO MEJÍA MADRID • ARMANDO BARTRA • HÉCTOR ALEJANDRO QUINTANAR

**INFP**  
INSTITUTO  
NACIONAL DE  
FORMACIÓN  
POLÍTICA

2

Septiembre, 2021

### MEMORIA HISTÓRICA

Enrique Semo • Consuelo Sánchez Rodríguez  
Mario Ruiz Sotelo • Gabriela Pulido Llano

El trabajo pictórico que acompaña este número de *Conciencias* es posible gracias a la generosidad de los artistas y de quienes coordinaron el libro *Iztapalapa mural 2019-2020*, que reproduce parte de los siete mil murales que con diferentes técnicas se han realizado en la alcaldía más poblada de la Ciudad de México. Es parte del Programa Camino Mujeres Libres y Seguras, que recupera los espacios públicos de una de las zonas más pobres y marginadas de la ciudad, pero con gran tradición cultural y social, en donde cada vez se nota más el impulso de programas económicos, educativos, artísticos, de desarrollo comunitario, de infraestructura, de servicios. El rostro físico de la demarcación se ha transformado de unos pocos años para acá, además, con la galería pública más grande de América Latina en que se han convertido sus muros en obra negra, que de manera paulatina se iluminaron con arte.

La destreza técnica, la capacidad creadora, la composición, el color, el trazo, el oficio de los artistas se conjuntaron con las historias de las comunidades que del recelo pasaron al regocijo al identificarse con las pinturas que reflejan su realidad, sus gustos, tradiciones, recuerdos, donde se plasman su memoria, sus anhelos. Lo mejor de todo es que el arte no es un espejismo con el que se pretende esconder la realidad, sino que se integra a la imagen urbana y a la narrativa de la gente, que acoge y se reconoce en las pinturas, además de sentir otro ambiente menos hostil, donde percibe un encuentro con sus raíces y siente orgullo por el lugar donde vive, donde se hace el camino seguro. (Recordemos lo que se simulaba hace unos cuarenta años en la gran urbe: se levantaban bardas y se encalaban para tapar la miseria de los *palomares* detrás de los muros; en algunos se ponían rótulos para impulsar la defensa del idioma español o para engañar al pueblo con propaganda política.)

Este inédito esfuerzo por cambiar la estética de las calles de la ciudad es casi seguro que encontrará eco en muchos lugares donde también se siente la transformación estructural del gobierno de Andrés Manuel López Obrador, que con visión integral procura el bienestar de los habitantes de México sin distingos ni límites, más que los que impone la imaginación, la esperanza, el trabajo creador.

## El presente del pasado

La memoria es también un problema político, pues la manera en que miramos el pasado está atravesada por los intereses y reivindicaciones del presente. Es por eso que el debate surgido a raíz de las conmemoraciones centenarias en México ha puesto de manifiesto la disputa por la memoria histórica y ha delineado, por si hiciera falta, el antagonismo ideológico que caracteriza hoy el complejo escenario político.

El Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) y sobre todo la Cuarta Transformación que impulsa reconoce su herencia y se asume como su continuadora, en tanto expresión del mismo anhelo de justicia que impulsó las gestas populares y transformadoras de la Independencia, la Reforma y la Revolución Mexicana. Así que no es casual que sea precisamente nuestro partido-movimiento, así como el gobierno que de él emana, el más interesado en el actual ejercicio de debate y reconciliación histórica en torno a los 500 años de la caída de México-Tenochtitlín (1521) y el bicentenario de la consumación de la Independencia (1821). Actitud distinta a la posición evasiva —incluso despectiva— y al categórico rechazo a profundizar en la comprensión del pasado que es propio de aquellos que, descendientes políticos de los opresores de siempre, pretenden alzarse de nuevo con la victoria al condenarnos al olvido, invisibilizando el sacrificio de millones de hombres y mujeres que resistieron (y aún lo hacen) a la exclusión y la injusticia. Es ésta, la desmemoria, la pretensión de la derecha política en ambos extremos del Atlántico. Es ése uno de los fundamentos de la rearticulación política neofascista que se gesta hoy en distintas partes del mundo, en perjuicio de los pueblos y gobiernos que apuestan decididamente por el bien común y la justicia social.

En este número de *Conciencias* buscamos abonar a la discusión en torno a estos asuntos. En un primer momento, Fabrizio Mejía nos ayuda a pensar la rearticulación política de la derecha en México a tres años de la victoria popular de 2018, y nos muestra cómo a la base de este proceso se encuentra precisamente la disputa por el pasado. Por su parte, Armando Bartra y Héctor Alejandro Quintanar nos invitan a pensar el origen político de Morena y su estado actual en tanto partido-movimiento, reflexión aún más necesaria en la medida en que estamos obligados a rearticularnos y consolidarnos con el fin de hacer frente a una reacción dispuesta a recuperar del modo que sea la conducción de las instituciones.

Las contribuciones de Enrique Semo, Consuelo Sánchez, Mario Ruiz y Gabriela Pulido constituyen el *dossier* de este número. Estos trabajos deben ser vistos como ejercicios reflexivos y no como simple recuento historiográfico, pues con ellos lo que buscamos es comprender el momento presente a la luz de los eventos históricos que en este 2021 conmemoramos. Finalmente, el número cierra con un par de reseñas en torno a dos obras de reciente publicación: una, nos permite seguir explorando nuevas formas de mirar el pasado; la otra, nos convoca a reflexionar sobre lo logrado hasta ahora por la 4T, asumiendo con mirada crítica los retos que se avecinan y las distintas formas de enfrentarlos. Además, se incluye una conversación con Francisco Pérez Arce, que nos acerca a la labor editorial del Fondo de Cultura Económica en tiempos de la 4T y nos ofrece una mirada panorámica (que es en realidad una invitación a la lectura) de su reciente colección 21 para el 21, proyectada en honor a los centenarios conmemorativos.

# morena



## MORENA

**Presidente:** Mario Delgado Carrillo

**Secretaria general:** Citlalli Hernández Mora

**Secretario de formación política:** Enrique Dussel Ambrosini

## INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN POLÍTICA

**Presidente:** Rafael Barajas Durán

**Coordinación académica:** Juan Carlos Paizanni

### Miembros del consejo interno

Armando Bartra, Blanca Montoya, Consuelo Sánchez, Elvira Concheiro, Enrique Dussel, Felipe Ávila, Héctor Díaz-Polanco, José Gandarilla, José Valenzuela Feijóo, Karina Ochoa, Katya Colmenares, Paco Ignacio Taibo II, Paloma Saiz, Pedro Miguel

## REVISTA CONCIENCIAS

### Consejo editorial

Aldo Guevara, Bernardo Cortés, Carlos López, Cristina Cavalcante, David Pérez, Diego Matus, Juan Carlos Paizanni, Katya Colmenares, Mario López, Perla Valero

**Editor:** David Antonio Pérez Nava

**Corrección:** Carlos López

**Diseño editorial:** Paola Rodríguez

### Obra pictórica:

*Iztapalapa mural 2019-2020. Camino Mujeres libres y seguras, Ciudad de México, Primera alcaldía de Iztapalapa, 2020.*

**Sitio web:** [www.revistaconciencias.mx](http://www.revistaconciencias.mx)

[www.infpmorena.mx](http://www.infpmorena.mx)

Las autoras y los autores ceden a la revista *Conciencias* del Instituto Nacional de Formación Política los derechos de reproducción y distribución de sus artículos para su divulgación en todos los países del mundo, en formatos impreso y digital; sin embargo, la responsabilidad por lo expresado en los artículos, reseñas y obras visuales es estrictamente de ellos.

**MORENA Y LA REARTICULACIÓN POLÍTICA EN MÉXICO**

- Al fondo a la derecha. La oposición en tiempos de la 4T **7**  
Fabrizio Mejía Madrid
- Por un partido en movimiento. Lo que va de la posrevolución a la poselección **12**  
Armando Bartra
- ¿Regenerar contra quién? Los antagonismos políticos de Morena como elemento  
identitario en su proceso formativo **18**  
Héctor Alejandro Quintanar

**PRESENTE, PASADO, MEMORIA**

- Esplendor y caída de México-Tenochtitlan. A 500 años de la guerra de conquista **25**  
Enrique Semo
- La caída de Tenochtitlan: cultura y barbarie **28**  
Consuelo Sánchez Rodríguez
- El eterno retorno de México-Tenochtitlan **36**  
Mario Ruiz Sotelo
- Combatir el olvido. La memoria histórica en tiempos de la 4T **42**  
Gabriela Pulido Llano

**PROVOCACIONES LITERARIAS**

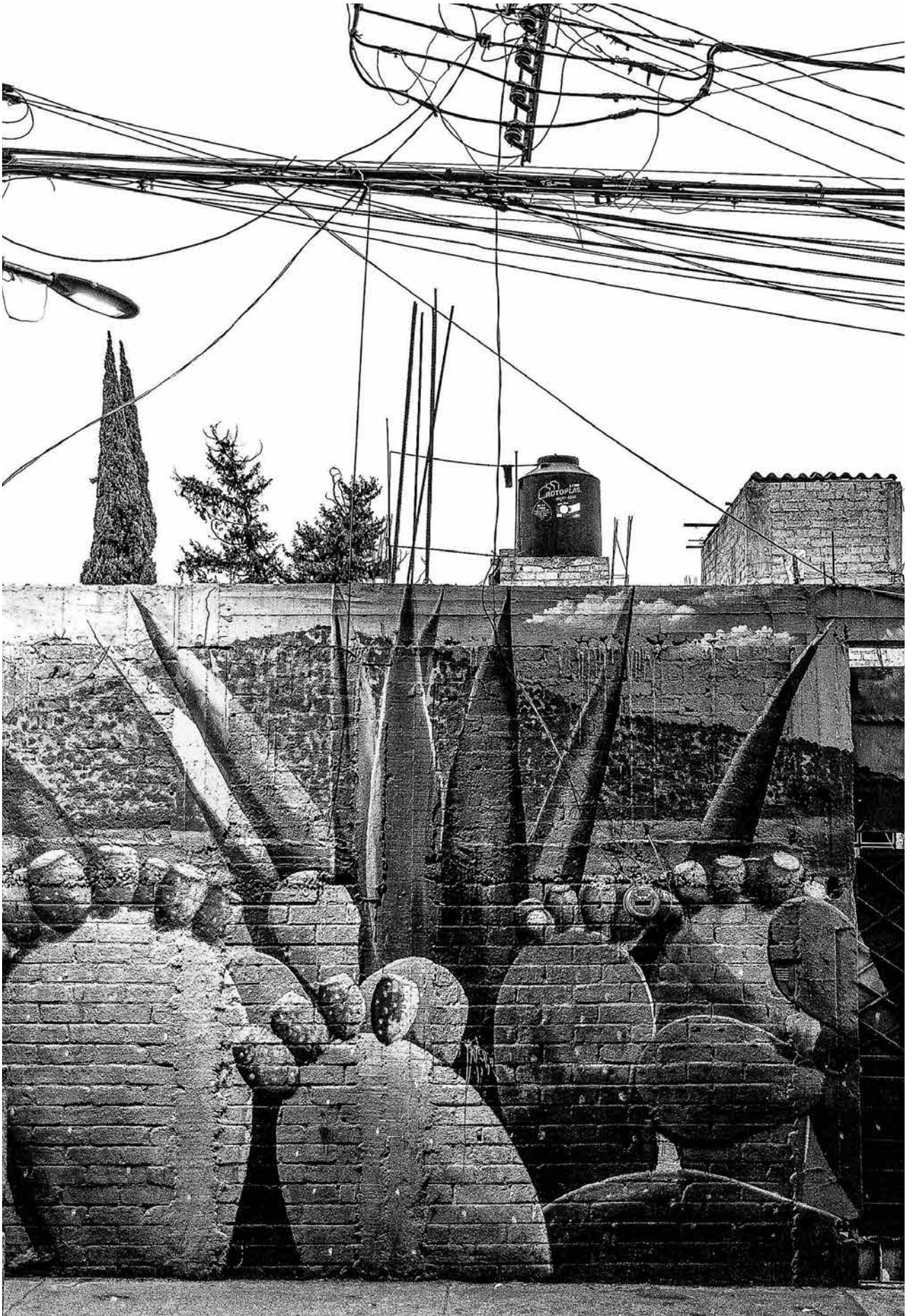
- El libro popular en México. En torno a la colección 21 para el 21 del Fondo de Cultura  
Económica **48**  
Conversación con Francisco Pérez Arce
- Nuevas formas de mirar el pasado. Sobre *500 años de la batalla por México-Tenochtitlán*,  
de Enrique Semo **56**  
Daniel Librado Luna
- Una subjetividad para la transformación social. Sobre *A la mitad del camino*,  
de Andrés Manuel López Obrador **60**  
Diego Ilinich Matus Ortega





# **MORENA Y LA REARTICULACIÓN POLÍTICA EN MÉXICO**







# AL FONDO A LA DERECHA

## LA OPOSICIÓN EN TIEMPOS DE LA 4T

**Fabrizio Mejía Madrid**

### LA SOBERANÍA RECUPERADA

El 13 de agosto de 2021, fecha en que México conmemoró los 500 años de la caída de Tenochtitlan, sucedieron tres cosas que dieron cuenta del tipo de reorganización de la derecha que enfrenta a la 4T. El partido de la ultraderecha española, Vox, emitió un mensaje en que bautizó a la Conquista como «liberación del régimen sanguinario y de terror de los aztecas». Al mismo tiempo, la revista *Letras Libres*, dirigida por Enrique Krauze (quien recibió el premio de las Órdenes Reales de manos del rey Felipe VI), publicó una monografía en donde se presenta a Hernán Cortés como un «modernizador». Finalmente, vía una investigación de Wikileaks, el sitio *Contralínea* describió una red secreta entre España y México que tiene a Vox y a la familia de Felipe Calderón como financiadores de la red clandestina el Yunque. Estos tres eventos señalan al hispanismo católico como una de las rutas elegidas por la derecha para disputar el pasado colonial y justificar una «modernización» mexicana que sería —al costo de la muerte y el sufrimiento de millones—, la adaptación del país a las nuevas reglas del neoliberalismo tardío. Así, el acto de toma de posesión del presidente López Obrador, donde se realizó una ceremonia con los pueblos originarios, sería calificada por algunos obispos y grupos de la ultraderecha, como el Yunque, de «ritual satánico».

El hispanismo católico está en la raíz nazi del Partido Acción Nacional desde su fundación en 1939. Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna, sus ideólogos, vieron a la dictadura de Francisco Franco como una defensa de la única cultura que reconocían como propia. En el fondo, ese movimiento es una forma —más que un contenido ideológico— y

reside en forzar al México de los pobres a resignarse a lo que dicte el llamado Occidente, que puede ser Estados Unidos o España. Quienes hoy reivindicán la cruzada cultural a favor de Hernán Cortés están justificando los saqueos de los sexenios de Acción Nacional y el de Enrique Peña Nieto a favor de las empresas bancarias, energéticas y de la construcción españolas: Repsol, OHL, Iberdrola, Santander, BBVA. Al final, esa derecha piensa que el país debería ser «como Occidente», mientras imagina el mundo como una escalera que hay que subir, a costa de los millones que no caben en ese modelo.

Esta disposición hacia la adaptación de México a los dictados de una elite exterior ha sido el resorte de la derecha anti-4T. Su principal problema con lo que representa el obradorismo es la soberanía, es decir, la posibilidad de que el Estado decida sobre asuntos de interés general, por encima de los privados. A lo largo de las presidencias de Carlos Salinas de Gortari a Enrique Peña Nieto, se destruyó al Estado mexicano en tres fases. Primero, al asegurar que todo lo público era ineficaz y oneroso; después, al privatizar bienes públicos que habían costado generaciones en levantar, como la industria energética. Luego, simplemente hicieron constitucional ese despojo a favor de los privados. En ese escenario, 30 millones de votos se oponen a esa idea articulada por el obradorismo: la corrupción está en el fondo de la destrucción de la soberanía.

Las formas en que se perdió la soberanía tienen que ver, ahora, con las estrategias que la derecha sigue para tratar de minarla. En general, entendemos la soberanía como la posibilidad de decidir sobre qué es relevante para que una nación se autoconservé. «La enérgica pasión para pensar lo general», la llamó Søren Kierkegaard, y aunque está representada por alguien, no es su voluntad sino la de una fuerza social que lo legitima. El que representa la soberanía en una presidencia, el Congreso o los gobernadores estatales está excedido por ella misma, nunca logra

representarla del todo porque actúa en condiciones y medios ya dados. En el caso de las presidencias del PRIAN, al entregar bienes públicos a los privados, al hacer instituciones autónomas de cualquier control social, y al entrar en tratos con el crimen organizado, esa pasión por pensar lo general se fue volviendo impracticable. Disperso entre poderes no-públicos, el poder se desplazó hacia un terreno donde ya no podía decidir sino sólo negociar. Ése fue el espacio desde el que se generó una gran corrupción entre privados y funcionarios públicos, con la desventaja de que el poder no era ya legítimo por los diversos fraudes electorales sobre los que se levantó. Los poderes se desplazaron hacia lo que hoy se entiende por la oposición a la 4T: empresarios que vivían de las condonaciones de impuestos, medios de comunicación que existían gracias a la publicidad oficial, organismos autónomos de todo control social, como el Instituto y el Tribunal electorales y los tres partidos que firmaron el Pacto por México. Todos ellos, en días pasados, han recurrido a algún poder que pueda contra la soberanía de los representantes electos: el rey de España, la OEA, el Departamento de Estado de EU. Las exigencias de estos poderes hacen todo el sentido desde la perspectiva de los poderes sometidos a una soberanía que no conocen: defienden su autonomía confundiendo su función con su esencia. Así, hay un «atentado contra la libertad de expresión» si se le replica a los medios desde el Palacio Nacional, o hay una «intención de destruir la democracia» si se anuncia una reforma electoral que haga menos turbias a las instituciones electorales. Ni el INE o el Tribunal Electoral son la democracia, ni los diarios *Reforma* y *El Universal* o TV Azteca son la libertad de expresión. Al expropiar a los ciudadanos ambas potestades, la democracia y la libertad de expresión, concentran sus esfuerzos en el presidente de la República, en su personalidad, su vestimenta, su forma de hablar. Es para no reconocer que no es a su soberanía a la que se enfrentan sino una voluntad común que demanda una acción continua. En el caso del espacio político que crea la 4T éste se da en el combate a la corrupción, que es un tronco que articula la mayor parte de las demandas contra la pobreza, los privilegios y la humillación cultural. Ese espacio es el de la información en *La Mañanera* del poder ejecutivo — no sólo es el presidente, sino los secretarios y gobernadores los que comparecen ante los medios— y el de las giras de supervisión de obras de infraestructura en las localidades. En espacio virtual de comunicación y geográfico de atención de demandas, la soberanía se calza y acomoda a las contingencias de lo real, no de los análisis en el escritorio. Es una nueva racionalidad política que toma en cuenta los números, pero abreva del contacto directo con los ciudadanos. Ante ese espacio de la soberanía inédita, la oposición decide quedarse sin lugar y apela al exterior. No crea un lugar propio en las nuevas condiciones de la soberanía sino que amenaza con «irse del país» o con pedir la

intervención de algún rey español o algún presidente de Estados Unidos. Sienten que «les quitan el país» y, en efecto, el espacio de lo político ha cambiado de coordenadas y esa oposición se niega a orientarse.

## DEL FRENA A AL SÍ POR MÉXICO

El martes 12 de noviembre de 2019, un oscuro funcionario del gobierno de Vicente Fox y expleado de la Coca-Cola, Gilberto Lozano, se presentó en la Séptima Zona Militar en Escobedo, Nuevo León, para pedirle a unos atónitos militares que «dieran un golpe de Estado» contra el presidente López Obrador. La idea, más mediática que organizativa, era anunciar un supuesto movimiento llamado Frente Nacional Anti-AMLO (Frenaa) y posicionar, como se hace con la mercadotecnia, que existía inconformidad con un gobierno al que se tachó de «comunista, dictatorial y traidor a la patria». Diez meses después, el 23 de septiembre de 2020, el Frenaa desplegó tiendas de campaña para niños en una esquina del Zócalo de la Ciudad de México en espera de que el presidente renunciara. Los poquísimos militantes de este movimiento rezaban en la explanada de la capital y ponían imágenes del presidente con cuernos y cola de Satanás. Centrados en una convocatoria dentro de las organizaciones parroquiales del centro y occidente del país, el discurso que pedía la renuncia presidencial partía de una incompreensión de la autoridad como representación política a la que confundía con ser «un empleado». De hecho, una de sus consignas más fotografiadas se dio en la preparación del plantón por la renuncia del presidente, en una de las manifestaciones con automóviles: «No quiero que me gobierne mi sirvienta». Entre otras declaraciones de los participantes, se alegó que «se le estaba dando dinero de México a los centroamericanos»; que las cifras de los homicidios eran «mayores que cuando Felipe Calderón» y que las vacunas contra la covid-19 eran «sólo para los de Morena». Con carpas vacías y una división interna que no atendió ni su líder, el Frenaa salió del Zócalo y se extinguió, sin más, el 21 de noviembre de 2020. Más allá de las burlas justificadas, ese gesto mediático dice mucho del fondo de esa derecha mexicana: xenofoba, clasista y dada a la paranoia de las teorías de la conspiración.

Si uno atiende el manual del golpe «blando» de Gene Sharp, se encontrará con los renglones torcidos de la oposición mexicana. Según el ideólogo estadounidense, el objetivo de los golpes blandos es impedir que los procesos democráticos creen alternativas al modelo neoliberal. Para ello, difunden cuatro tipos de información mediante medios tradicionales, cadenas de Whatsapp y redes sociales:

1. Toda autoridad es mala, aunque sea legítima.
2. No al diálogo ni a la cooperación política.
3. Usar a todos los poderes (medios, jueces, diputados y senadores) contra el presidente.

4. Acusarlo a él, a sus miembros del gabinete y a sus familiares de corrupción, sin pruebas.
5. Apelar a la policía o al ejército para que emprendan un golpe por la fuerza.

Más en concreto, el golpe blando empieza con campañas de distorsión informativa sobre inseguridad, corrupción o, en estos meses, el manejo de la pandemia. Se pasa, después, a internacionalizar las denuncias de falta de libertad de expresión y violación a derechos humanos. Mientras, se «calienta» la calle con manifestaciones que piden la fractura institucional. Se agudiza la guerra psicológica cuyo lema es la destrucción que se avecina. Se exige la renuncia del presidente y el aislamiento de su régimen mediante boicots y embargos económicos. Si bien estos renglones han nacido torcidos en México, no deja de ser notorio el apego a las reglas de Gene Sharp: los desplegados de los colaboradores de las revistas *Letras Libres* y *Nexos* para acusar falta de libertad de expresión o, en tiempos recientes, llamando a votar por el PRI, Acción Nacional y el Yunque en el centro del país; o bien, las campañas de desinformación sobre el número de muertos por la pandemia o la eficacia de las vacunas chinas y rusas, la utilización de grupos de choque de mujeres que se autodenominan feministas, los esfuerzos para «calentar la calle», aunque sea con carpas vacías; últimamente vamos en la visita a organismos internacionales como la OEA o la reunión del presidente consejero del Instituto Nacional Electoral con autoridades de los Estados Unidos que han alentado en el pasado golpes blandos como el de Honduras, Brasil y Ecuador, o más tradicionales, con el uso de las fuerzas armadas y paramilitares, como Bolivia y Venezuela. En lo social, han delineado dos espacios de ataque a la 4T: desde el ambientalismo, oponerse a la soberanía energética y, desde el feminismo, denunciar como machismo el que el presidente hable de la violencia contra las mujeres. Menos relevante pero no descartable es el intento por describir a la 4T como anticientífica o anticultural por la extinción de los financiamientos con dinero público a proyectos privados.

El 10 de noviembre de 2020, Claudio X. González y Gustavo de Hoyos, dos empresarios inconformes con la extinción de las condonaciones de impuestos, respaldaron al PRI, PAN y PRD como coalición para arrebatarle la mayoría en el Congreso a Morena y ganar los 15 estados de la República que renovarían gubernaturas. Era el reflujo de lo que fue el Pacto por México durante la aprobación de las reformas energética, laboral y educativa, que disolvió a izquierda y derecha en un amasijo de sobornos, pago de favores y reparto de instituciones. La idea de lo que se llamó Sí por México, se planteó como una oposición que no propone ni dialoga, que sólo boicotea desde los medios de comunicación y mediante los amparos en los juzgados contra las políticas de la 4T. Jamás ha salido de sus bocas una autocrítica a la condición en que entregaron el país después de 36 años de destruir

la soberanía del Estado. Se centraron en que, apenas a un mes de tomar posesión, López Obrador ya era el culpable de todo el desastre. Las organizaciones que convocaron de nuevo al Pacto por México, además de las 250 delegaciones de la Coparmex y las varias fachadas de Claudio X. González, fueron la Unión Nacional de Padres de Familia, que se ha amparado contra un nuevo contenido de los libros de texto gratuitos, la Red de Líderes Católicos, la Fundación Carlos María Abascal, Chalecos Amarillos, Cambiemos México y México Convoca, así como los colaboradores de las revistas *Nexos* y *Letras Libres*. Parecía haber un corrimiento hacia el centro, pensando que la ultraderecha era el Frenaa, pero no fue así. Muchos de sus convocantes se alinearon a un discurso opositor que, además de ganar en crudeza y violencia, utilizó una mentalidad de guerra: un conflicto se resuelve si desaparece una de las partes. Su ensayo destituyente, de total confrontación, sin propuesta más que la vuelta al pasado neoliberal, muy mediática, está alejada de un espíritu democrático mínimo. Su empeño es boicotear a corto plazo, negarle cualquier logro al gobierno federal, aun en los éxitos más palmarios, como el plan nacional de vacunación contra la epidemia, y buscar, a mediano plazo, la desestabilización. No habíamos visto nunca una oposición electoral así en México. Normalmente, los partidos asistían a algún tipo de cooperación leal al sistema. No ahora.

En una de las conferencias inaugurales de su plataforma común habló el hijo del expresidente Miguel de la Madrid, cuyo discurso pasó desapercibido, pero habla mucho de la ceguera opositora. Comenzó por definir al país como «de clases medias» y, enseguida, descartó que uno de los grandes problemas nacionales sea la pobreza. De ahí, intelió que no eran necesarios los programas de apoyo directo a los agricultores, pescadores, estudiantes de secundaria, discapacitados, madres solteras, ancianos. Lo que convenía, entonces, era alentar el «emprendedurismo», es decir, la ya fracasada política de Vicente Fox del vocho y el changarro. Acabó insultando a los pobres al decir que eran clientelas del presidente.

Armados de estos teóricos, los resultados de la elección intermedia del 6 de junio de 2021 fueron una derrota para lo que esta coalición encabezada por empresarios descontentos planeó: quitarle la mayoría en la Cámara de Diputados (sólo obtuvieron 199 diputados de los 500) y ganar las 15 gubernaturas (perdieron en 11). Pero, además del exgobernador de Chihuahua, Javier Corral —que había perdido ya hasta la facultad de designar a la candidata de su partido en el estado que gobernó—, ninguno de ellos reflexionó sobre su táctica de confrontación absoluta y total. Se fueron, en cambio, a denunciar injerencia del narcotráfico en las elecciones ante organismos internacionales. Sin lugar dentro de la recobrada soberanía, habitan un no-lugar político, una especie de centro comercial ubicuo donde se sienten seguros.

## SI NO LO ENTIENDO, ES QUE NO EXISTE

Buena parte de la desorientación de la oposición de derecha mexicana se debe a que nunca entendieron que la del 2018 no fue una elección más, sino la aparición de un nuevo espacio de soberanía. Para decirlo en una frase: López Obrador no es una persona, es lo que hay entre los obradoristas. El poder, por supuesto, no lo posee un individuo sino que sólo es real cuando los humanos interactúan en una causa común. Esto que se ha llamado en América Latina «la democracia plebeya» es la irrupción aquí de unos mexicanos que habían sido excluidos de formar parte de la patria. La política se convirtió en una forma de la pertenencia, del arraigo. Plantear los conflictos de manera pública es visto por la oposición como «polarización», cuando constituye, en sí mismo, la raíz de lo político. No quieren escuchar lo inaudito, menos ver lo invisible. Pero existe, a pesar de que lo desconozcan y le den explicaciones simplistas: sus electores fueron manipulados, son bots de la red, fueron engañados, pero se van a arrepentir. Se les pasó, por no conocerlo, la emergencia de un acontecimiento cultural de enorme profundidad en el país: se mutó de una voluntad colectiva, construida desde finales de los años ochenta del siglo xx, a la creación de un espacio de poder para que ésta se continúe, se repita. Es un poder como tal, es decir, no es coerción ni dominio, mucho menos violencia —que sería la demostración de un poder débil, como con Felipe Calderón—, sino la constitución de una forma de soberanía política plebeya. No opera, como podrían pensar los teóricos del Sí por México, contra la libertad de los otros, sino desde ella.

En cambio, la derecha recién recalentada mira con azoro el espacio de lo político, cuando nunca antes tuvieron que preocuparse por él: podían influir en las políticas públicas sin necesidad de organizarse. Que se diga que el problema es la corrupción entre políticos profesionales y empresarios les parece un atentado contra la iniciativa privada. Que se diga que hay racismo, no como simple prejuicio, sino como una estructura de despojo institucional, les parece racista. Que se ponga en el debate público que el «apoyo» a la ciencia y las artes estaba en manos de un reducido grupo les parece la destrucción de la inteligencia. Que se le repliquen las noticias falsas en los medios, un atentado a la libertad de expresión. Su desorientación en las nuevas coordenadas es, a veces, risible: confunden funciones, instituciones, facultades. Por ejemplo, a todo le ven cara de contrapeso: los medios de comunicación —cuya función es documentar el debate público— atacan con noticias falsas todos los días y se reivindicán como partido político de oposición; los consejeros del Instituto Nacional Electoral o sus magistrados en el Tribunal —cuya función es contar votos y sentenciar sobre controversias— se declaran antipopulistas o en defensa de un modelo restrictivo y formalista de

la democracia. Los «intelectuales» privilegiados en el viejo régimen —cuya función sería deslindar los temas de la agenda pública, sea política o cultural— se esmeran en confundir términos a tal grado de que López Obrador y su movimiento puede ser, en el mismo párrafo, Chávez, Putin y Trump. Los académicos —cuya función es investigar— se cubren de ira cuando se les dice que los grados doctorales no los hacen superiores a los demás. Se quejan de que se les diga que «hay otros datos», es decir, que la forma política que adquirió la antipolítica —la tecnocracia— ya no es intocable en cómo mide y para qué.

Lo que tenemos hasta hoy como oposición en México, es un neoliberalismo no-democrático que ha fracasado en imponer sus políticas públicas no obstante sus intentos fuera de los partidos, como el Frenaa o las *organizaciones civiles*, o dentro de ellos, como la redición del Pacto por México. En los énfasis se han vuelto a definir como más interesados en el crecimiento económico que en la distribución (basta ver la presión que ejercieron para un *rescate* empresarial pagado con deuda pública con el pretexto de la pandemia), menos dispuestos a reconocer la desigualdad extrema del país como un efecto de las privatizaciones y más como consecuencia de la falta de esfuerzo de los pobres. A diferencia de otros países de América Latina, en México la derecha no ha logrado imponer una visión regionalista donde una parte del país supuestamente trabaja y produce y la otra gasta ese dinero. Tampoco han logrado acreditar una influencia transnacional, por más visitas al rey de España, alianzas con Vox o con la NED del Congreso estadounidense. Como no pueden justificar el regreso al viejo régimen, han optado por el énfasis en políticas no-distributivas: el ambientalismo que se opone a todas las mejoras en infraestructura, un feminismo que no busca la autodeterminación sobre el cuerpo sino que sólo explota los feminicidios, y la seguridad pública, que no ve en la violencia una consecuencia de la desigualdad sino de la maldad intrínseca de ciertos sectores sociales. A diferencia de Brasil o Ecuador, el combate a la corrupción no lo pueden enarbolar porque muchos de sus más destacados miembros se han visto envueltos en casos judicializables. Tampoco puede proponer austeridad, dado el dispendio y los lujos de las burocracias doradas de sus gobiernos.

Así que ése es hoy el fondo de la derecha, que requiere una autocrítica al fracaso de su idea de confrontación total y destitución próxima. Acaso debería retomar el poco espíritu democrático que tuvo alguna vez y reformularse como una oposición leal a la nueva soberanía y sus coordenadas. El modelo ya obsoleto y sin idea de futuro que enarbola difícilmente tendrá más votantes que los que ha logrado con la alianza de todos los partidos. Tal parece que es tiempo de que se construya un lugar propio dentro del sistema democrático y, sobre todo, dentro un país que sigue ahí para que lo conozcan. ☉



# POR UN PARTIDO EN MOVIMIENTO

## LO QUE VA DE LA POSREVOLUCIÓN A LA POSELECCIÓN

**Armando Bartra**

**E**l 28 de agosto de 2021, el presidente nacional de Morena, Mario Delgado, declaró a la prensa que «los movimientos progresistas de Lula en Brasil, de Correa en Ecuador y de otros países latinoamericanos permitieron el avance de la derecha porque falló el partido». Reconoció que después de 2018 Morena se «extravió» y llamó a «una reorganización y movilización sin precedente» para enfrentar el «desafío que tenemos por delante, que es la ratificación del mandato del presidente López Obrador».

Las palabras de Delgado, incluyendo la comparación con lo sucedido en países del Cono Sur, me parecen certeras y oportunas. Yo sólo añadiría al desafío de ganar la ratificación de mandato, el reto de impulsar la reorganización y movilización social en asuntos que también son estratégicos, pero no estrictamente coyunturales como el revocatorio, los comicios del año próximo y la elección presidencial de 2024. Y es que, sin este cotidiano activismo social —del que Morena ha estado ausente prácticamente desde que se constituyó como partido— la izquierda no podrá enfrentar con éxito las pruebas netamente comiciales. Los votos no se ganan sólo convocando al voto.

\*

En 2021 Morena superó satisfactoriamente dos desafíos: la elección de medio camino en la que logró la mayoría en la Cámara de Diputados y 11 de los 15 gobiernos estatales en disputa, y el intenso trabajo de difusión previo a la consulta popular que ayudó a que los males del neoliberalismo sigan presentes en la conciencia de los mexicanos, algo muy valioso, aunque los casi 7 millones que votaron «sí» no sean suficientes para hacerlo vinculante. Pronto Morena

tendrá otro reto: convencer a la ciudadanía de que la 4T vale la pena, de que López Obrador lo está haciendo bien y de que es necesario ratificarlo como presidente de la República. Confío en que saldrá adelante. Como también espero que saldrá adelante en las elecciones estatales y municipales que siguen. Y luego vendrá el 2024.

Algunos pensarán que vamos bien en este camino; pero no. Responder a retos coyunturales no es la tarea única ni central de un partido. Y menos de un partido-movimiento como dice ser Morena. El trabajo de un partido-movimiento debiera ser multifacético. Y si este partido gobierna, como es el caso, su responsabilidad mayor no es respaldar al presidente y defenderlo de quienes lo atacan, sino impulsar en la sociedad su proyecto de país. Impulso sin el cual el trabajo del gobierno no será suficiente. Transformar a la sociedad integralmente y desde abajo es algo que no puede hacer el gobierno y que debe hacer el partido actuando en el seno de la sociedad. Y es algo que Morena no está haciendo, pues éste no se comporta como un partido-movimiento, tampoco como un partido integral. Y debería serlo.

Tengo la impresión de que muchos militantes honestos y bien dispuestos no emprenden la tarea simple y llanamente porque no tienen claro en qué consiste. No entienden lo que queremos decir cuando algunos hablamos de «mover a la elefanta reumática», movilizar a la sociedad como el gobierno lo está haciendo con el Estado. Por eso, una manera de entenderlo es comparar el comienzo de la 4T con el comienzo de la 3T: ¿qué hizo el activismo social hace un siglo, en los primeros tres años de la posrevolución, y qué hicimos nosotros ahora en los tres primeros años de la poselección?

Iniciaré este ejercicio no con lo que parecería obvio, cotejar las acciones de gobierno de Álvaro Obregón con las de López Obrador, sino intentando algo más importante: cotejar las transformaciones de la

sociedad ocurridas en los primeros años de la década de los 20 del siglo pasado, con las ocurridas entre 2019 y 2021. Tal vez quedemos mal parados.

### LA 3T; PRIMEROS AÑOS

Empecemos con la posrevolución. Cerrado el ciclo de la lucha armada y promulgada la Constitución de 1917 que reconoce el derecho del pueblo a organizarse en defensa de sus derechos, el primer presidente electo de la posrevolución tuvo que enfrentar un inédito, apasionado y omnipresente activismo social. Al tiempo que Obregón impulsaba desde el gobierno las módicas reformas que consideraba necesarias, los campesinos, los obreros, los inquilinos, las mujeres, los estudiantes, los artistas... se movilizaban como nunca por sus propios objetivos; objetivos que iban más allá de los del régimen.

Hombre moderado, el presidente jalaba las riendas mientras que la gente empujaba por cambios radicales. De modo que a la postre la dimensión constructiva de la 3T llegó no hasta donde los primeros gobiernos posrevolucionarios hubieran querido que llegara, sino hasta donde el pueblo organizado y movilizado pudo llevarla.

Ahora bien, para que tenga validez la comparación histórica me circunscribiré a los primeros tres años de los cuatro que gobernó Obregón. En este lapso las nuevas organizaciones campesinas surgidas para llevar adelante la Reforma Agraria constitucional se extienden a todos los estados de la República en forma de Ligas de Comunidades Agrarias. Con el precedente de las Ligas de Resistencia de Yucatán que se empezaron a formar desde 1917, el modelo fue inducido después por el gobierno y su Partido Nacional Agrarista. Pero ligas como la veracruzana, encabezada por Úrsulo Galván; la de Michoacán, liderada por Primo Tapia; la de Puebla, dirigida por Cuadros Caldas; la de Durango, impulsada por José Guadalupe Rodríguez,

van más lejos de lo que quisiera ir Obregón. Las primeras ligas estatales surgen en 1921 y para 1926 ya están integradas en una Liga Nacional Campesina, dominada por el llamado «agrarismo rojo».

Impulsados al principio por la Casa del Obrero Mundial —que se había aliado con Obregón—, muchos sindicatos se forman durante la lucha armada y son reconocidos al promulgarse la nueva Constitución. En 1916 se realiza un Primer Congreso Obrero Nacional y poco después la Federación de Sindicatos del Distrito Federal estalla una huelga violentamente reprimida por el presidente Carranza. Pero el proceso de organización y movilización es imparable y para 1918 ya se integró la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), afiliada al laborismo internacional y cercana al gobierno, mientras que tres años después los anarquistas y comunistas fundan la radical Confederación General de Trabajadores (CGT). Por esos años, electricistas, textiles, ferrocarrileros y muchos gremios más se movilizan por salarios, condiciones de trabajo y contratos colectivos. Paralelas a las obreras, corren las organizaciones de inquilinos como el sindicato que en Veracruz encabeza Herón Proal, impulsor de un movimiento de no pago de rentas.

En la lucha armada participaron numerosas y aguerridas mujeres, pero el feminismo como tal cobra fuerza en la posrevolución. En 1919 se constituye el Consejo Feminista Mexicano y al año siguiente tiene lugar un Congreso de Obreras y Campesinas. En 1922, lideresas como Rosa Torres y Elvia Carrillo, que habían formado ligas de resistencia de mujeres y habían impulsado el feminismo en Yucatán, conforman con otras la Sección Mexicana de la Liga Panamericana de Mujeres y en 1923 se realiza el Primer Congreso Nacional Feminista que reivindica derechos políticos y económicos, pero también sexuales y reproductivos.

La lucha por la reforma universitaria en Córdoba, Argentina, y el *Manifiesto de los estudiantes* que re-

corre el mundo motivan a los mexicanos, quienes en 1918 realizan un Congreso por la autonomía de las instituciones de educación superior. Por esos años hay efervescencia juvenil en la Ciudad de México y huelgas en la preparatoria. En 1923 se conforma la Federación de Estudiantes de México, que formula un proyecto de autonomía universitaria que años después se impondrá a través de una huelga.

Sumándose al movimiento general, los artistas plásticos y otros trabajadores de la cultura se acuerpan en un Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores, del que forman parte muralistas como Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, quienes en 1924 empiezan a publicar *El Machete*, un periódico cartel que revoluciona el diseño gráfico.

La gente también se organiza para producir y distribuir bienes. En México, el colectivismo agrario viene del *calpulli* y el cooperativismo urbano que proliferó en el siglo XIX hasta que, alarmado, Porfirio Díaz decidió frenarlo. La nueva Constitución reconoce a las cooperativas y en lo rural la propiedad social de la tierra favorece el asociativismo agrario que cobrará gran fuerza durante el cardenismo. Pero ya en la inmediata posrevolución, el michoacano Primo Tapia organiza en cooperativa el aprovechamiento de las tierras recuperadas de la hacienda de los Noriega y en Yucatán, en el congreso de Motul de 1918, el Partido Socialista del Sureste acuerda impulsar el cooperativismo a través de sus Ligas de Resistencia, de modo que en los años siguientes se forman ahí centenares de cooperativas de consumo abastecidas desde la Liga Central y también algunas cooperativas de producción.

El proceso multisectorial de organización y lucha continúa durante toda la década de los años veinte y se intensifica en la siguiente durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. Pero ya en los primeros tres años de Obregón, el primer presidente electo de la posrevolución, los ejércitos campesinos van dejando lugar a las organizaciones civiles: ligas, sindicatos, consejos, confederaciones, cooperativas... La revolución ha triunfado y ahora se trata de hacer realidad el sueño que recoge en sus artículos programáticos la Constitución de 1917. Y el pueblo que se organizó y movilizó para tumbar a Porfirio Díaz, a los restaurados y a los reculantes ahora se organiza y moviliza para impulsar los cambios de la posrevolución.

#### LA 4T; PRIMEROS AÑOS

¿Y el activismo social en los primeros tres años de la poselección? Por desgracia, no tiene mucho que ver con lo narrado hasta ahora. Concluido el entusiasta y potente movimiento electoral que tras dos elecciones robadas construyó, en menos de cuatro años, un ejército ciudadano capaz de derrotar en las urnas y por nocaut a los representantes del viejo régimen, el presidente electo y quienes como él

se habían preparado por cerca de dos décadas para cambiar al país desde el gobierno, emprendieron con ímpetu y sin dilación su cometido. Que López Obrador lo había planeado todo minuciosamente quedó claro cuando el tres y el cuatro de julio de 2018, en el entrañable Salón Luz, asignó tareas precisas a unos trescientos futuros colaboradores. Desde el principio, el de Macuspana sabía perfectamente a lo que iba; la 4T desde el gobierno estaba en marcha, el «elefante reumático» comenzaba a moverse: ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump!...

No tiene caso hacer aquí el recuento de acciones de trascendencia política, económica y simbólica realizadas por el gobierno en lo que va del sexenio, tarea que emprendí apenas transcurridos cien días en un librito titulado *El principio* (2019), continué en *Un año ya y la cuarta va* (2020), y seguí documentando en *Llegó el coronavirus y mandó parar* (2021) y más tarde en *A medio camino* (2021), todos publicados por la Brigada para Leer en Libertad. Lo que importa ahora es documentar lo que hizo el partido triunfador y lo que hizo la sociedad organizada y no organizada una vez que se cerró la fase de lucha centralmente electoral. Ya vimos lo que hicieron en la inmediata posrevolución, veamos qué hicimos en la poselección.

En el ámbito rural, las organizaciones clientelares gobiernistas que se quedaron sin lo que obtenían o desviaban de los programas públicos protestaron airadamente, pero sin dinero a la postre decayeron. Sin embargo, también los que apostaron por el cambio apoyando la candidatura de López Obrador perdieron rumbo. En parte porque el nuevo gobierno no distingue bien entre los corporativos y los democráticos, pero también porque no han sido capaces de aprovechar las políticas públicas favorables al agro para desarrollar formas superiores de asociación.

Donde había organización propositiva, como entre los caficultores, ésta subsiste y busca reorientar políticas públicas erráticas que no siempre favorecen a los huerteros pequeños, pero no han surgido agrupaciones campesinas nuevas y algunas preexistentes están alicaídas. La tentación de que sea el gobierno quien organice a la gente del campo, por fortuna no ha prendido. Y que bueno, porque cuando fue presidente Lázaro Cárdenas, lo intentó y las organizaciones por él promovidas o se pervirtieron como la Confederación Nacional Campesina (CNC) o no tuvieron continuidad, como los ejidos colectivos.

Signe ahí el Congreso Nacional Indígena (CNI). Pero si renunciar en 2001 a la muy unificadora lucha por llevar a la Constitución los derechos de los pueblos originarios mermó su representatividad, cuando inducido por el EZLN eligió la confrontación sistemática con el nuevo gobierno acabó de perderla. Así, la plausible iniciativa de reforma Constitucional para que se reconozcan plenamente los derechos indígenas (incluido en la consulta que estableció la OIT) la impulsa principalmente el gobierno a través del Ins-



tituto Nacional de Pueblos Indígenas. Mientras esto sucede aquí, el CNI se sube a un barco y se va Europa.

En cuanto a la lucha de los pueblos contra las amenazas que penden sobre sus territorios y que no por que haya un nuevo gobierno contrario al modelo neoliberal han desaparecido, se quedó en un movimiento defensivo apoyado por redes y organizaciones no gubernamentales que no logran pasar de la muy necesaria y a veces heroica resistencia a la construcción de alternativas que la nueva circunstancia política hace viables. El Tren Maya y el Transísmico son un riesgo para los pobladores, sí, pero también una gran oportunidad. Y son pocos aún los que están asumiendo el desafío de manera proactiva.

El movimiento de los obreros y otros asalariados no pinta mucho mejor. Los cambios en la Ley Federal del Trabajo, el acotamiento del *outsourcing* y las sustantivas alzas de más del 60% al salario mínimo crearon condiciones favorables para la democratización y fundación de sindicatos y para negociar o mejorar los contratos colectivos; de eso poco o nada se ha visto.

De quienes apoyaron la candidatura de López Obrador, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación participó con otros en la re-reforma educativa que por años había exigido, pero sigue aprisionada en un sindicato dividido. El único que avanza en lo organizativo y lo contractual es el Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos, Siderúrgicos y Similares de la República Mexicana, que además tiene un senador por Morena y a través de éste impulsa una agenda legislativa.

Un sector laboral particularmente vulnerable es el de los jornaleros del campo que no vieron avances con el nuevo gobierno, de modo que siguen luchando por sus derechos a través de la Red Nacional de Jornaleras y Jornaleros Agrícolas y otras organizaciones. Son tres o cuatro millones de familias y sería muy importante posicionar el tema en la agenda gubernamental de la 4T.

El de las mujeres es un movimiento global ascendente que en México mostró su potencia en las manifestaciones del 8 de marzo de 2020. El nuevo feminismo es plural por convicción y no hay que pedirle organizaciones centralizadas. Sin embargo, la causa de las mujeres rebasa con mucho la agenda de las acciones más recientes, que es la de la violencia que sufren, y no se ve un debate incluyente sobre las múltiples reivindicaciones de género y los diversos sectores que las sostienen. Y sin una plataforma más o menos integral y por tanto representativa de las necesidades de la mitad de México, los legítimos reclamos feministas al gobierno de la 4T se quedarán en eso.

Los jóvenes no han visto la suya desde el *#yosoy132* y ya va para diez años. Sin embargo, son un sector prioritario del nuevo gobierno y para ellos hay varios programas importantes de becas, capacitación y universidades que podrían ser precisados y afinados si los jóvenes tuvieran organización y voz. Pero no la tienen.

Afectados por políticas gubernamentales que a veces tiran al niño con el agua sucia, los artistas y en general los trabajadores de la cultura repelan, se mueven, y es de celebrarse que hayan logrado algunos cambios importantes a su favor. Pero igual que para el caso de las mujeres sería bueno que se fuera construyendo desde abajo un proyecto de cultura multisectorial e integral.

La asociativa o cooperativa es una producción con sentido social, un tercer sector de la economía que, junto con las empresas del Estado, podría hacerle contrapeso a la empresa privada y quizá avanzar hacia una economía poscapitalista no estatizante. Es además una buena respuesta a la crisis del autoempleo y las microempresas ocasionada por la pandemia. Su importancia se destacó a principios de julio de 2021 en una Jornada Nacional de Cooperativas que lamentablemente no fue impulsada por un pujante movimiento cooperativista, que no existe, sino por el gubernamental Instituto Nacional de Economía Social; y las participaciones más significativas fueron de cooperativas añejas que andan por los 40 años como la Tosepan Titataniske y la Pascual Boing.

En los años veinte del pasado siglo no había organizaciones no gubernamentales y hoy son legión. Las asociaciones civiles se ocupan de asuntos que el Estado abandonó o que los gobiernos atienden mal, y junto con la academia han dado visibilidad y argumentos a causas tan importantes como los derechos humanos y el medio ambiente. Sus problemas provienen de que careciendo de la legitimidad que otorgan los procesos democráticos, con frecuencia se presentan como representantes de la gente. Y nacen también de que su financiamiento proviene de recursos públicos o de la llamada *cooperación*, patrocinadores a quienes rinden cuentas y a cuyas agendas responden.

Así las cosas, dichas organizaciones son terreno abonado para que hagan política a trasmano los poderes fácticos, los gobiernos imperiales y en general la derecha. Pero no todas son así, muchas de ellas son promotoras de causas legítimas y por tanto formas tan válidas de organización social como los partidos y los gremios. Durante los tres primeros años del nuevo gobierno, junto con la beligerancia de las asociaciones que representan a una parte de los empresarios, hemos visto una indeseable mortandad de organizaciones no gubernamentales que hacían buen trabajo. El nuevo asociacionismo civil que demanda la 4T no ha aparecido.

## MOVER A LA ELEFANTA REUMÁTICA

En el tránsito del neoliberalismo a la 4T, la organización y activación de la sociedad mexicana no avanza, sino que retrocede. Hoy estamos menos organizados y más pasivos que cuando las políticas de los gobiernos del PRI y del PAN nos hacían repelar y nos movilizábamos airada y masivamente por la salvación del campo, contra la entrega del petróleo,

para revertir la reforma educativa, por justicia para las víctimas.

Hoy la soberanía alimentaria es prioridad del gobierno y hay programas para los campesinos, pero no hay organizaciones campesinas que los potencien; hoy se hacen reformas legales favorables a la democracia sindical, pero no se forman ni se democratizan sindicatos; hoy se propone hacer más favorable el marco legal para las cooperativas, pero del otrora impetuoso movimiento cooperativista ni sus luces; hoy se formulan iniciativas de reforma constitucional para reconocer los derechos de los pueblos originarios y el CNI se embarca rumbo a Europa.

Al alba del siglo xx los mexicanos pusimos en pie organizaciones revolucionarias capaces de derrocar a un gobierno opresor; un siglo después echamos a andar una organización electoral capaz de derrotar en las urnas a un régimen autoritario. Pero hace cien años, concluida la revolución armada, supimos organizarnos para transformar las injustas relaciones sociales imperantes, mientras que ahora terminó la gran batalla electoral y nos pasmamos. Hace cien años la gente se dio cuenta de que el tránsito de la guerra a una etapa de cambio constructivo demandaba otras formas de organización social y las desarrolló creativamente, mientras que ahora nos quedamos quietos esperando los cambios que vienen de arriba, como si la construcción de un nuevo México fuera asunto sólo del gobierno.

Y es que ahora la gente le tiene mucha fe al nuevo gobierno, y ése es el problema. En la inmediata posrevolución, los mexicanos sabíamos por la experiencia con Madero y con Carranza que no se debía esperar mucho de los gobiernos emergentes si la gente no se organizaba y movilizaba para presionarlos. Y porque también desconfiábamos de Obregón formamos ligas campesinas y sindicatos obreros que ocupaban tierras y estallaban huelgas, pues sabíamos que sólo así se haría efectiva la reforma agraria y se harían valer los derechos del trabajo. En la inmediata poselección, en cambio, la gente lo espera todo de López Obrador —que sin duda es más confiable que Álvaro Obregón—, pero no se da cuenta de que si la sociedad no hace su parte el mejor gobierno descarrila.

El desafío es para los hombres y las mujeres, los viejos y los jóvenes; para los obreros, los campesinos, los indígenas, los estudiantes, los científicos, los artistas; para la sociedad toda que no necesita de partidos para activarse. Pero es también un reto para Morena; para el partido que hizo posible el quiebre electoral y el despegue de la 4T. Un partido triunfador y hoy gobernante que, sin embargo, en lo más importante está paralizado igual que la sociedad.

En los últimos tres años Morena ha cumplido como partido electoral participando en varios comicios. Y en el más relevante, que era el de medio camino, su triunfo no fue tan arrollador como en 2018, pero le fue muy bien: mayoría simple en la Cámara de Diputados, 11 de los 15 gobiernos esta-

tales en disputa, mayoría en la mayor parte de las cámaras locales; de modo que la 4T va. Pero hay malestar, hay descontento en la militancia. Entre la tendencia de algunos a ver al partido como botín y judicializar la vida interna, las torpes decisiones del Tribunal Electoral y la desmovilizadora pandemia el cambio de dirigencia por encuesta en 2020, no fue posible fortalecer la unidad.

Además, de lo acordado en el último Congreso Ordinario de Morena lo único que está en marcha es el Instituto Nacional de Formación Política (que antes de la pandemia integró numerosos círculos de estudio, buena parte de los cuales persisten y tiene una escuela cada vez más estructurada), pero sin acción política y social la llamada formación de cuadros es un sucedáneo, un mal sustituto de una verdadera militancia que el Instituto no puede impulsar. Qué bien que haya miles de círculos y círculas, pero por cada círculo de *estudio* debiera haber por lo menos un comité de *acción*; de acción sindical, de acción comunitaria, de acción estudiantil, de acción cultural, de acción feminista... ¿Habrá que conformar un Instituto Nacional de Acción Política? Porque lo más importante no es elegir candidatos y lograr mayoría en las elecciones, ganar consultas para enjuiciar expresidentes, ratificar a López Obrador en la Presidencia de la República o formar muchos cuadros. Lo más importante es organizar, concientizar y movilizar a la sociedad en las tareas constructivas de la 4T. La «revolución de las conciencias» queda en nada si no es también revolución de la comunidad, del barrio, de la fábrica, de la escuela: revolución de la organicidad y de las prácticas sociales.

En esto los de la poselección tenemos mucho que aprenderle a los de la posrevolución, que en pocos meses crearon cientos de organizaciones campesinas para hacer efectiva la Reforma Agraria, cientos de organizaciones obreras para hacer valer la libertad sindical, cientos de cooperativas para defender la economía popular. Y recordemos que en el porfiriato se impidió que la gente se organizara, de modo que ellos tuvieron que partir de cero mientras que hoy mal que bien hay movimientos y organizaciones populares en los que es posible y necesario participar.

Pero, además, para hacer lo que le corresponde en la 4T, Morena no necesita ir a buscar pueblo en los ejidos, las fábricas, los barrios, las escuelas. Morena tiene millones de militantes (¿durmientes?) y los obreros, los campesinos, las mujeres, los estudiantes, los indígenas, los empresarios, los artistas, los científicos están ahí. Bastaría convocarlos a reunirse por sectores para discutir su problemática, intercambiar experiencias, definir asuntos prioritarios, planear acciones. Por si fuera poco, se tienen las secretarías presuntamente responsables de atender estos temas.

Gracias a López Obrador el gran elefante reumático que es el Estado mexicano ya se mueve. Movamos nosotros a la elefanta social que es aún más grande y poderosa. ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump!... ☉



# ¿REGENERAR CONTRA QUIÉN? LOS ANTAGONISMOS POLÍTICOS DE MORENA COMO ELEMENTO IDENTITARIO EN SU PROCESO FORMATIVO

**Héctor Alejandro Quintanar**

Sobre el concepto de ideología se ha escrito en demasía desde diversos ámbitos: las ciencias sociales, las ciencias naturales, el periodismo, la política partidista; los apuntes en ese sentido varían demasiado. En un ejercicio sintético, podemos definir que ideología es un concepto que surgió en la Ilustración como un intento de construir una «ciencia de las ideas», aunque muy pronto tomó un significado radicalmente distinto.

El militar francés Napoleón inauguró otra variante del término, cuando trató de descalificar a sus críticos llamándolos ideólogos, es decir, gente dominada por sus ensañaciones o atrapada en marañas teóricas poco asequibles con la historia concreta. Él, en cambio, se veía a sí mismo como un realista, capaz de tomar decisiones en el plano práctico de la muy difícil y a veces ominosa vida política.

Después, el marxismo profundizaría el término. Para esta corriente de pensamiento, la ideología es una especie de «visión distorsionada de la realidad». Quien observa el mundo sin espíritu científico y sin una óptica materialista, lo que ve es un reflejo irreal, una confusión mental que no le brinda una interpretación de los hechos tal y como son.

En suma, tanto el sentido napoleónico como el marxista han dado a la noción de ideología un sentido peyorativo, que como dicen Wright Mills y Karl Mannheim, básicamente significa algo así como «las ideas del amo»; o se usa para mostrar un escepti-

cismo ante las ideas del adversario. Podría resumirse en una fórmula: «cuando mi enemigo habla, reproduce ideología, y por ende, está equivocado; en cambio, cuando hablo yo, emito objetividad, y por ende tengo razón».

La situación no es tan maniquea ni tan sencilla. La sociología positivista estadounidense del siglo xx trató de darle al concepto de ideología un significado más neutral, menos cargado de enemistades políticas, y lo consideraban una especie de sinónimo de cosmovisión, es decir, ideología es algo así como «la manera en que la sociedad ve o entiende el mundo».

Hoy, en los debates serios sobre el concepto de ideología, se trata de mediar entre todos estos aportes. Y, se nos plantea, la ideología es algo así como «una manera de ver el mundo que, al mismo tiempo, también marca una forma valorativa de cómo organizar a la sociedad y cómo organizar al poder». La ideología, pues, es una manera de expresar un *deber ser* acerca de la sociedad, y, por ende, es una forma de legitimar alguna manera de *ejercer el poder*.

En ese sentido, todas las ideologías tienen rasgos compartidos. El más importante es que son históricas: no surgen de la nada, se nutren de hechos del presente y del pasado; pueden basarse en otras ideologías, son resultado del espíritu de su tiempo. Otro rasgo fundamental es que son un *pensamiento partidista*. Esto es, las ideologías necesariamente siempre están *en conflicto* con otras ideologías e incluso pueden construirse gracias a que buscan ser la oposición principal a determinados idearios. Pensemos, por ejemplo, en

Todas las ideologías  
tienen rasgos  
compartidos. El más  
importante es que son  
históricas: no surgen de la  
nada, se nutren de hechos  
del presente y del pasado;  
pueden basarse en otras  
ideologías, son resultado  
del espíritu de su tiempo.

que el liberalismo político surgió en contraposición al absolutismo de herencia medieval.

La ideología —nos dice Giovanni Sartori— es así un concepto eminentemente político y no tiene por qué ser peyorativo: no es solamente una «visión parcial o sesgada del mundo», sino la manera en que un colectivo político construye sus ideas y busca maneras de tornarlas en realidad. Lo

cual es una actividad que no sólo es parte natural de la democracia sino algo absolutamente legítimo.

Una vez definida la concepción de ideología como algo histórico y que expresa disensos normales y deseables en la democracia (cuando busca triunfar usando medios lícitos), la pregunta que busca responder la segunda parte de este texto es: ¿Qué adversario político concreto motivó el surgimiento de Morena como partido político? La respuesta no sólo es importante porque expone parte central de la historia de esa organización, sino que asimismo resulta reveladora para conocer sus prioridades, preocupaciones, tomas de posición efectiva, discursos y valores, para que de ese modo podamos entender mejor el desempeño real, observable, de ese partido político y los gobernantes de él emanados.

Morena obtuvo su registro como partido en 2014, pero lo hizo luego de contar ya con una experiencia política amplia, de al menos diez años, como movimiento político, que a su vez venía nutrido de personajes y experiencias históricas más añejas de varias tendencias políticas, sobre todo de izquierdas, como el neocardenismo, la crítica

al neoliberalismo, ciertas agendas de la izquierda liberal y la resistencia electoral nacional de 1988 o estatal en el sureste en 1991 y 1994.

Fijémonos entonces en el momento fundacional de Morena: 2004-2005, ante el proceso de desafuero de López Obrador. ¿Qué fue lo que Morena vio como adversario ideológico seminal? ¿Cuál

fue el enemigo ideológico real del movimiento político que devino en Morena como partido, más allá de la generalidad de abanderar una causa «en contra del neoliberalismo»?

El marco histórico ha sido definitorio en ese sentido. Morena surgió como una articulación de dos actores: un grupo de políticos profesionales —inmersos en tres partidos— aglutinados en torno al entonces jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, y una amplia movilización ciudadana, interclasista y plural. Ambos tenían como eje articulador oponerse a una injusticia: el intento y posterior desafuero del gobernante capitalino, iniciado en mayo de 2004, proceso jurídico sin sustento que, en última instancia, podría haber llevado a López Obrador a la cárcel

e impedirle ser aspirante presidencial en 2006.

En suma, ese movimiento político reaccionó en contra de una artimaña golpista; por ende, su objetivo primordial era la justicia electoral. La afirmación se torna incontrovertible a la luz de los hechos posteriores: una vez que la movilización fue parcialmente exitosa en 2005, cuando el entonces presidente Vicente Fox reculó su intentona de desafuero;

Morena surgió como una articulación de dos actores: un grupo de políticos profesionales —inmersos en tres partidos— aglutinados en torno al entonces jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, y una amplia movilización ciudadana, interclasista y plural.

sobrevino al poco tiempo la campaña electoral de 2006, misma que el propio Fox se dedicó a enturbiar con una cauda intolerable de delitos electorales.

Fox y el PAN ejercieron chicanas indignas de un ejercicio democrático. El presidente panista apareció en 460,000 spots proselitistas ilegales del 19 de enero al 15 de mayo de 2006 (pese a la explícita prohibición de la ley a que él interviniera en la contienda); su partido creó miles de empresas fachada para desviar recursos; utilizó el aparato estatal, señaladamente Sedesol, para compra de voto; efectuó centenas de declaraciones mediáticas en pos de lacerar a uno de los contendientes; el PAN gestó, a partir del 6 de marzo y hasta mediados de junio, una campaña fascistoide de propaganda sucia, estrictamente prohibida por el artículo 38 de la ley electoral vigente en ese momento (el Cofipe); solapó una campaña paralela e ilegal de empresarios a favor de su candidato, negoció hamponilmente con gobernadores del PRI (sobre todo en Tamaulipas) para traficar el voto a favor del PAN. Todo esto ya en sí mismo constituía un fraude. Pero la situación se agravó el 2 de julio, el día de la elección, cuando Calderón —aspirante panista— recibió miles de votos espurios, a raíz de la alteración sistemática de actas oficiales del IFE a su favor, como documentó el ingeniero Pedro Antonio Martínez en el libro *Las huellas del fraude*.

El tránsito de un movimiento político de protesta a un movimiento político más o menos organizado se motivó fundamentalmente por esas taras antidemocráticas. La Convención Nacional Democrática y la estructura del llamado Gobierno Legítimo en 2006 fueron formas simbólicas de protesta ante el fraude, pero más allá de eso, fueron también vías para romper la espontaneidad del movimiento y darle una estructuración más visible y formal. Gracias a ellas, fue posible credencializar a los simpatizantes de ese movimiento y dotarse a sí mismo de una incipiente presencia territorial.

De ese modo, la cauda de ciudadanos que, por alguna razón o varias, se sentía identificado con las exigencias de justicia electoral que enarboló ese movimiento, o se sentía identificado con la oposición al proyecto político que representaba Calderón, tenía una manera concreta de hacerse visible, de hacerse *parte de algo*, y de encontrar espacios, muy endeble aún, pero existentes, donde adquirir o intercambiar información a propósito de diversos asuntos.

Más allá de la variedad de temas, sin embargo, la coyuntura de ese momento hizo prioritario que imperara en esos espacios de socialización política información relativa al fraude: ahí se difundían las chicanas que cometió Calderón, se difundían las pruebas de alteración de las actas, se repartían volantes que informaban sobre los acuerdos turbios entre el foxismo y el gordillismo para vender votos; se difundía literatura —académica y periodís-

tica— sobre la historia de la maltrecha democracia mexicana. En suma, eran espacios donde el tema electoral-procedimental, la importancia de la limpieza y equidad comicial, tanto en las urnas como fuera de ellas, la oposición a la compra de votos o mecanismos de coacción a la voluntad popular se tornaban en exigencias y señas de identidad.

El lapso que corrió de mayo de 2004 a 2006 fue un detonante de movilización social que —gracias a una estructuración y capacidad de comunicación interna— se convirtió en un movimiento político con cierta visibilidad y tamaño zigzagueante. Pero con una primera gesta ideológica clara: oponerse a las trampas electorales y recordar la ilegitimidad de Calderón dados los delitos que cometió.

El movimiento incipiente vivía un camino inexplorado: navegar por dos aguas simultáneas al tratar de obstaculizar hasta donde fuera posible la asunción de Calderón, pero sin descuidar los legítimos espacios institucionales que la coalición partidista de izquierdas había obtenido en las urnas. Esos dos flancos, las instituciones y las calles, se tornarían en el escenario de una oposición *no leal* desde las izquierdas: un movimiento encabezado por López Obrador que al mismo tiempo trataría de proponer decisiones colectivas alternativas a las del gobernante espurio, y también buscaría recordar en todo momento su ilegitimidad de origen. De ahí que una de las primeras directrices de los legisladores emanados de ese movimiento sería atender una Reforma Electoral aprobada en 2007, que básicamente tuvo como punto nodal la prohibición de las intromisiones sucias del Ejecutivo y de terceros (como los grupos empresariales) en las campañas electorales y la reducción del gasto en éstas.

Al poco tiempo, vendría un punto de inflexión en la brújula ideológica del movimiento, cuando en los inicios de 2008 Felipe Calderón envió una iniciativa de Reforma Energética al Congreso que incluía la privatización de Pemex, cuestión que tentaba a anteriores presidentes del periodo neoliberal, pero que no se había expuesto de manera tan abierta como en el segundo sexenio panista.

Tal iniciativa significó un resurgimiento de la movilización, que esta vez tomó las riendas y se movió en pos de un planteamiento histórico: la defensa de la rectoría estatal de los recursos energéticos, cuestión que había dado vida al artículo 27 de la Constitución de 1917 y que el Constituyente de Querétaro de ese año no se conformó con redactar de la pluma de Andrés Molina Enríquez, sino que lo nutrió con las consignas históricas básicas de diversos movimientos sociales que entrañó la Revolución Mexicana, mismos que no encontrarían una solidez a su exigencia sino hasta la expropiación petrolera de Lázaro Cárdenas.

La movilización contra la privatización energética de 2008 no se dio sólo para recuperar este postulado

histórico, que por lo demás es una seña de identidad de las izquierdas contemporáneas en América Latina. Se dio también con un fin práctico: el movimiento encabezado por López Obrador había denunciado en los inicios de ese año que el recién nombrado secretario de Gobernación de Calderón, Juan Camilo Mouriño, en sustitución de Francisco Ramírez Acuña, era un traficante de influencias cuya empresa familiar de la que era apoderado había logrado sus más lucrativos negocios con Pemex y había abierto diversas gasolineras, mientras el susodicho trabajaba como asesor en la Secretaría de Energía en el brevísimo lapso en que Felipe Calderón estuvo al frente.

La conjunción de ambos factores resultaría crucial: en la interpretación del movimiento, una privatización energética sólo haría que despojos y corruptelas como la de Mouriño quedaran no sólo impunes sino legalizadas y se convirtieran en norma. Había, por tanto, que oponerse a la privatización no sólo por un principio histórico que rescatase la rectoría estatal gestada por el cardenismo, sino por un sentido de rescate institucional: toda privatización en el sector, en sí misma, podría abrir las puertas para la gestación de nuevos Mouriños, pues su caso, luego de poco tiempo después conocer el enriquecimiento a costa de Pemex de parte de varios funcionarios panistas (como Juan Bueno Torio o César Nava y su familia), parecía no ser una excepción corrupta sino un velado proyecto ilegítimo de enriquecimiento ilícito de la generación neoliberal panista.

Los espacios de socialización política del incipiente movimiento encabezado por AMLO tuvieron a partir de 2008 una prioridad más. A la par de seguir recordando el origen ilegítimo de Calderón, profundizaron en la formación histórica sobre la cuestión energética, la expropiación petrolera, el cardenismo, la soberanía nacional y la desventaja de la privatización en ese sector.

No fue cosa menor. Ese movimiento, a partir de esa naciente arista ideológica, se convirtió en el único contrapeso —institucional y en las calles— en contra de la privatización. Derivó asimismo en prácticas inéditas: por primera vez en la historia se bloqueó un mayoriteo legislativo donde PAN y PRI pretendían aprobar sin discusión tal Reforma; se gestó en el Senado mexicano un debate institucional amplio y plural al respecto, donde no participaron sólo legisladores sino especialistas; se abrieron centenas de espacios para la discusión pública del asunto, que fue cabeza de la agenda política por meses, se suscitó una incipiente consulta pública organizada por el Instituto Electoral del Distrito Federal y se organizó un cúmulo

de especialistas —el Comité de Intelectuales en Defensa del Petróleo— que expusieron múltiples datos, análisis, argumentos, diagnósticos, pronósticos y posturas en contra de la privatización.

El año de 2008 fue culminante en la socialización política dentro del movimiento que daría vida a Morena como partido poco tiempo después. Como una reacción a una intentona legislativa ilegítima (pues se quería obviar el debate y dar un alzado privatizador), la discusión y reflexión sobre la soberanía nacional y energética y la relevancia del petróleo como cuestión histórica en México, dio una identidad militante a ese grupo ciudadano.

Esos dos momentos fundantes —la coyuntura preelectoral y electoral de 2006, y la Reforma Energética de 2008— serían definitorios para la logística que dio vida formal y legal a Morena como partido, porque la estructuración ciudadana que se afilió a ese movimiento facilitó la labor de acumular las firmas necesarias para tal efecto, mientras que la socialización política en contra de la privatización del petróleo gestó a un grupo organizativo que en 2012 sería la primera dirigencia formal de Morena en su búsqueda de registro como partido.

Detrás de ambos episodios destacan diversos adversarios políticos, pero sobresale uno: el calderonismo, como representación indudable de dos taras fundamentales de la vida mexicana a las que Morena en su origen combatió: las trampas, la turbiedad y los fraudes electorales (la dañina consigna de ganar votos «haiga sido como haiga sido»); y la privatización de la soberanía energética

en pos del lucro privado (encarnado en la figura de Juan Camilo Mouriño).

Con esa raíz fundante, fue explicable que el marco estatutario y de principios de Morena abrevara en varios de los artículos de su decálogo alusiones a las luchas cívicas contra el fraude y por la soberanía nacional. Y ese marco primigenio de todos modos sigue vivo: hoy, el movimiento que gobierna sigue en proceso de poner en práctica esos principios soberanistas y en pos de figuras de democracia directa y en contra del fraude. No en balde las primeras acciones del gobierno de López Obrador desde 2019 fueron la recuperación de la seguridad de la infraestructura gasolinera y la elevación a delito grave del fraude electoral.

La selección de adversarios en las ideologías y en la vida política en general importan no sólo como señas de identidad. En el caso del combate al calderonismo, el movimiento que hoy gobierna México ha echado a andar un proyecto concreto de nación en favor de la limpieza de la democracia y la soberanía nacional. ☉

Esos dos momentos fundantes —la coyuntura preelectoral y electoral de 2006, y la Reforma Energética de 2008— serían definitorios para la logística que dio vida formal y legal a Morena.







# **PRESENTE, PASADO, MEMORIA**





# ESPLENDOR Y CAÍDA DE MÉXICO-TENOCHTITLAN A 500 AÑOS DE LA GUERRA DE CONQUISTA

**Enrique Semo**

I

**E**l 13 de agosto conmemoramos la batalla por México-Tenochtitlan. Hace 500 años terminó el sitio de la gran capital mexicana. Éste duró tres meses de acción bélica ininterrumpida entre los mexicas y los conquistadores españoles y sus aliados; un sitio de dimensiones históricas en el cual se luchó día y noche; defensa heroica en la cual participaron todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y adolescentes de todas las clases; macehuales, comerciantes, artesanos, sacerdotes, guerreros de las órdenes militares y nobles. Basados en los tristes recuerdos de la época conciliadora de Moctezuma, los mexicas rechazaron todas las propuestas de rendición negociada. Su defensa fue resuelta, heroica e inteligente, mostrando un gran sentido de la dignidad hasta la muerte. Obtuvieron unas cuantas victorias y en un momento decisivo lograron incluso que los guerreros de varias naciones indígenas aliadas a los españoles abandonaran el sitio.

Los españoles venían al Nuevo Mundo convencidos de que eran portadores de una civilización y una religión superior y que los americanos eran en todos sentidos unos bárbaros. El religioso Juan Ginés de Sepúlveda, filósofo, jurista e historiador influyente de la época decía:

Estos bárbaros del Nuevo Mundo [...] en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores á los españoles..., habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles á gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes á los continentes y templados, y estoy por decir que de monos á hombres<sup>1</sup>

Justificaba todas las barbaridades de la Conquista como «guerra justa» y afirmaba:

Por muchas causas, pues, y muy graves, están obligados estos bárbaros á recibir el imperio de los españoles conforme á la ley de la naturaleza. Y si rehúsan nuestro imperio, podrán ser compelidos por las armas á aceptarle, y será esta guerra..., justa ley de naturaleza...<sup>2</sup>

En las ideas hubo respuestas contundentes como la de Bartolomé de las Casas, pero en lo que respecta a la ideología cotidiana Sepúlveda predominó ampliamente. Los colonialistas europeos, conquistadores, encomenderos, hacendados, dueños de minas y la mayoría de la burocracia esgrimían un racismo que tenía antecedentes muy arraigados en la España de esos días. Una vez reconocido que el otro era un ser humano tal como nosotros, vino el proceso de asimilación forzada a través de una dominación económica, educativa, religiosa y cultural. El otro, o sea el indígena, es «humano» en la medida en que se inserta en la economía colonial y se asemeja a los estándares europeos.

Pero esa visión racista de la realidad americana era y es completamente falsa. En América había grandes civilizaciones de antigüedad milenaria, como la mesoamericana y la del Perú del Tahuantinsuyo y comunidades igualitarias que con un trato menos brutal y destructivo hubieron participado de manera muy diferente en la creación de una nueva civilización américo-hispánica. La violencia genocida estuvo frecuentemente presente en la Conquista y el racismo marcó todas las instituciones de dominio colonial, de trabajo, políticas y religiosas e incluso marcó la familia con el sistema de castas. La catástrofe demográfica de los pueblos originarios se expresa entre otros en la reducción fatal de la población: de

<sup>1</sup> David Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla 1492-1867*, FCE, México, 1991, p. 106

<sup>2</sup> Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, FCE, México, 1987, p. 135

8 millones de indígenas en el centro de México en 1519, sólo quedaban un siglo después 1.2 millones. Noventa por ciento había sucumbido a las pandemias, la guerra, la criminalización de sus creencias y el trabajo esclavo.

Hace dos años, en vísperas de los 500 años de la Conquista, el presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, solicitó que el rey de España y el papa pidieran perdón por los abusos cometidos durante la conquista. El papa ya lo había hecho en dos ocasiones anteriores, pero el rey se negó rotundamente a cumplir con esa petición. Su visión aún sigue nublada por el gran mito de que España fue portadora de la civilización para una América sumida en la barbarie. La petición es completamente justificada porque el colonialismo y el espíritu colonial, en nuevas formas, sigue vivo. Y los pueblos lo rechazan tanto en su forma presente como en la pasada. La descolonización no es un acto estático, es más bien un proceso siempre abierto e inconcluso que requiere de un esfuerzo histórico de largo aliento. Obviamente Felipe VI no quiere participar en él o mejor dicho a él se opone.

## II

México-Tenochtitlan era una maravilla del ingenio humano: una ciudad de 300 mil habitantes, la más grande de su época, anfibia como Venecia. Fue construida inicialmente en una zona pantanosa, en dos islas: Tenochtitlan y Tlaxolco. Los esforzados habitantes supieron aprovechar los pantanos para ganar territorio al lago y los núcleos de población se fueron uniendo mediante la construcción de chinampas, las que no sólo servían como áreas de cultivo sino también como base para la edificación de viviendas.

En los 15.3 kilómetros cuadrados de su superficie, la percepción del espacio difiere profundamente de la que seguían los europeos en sus ciudades feudales: México-Tenochtitlan era una combinación de lo urbano y lo campestre, un *altépetl* que incluía los dos elementos en una abigarrada unidad en la que los jardines y los cultivos se combinaban con los barrios densamente poblados y las construcciones monumentales para crear un espectáculo original de una gran belleza. Las calles y canales que cuadriculan la ciudad eran espaciosas y niveladas; las de agua contaban con numerosos puentes para la comunicación de los vecinos; las que únicamente eran de tierra habían sido hechas a mano. Y finalmente, las calles mixtas de tierra y agua tenían a los lados un espacio por donde las personas podían caminar y en el centro un canal que permitía el paso de canoas que transportaban pasajeros y productos.

Pero esa visión racista de la realidad americana era y es completamente falsa. En América había grandes civilizaciones de antigüedad milenaria, como la mesoamericana y la del Perú del Tahuantinsuyo.

Para una sociedad en la que la ideología es religión, se comprende que el centro de la ciudad sea ante todo un espacio ceremonial, pero también sede del poder político. Sobre aproximadamente 250 mil metros cuadrados se agrupaban las casas de las divinidades, de sacerdotes y sacerdotisas, los palacios de los nobles, los colegios, los patios, los lugares para el sacrificio, es decir un conjunto de más de sesenta grandes construcciones. Dominando esta zona ceremonial, la pirámide del Templo Mayor se elevaba hacia el cielo. Los santuarios gemelos de Huitzilopochtli, «colibrí zurdo», dios de la guerra, y de Tláloc, dios de la lluvia y los agricultores, ocupaban la cúspide.

La agricultura estaba basada en complejas formas de irrigación artificial. Mediante el drenaje intensivo y el control de las inundaciones se formaba tierra agrícola fértil y muy productiva. Basada en cuatro cultivos, el maíz, el chile, la calabaza y el frijol, también se cultivaba en suelo seco no irrigado el maguey que tenía múltiples usos.

El pueblo mexica y en general muchos de los pueblos de la meseta central se distinguían por una compleja y brillante cultura: la arquitectura, la escultura y la pintura; la escritura en códices, la poesía y la danza; la astronomía y la medicina habían llegado a expresiones refinadas frecuentemente ligadas con la religión. Todo el pueblo participaba en ellas a través de un sistema de educación universal obligatoria que comenzaba a temprana edad supervisada por los *tequihua*, maestros en el calpultin, o para la nobleza el aprendizaje especializado en la escritura, la astronomía, la teología y liderazgo en el calmecac. Las frecuentes ceremonias religiosas multitudinarias eran ocasiones para la expresión masiva ante aliados y adversarios, del poder, el canto, el baile y los suntuosos y abigarrados atuendos.

## III

México-Tenochtitlan era cabeza de un vasto imperio. Pero no de un imperio estable, con muchos siglos de historia, sino de un dominio naciente, en formación, fundado apenas en el año de 1428, después de la derrota de Azcapotzalco. A la llegada de los españoles tenía apenas nueve décadas de existencia. En el periodo inicial Tenochtitlan formó la alianza tripartita con Texcoco y Tlacopan e inició inmediatamente su expansión en la Cuenca de México. El imperio mexica en proceso de consolidación estaba basado en el miedo, que debía ratificarse cada año con éxitos que inspiraran terror. En 1519, la entidad política más grande e importante de Mesoamérica era el Imperio de la Triple Alianza.

El 8 de noviembre de 1519 Cortés y sus hombres entran pacíficamente a la gran ciudad, invitados por Moctezuma. México-Tenochtitlan inicia una nueva etapa en su vida, la última como centro de un imperio indígena: la etapa de la conquista. Al acercarse, los españoles quedaron maravillados ante el espectáculo nunca antes visto en Europa, del mismo modo como los indígenas se maravillaron y alarmaron cuando vieron esos robots enfundados en hierro que salían de montañas que surcaban el mar, con armas nunca antes vistas (espadas, lanzas de acero, ballestas, arcabuces y cañones), montados en caballos y acompañados de feroces mastines. La primera iniciativa de los españoles, la de crear un protectorado con Moctezuma preso, fracasó lamentablemente. Terminó en una gran masacre de guerreros principales en las festividades de Toxcatl el 22 de mayo de 1520; una rebelión multitudinaria del pueblo tenochca contra el tlatoani Moctezuma sometido y manipulado por Cortés; y una rotunda derrota de los españoles en la llamada Noche Triste en la que perdieron la mitad de sus efectivos, todas sus armas pesadas y el botín acumulado en seis meses de rapiña en la gran ciudad. Moctezuma murió en el proceso. La guerra abierta y sangrienta había comenzado y había de durar once meses, 346 días.

Como los mexicas tenían influencia y poder no sólo en Tenochtitlan sino en muchas ciudades cercanas al Anáhuac, antes de poner sitio a la capital Cortés y sus aliados debían cambiar la actitud de esas ciudades y derrotar a las guarniciones mexicas que había en ellas, para evitar la ayuda desde afuera. Los mexicas la libraron con gran valor, pero a final de cuentas quedaron aislados y sitiados.

Cuando el miércoles 26 de diciembre de 1520, antes de comenzar el sitio de México-Tenochtitlan, en la plaza del teocalli mayor de Tlaxcala, Cortés pasó revista a las tropas españolas, éstas comprendían, según Bernal Díaz, 84 de a caballo, 650 soldados de espada, rodela y lanzas y 194 ballesteros y escopeteros, además de un pequeño cuerpo de artilleros. Al siguiente día hizo lo mismo con las fuerzas aliadas indígenas. El contingente más numeroso era el de los tlaxcaltecas. Hay muchas versiones sobre su número, que varía entre 60 y 80 mil hombres. Otros autores calculan que junto a los de Cholula, Huexotzingo y Totonacapan, eran 110 mil. Cortés mismo habla de 150 mil. Podemos decir, sin exagerar, que el peso principal de las batallas recayó en los indígenas tlaxcaltecas, texcocanos, huexotzincas, cholultecas y otros, a razón de 150 por cada español. Para dar idea de la magnitud del sitio de México-Tenochtitlan recordemos que en el sitio de Constantinopla, que cambió la historia de Europa en 1453, el ejército otomano del sultán Mehmet II que tomó la ciudad constaba de sólo 80 mil hombres.

#### IV

Muerto Moctezuma, los mexicas eligieron sucesivamente dos reyes de la facción minoritaria que desde

el principio habían optado por la guerra contra los invasores: el primero de ellos fue Cuitláhuac, que murió de la pandemia de viruela que asoló la ciudad a fines de diciembre de 1520, y luego Cuauhtémoc, que fue el caudillo de los tenochcas durante todo el sitio. La acción inicial del primero fue despachar dignatarios en busca de alianzas con los diversos pueblos del Anáhuac, incluyendo a los tlaxcaltecas y los tarascos, con el argumento de que los españoles, extremadamente codiciosos y enemigos de su religión, eran un peligro para todos ellos; pero ninguna tuvo éxito. El enfrentamiento quedó definido así: los mexicas, tlatelolcas y demás habitantes de las riberas del lago que se refugiaron en Tenochtitlan, por un lado; y la Gran Alianza Antimexica formada por varios pueblos del Anáhuac y los conquistadores españoles, por el otro. En las calles principales de la ciudad se construyeron barricadas entre las casas inmediatas cuyas azoteas estaban llenas de guerreros con buenas reservas de piedras y flechas; mientras que en las calles laterales la defensa se aseguró abriendo zanjas a lo largo de ellas, de modo que la caballería no podía penetrar y las canoas mexicas llegaban fácilmente a atacar los flancos.

Se peleó sin dar ni pedir cuartel, de noche y de día, porque Cortés, no confiando en la constancia de sus tropas, renunció a rendir Tenochtitlan por hambre y decidió tomarla por asalto, destruyendo sistemáticamente la ciudad de México-Tenochtitlan. Fue principalmente un sitio anfibia en el cual participaron miles de canoas de ambos bandos y los trece bergantines de Cortés, de una longitud de 17 metros, una tripulación de 25 españoles y un pequeño cañón, todo lo cual jugó un papel importante en el sitio y la destrucción de la ciudad. La última resistencia mexica se dio en Tlatelolco y el 13 de agosto de 1521 la ciudad cayó y su líder Cuauhtémoc y los nobles que lo acompañaban fueron hechos prisioneros.

Los aliados indígenas de Cortés no sabían ni podían saber que el desenlace final les sería profundamente adverso, porque llevaba al poder a un imperio europeo que los reduciría a todos a una condición de súbditos inferiores de un cruel sistema en una colonia del capitalismo temprano. La destrucción de México-Tenochtitlan pesa hasta nuestros días sobre la figura de Hernán Cortés. Apenas tomada la ciudad, éste repartió encomiendas y esclavos para las minas entre los conquistadores e impulsó la evangelización y el adoctrinamiento forzado en el modo de vida español. La gran cultura mexica fue reducida a su mínima expresión. Pero el ejemplo de la resistencia de Tenochtitlan inspiraría a muchos pueblos originarios durante toda la colonia e incluso más tarde en el México independiente. En el marco de las conmemoraciones de este hecho, se levantó en el zócalo de esta ciudad que desciende de la tenochca, una réplica del Templo Mayor y el espacio ceremonial de México-Tenochtitlan, para recordarnos que somos hijos de la resistencia y no de la opresión. ☉

# LA CAÍDA DE TENOCHTITLAN: CULTURA Y BARBARIE

**Consuelo Sánchez Rodríguez**

La trágica caída de Tenochtitlan, el 13 de agosto de 1521, significó el derrumbe del imperio de la Triple Alianza bajo la hegemonía mexica, pero no implicó el sometimiento de facto de los demás pueblos mesoamericanos al dominio español ni supuso el fin de las guerras del invasor en el extenso territorio del México actual. En la historiografía nacionalista suele presentarse la capitulación de Tenochtitlan como la «Conquista de México», reduciendo la historia de las batallas contra el invasor a la parte central de la geografía del país, esto es, a las sociedades asentadas en la cuenca de México y sus alrededores. La concentración de esa historiografía en tal acontecimiento produjo, a su vez, una focalización en el estudio de los mexicas-tenochcas o «aztecas», originando el llamado aztequismo. Esta visión eclipsó la heterogeneidad de señoríos, pueblos y sociedades aborígenes existentes, al igual que las múltiples batallas que éstos emprendieron contra el dominio español. De hecho, un buen número de pueblos logró escapar al control colonial durante un tiempo considerable.

Hernán Cortés contó con el apoyo de los ejércitos de algunos *altépetl* del centro de México, destacadamente de la coalición militar de los señoríos tlaxcaltecas, la cual vislumbró la posibilidad de destruir el poderío mexica y constituirse en la base de una nueva hegemonía en la cuenca. Querían dar continuidad a un proceso ya conocido. En efecto, esto es lo que habían logrado los mexicas, casi un siglo antes, en alianza con los tezcocanos mediante una guerra contra el dominio tepaneca de Azcapotzalco. De la determinante participación de los tlaxcaltecas y de otros pueblos en la batalla contra los mexicas, recientemente algunos investigadores han deducido que la «conquista» de Tenochtitlan fue producto

de los indios y no de los españoles. Una suposición muy arriesgada, porque si fue una conquista de los indígenas, entonces no se entiende por qué no fueron ellos los que impusieron su dominio tras la caída de Tenochtitlan y, en cambio, sí lo hicieron los españoles. La construcción de alianzas, así como la estrategia y conducción de la guerra contra los mexicas, estuvo a cargo de Cortés; y los hechos ocurridos inmediatamente después de la ocupación de Tenochtitlan corroboran que fueron los españoles quienes alcanzaron el dominio sobre los territorios que estaban bajo el imperio de la Triple Alianza y no los indígenas guerreros que los secundaron.

Cortés organizó el sitio a la isla en la que se ubicaban las majestuosas ciudades de Tenochtitlan y Tlatelolco. Previamente, estuvo tejiendo alianzas con los enemigos de los mexicas y atacando a sangre y fuego las ciudades afines a éstos con el propósito de bloquear toda ayuda a Tenochtitlan. En suma, el caudillo invasor organizó el cerco de la isla por agua con bergantines y obstruyó militarmente las calzadas que la comunicaban con tierra firme; ordenó la destrucción de los canales que llevaban agua de Chapultepec a Tenochtitlan para dejar a los asediados sin este líquido. El sitio duró casi tres meses, en los que sobresalió la acción heroica de mujeres y hombres mexicas en la defensa de su grandiosa ciudad. Todos los días había combates sangrientos. La imagen de este episodio que proporcionan las crónicas españolas y las atribuidas a voces indígenas es apocalíptica.

Después de la capitulación de Tenochtitlan, vino el saqueo de la ciudad. Cortés decidió demoler el espacio simbólico de poder político y religioso mexica que tanto había maravillado a los españoles, y construir la ciudad colonial sobre las ruinas de los templos y palacios de México-Tenochtitlan. No habían pasado más de tres años de aquellos combates sangrientos, cuando el cabildo español instalado

en la ciudad emitió sus primeras actas en 1524, en las que otorgaba donaciones de predios a españoles para habitar en la nueva traza de Tenochtitlan. Además, el cabildo confirió a los españoles las primeras tierras y los huertos en tierra firme para sus granjerías, sin ninguna consideración hacia sus propietarios indígenas.

Al tiempo que se producía aquella barbarie cultural de destrucción de toda memoria de la gloriosa Tenochtitlan, Cortés se dedicó a repartir poblaciones indígenas en encomienda entre sus allegados y a él mismo, a la vez que asentaba el dominio español sobre los reinos sujetos a la Triple Alianza. Envío al despiadado Pedro de Alvarado a *pacificar* los pueblos del sur que habían sido tributarios de Tenochtitlan y a poblar de españoles Tehuantepec. El rey de España otorgó poder a diversos oficiales para continuar con la ocupación territorial hacia el sur y la parte norte del centro de México. Al adelantado Francisco de Montejo le otorgó una capitulación en 1526, para subyugar los señoríos mayas de la península de Yucatán (que incluía Yucatán, Quintana Roo, Campeche y la isla de Cozumel). La campaña militar duró dos décadas sangrientas, sin lograr el dominio de ciertos territorios peninsulares que muchos mayas sostuvieron como espacios de resistencia. Montejo fue acusado de tráfico y comercio de esclavos mayas que eran llevados a las islas del Caribe y a la Ciudad de México para el trabajo en las minas; también fue denunciado por reclutar a miles de jóvenes de su encomienda de Azcapotzalco para su campaña militar contra los mayas; de este abuso se quejaron ante la corona las autoridades indias de

Los españoles  
sostuvieron durante  
cuarenta años, de  
1550 a 1590, una  
permanente batalla  
contra la tenaz resistencia  
de los indígenas, en la  
llamada Guerra de los  
Chichimecas.

Azcapotzalco, señalando que por su causa se había despoblado el territorio<sup>1</sup>.

El presidente de la primera Audiencia de la Nueva España, Nuño de Guzmán, salió de la Ciudad de México en diciembre de 1529 con «varios centenares de españoles y siete u ocho mil indios»<sup>2</sup>, con rumbo al nororiente. En su incursión militar avasalló territorios en los que se formó el Reino de la Nueva Galicia por cédula real de enero de 1531. Los grupos indígenas del norte de la actual Guadalajara realizaron una serie de rebeliones contra los abusos cometidos por

Nuño de Guzmán en su intento de congregarlos en encomiendas. El conflicto derivó en la llamada Guerra del Mixtón, iniciada en 1539, en la que los insumisos estuvieron a punto de vencer a las tropas encabezadas por el primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza. Desde ahí, la rebelión de diferentes grupos indígenas contra la ocupación y la religión española

<sup>1</sup> González Gómez refiere que el adelantado de Yucatán, Francisco de Montejo, reclutó en 1528 cerca de 1500 guerreros de Azcapotzalco para su expedición de reconquista de Yucatán; en 1537, volvió a Azcapotzalco por más refuerzos, reclutando otros 500 guerreros auxiliares para su entrada militar en Campeche, Yucatán, Guatemala y Honduras. «En 1550, el gobernador y alcaldes indios de Azcapotzalco se quejaron ante la corona, entre otras cosas, de que su población había disminuido drásticamente y que el pueblo estaba en decadencia por la pérdida de sus jóvenes en las campañas militares de su encomendero» (José Antonio González Gómez, «Las Tecpan de Azcapotzalco. Conflicto, propiedad e identidad en un pueblo de la Cuenca de México a principios del siglo XIX», mayo, 2018, DOI: 10.1314/RG.2.2.19867.69929, nota 75, p. 23-24).

<sup>2</sup> María del Pilar Gutiérrez Lorenzo, «Nuño Beltrán Guzmán», Real Academia de la Historia, en <http://dbe.rah.es/biografias/11471/nuno-beltran-de-guzman>

se extendió hacia el occidente en una extensa área denominada Chichimeca (que comprendía los actuales estados de Querétaro, Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí). Los españoles sostuvieron durante cuarenta años, de 1550 a 1590, una permanente batalla contra la tenaz resistencia de los indígenas, en la llamada Guerra de los Chichimecas, considerada «la más prolongada de toda la historia de Norteamérica»<sup>3</sup>. Powell refiere que las proezas de los indios guerreros de esta región arruinó la invención de la superioridad militar del europeo.

\*

En la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, Ciudad de México, hay una placa conmemorativa que dice: «el 13 de agosto de 1521 heroicamente defendido por Cuauhtémoc cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue ni triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy».

Esta placa, lejos de redimir al heroico vencido, Cuauhtémoc, concede una segunda victoria al vencedor. El disparatado enunciado que indica que la caída de Tlatelolco «no fue ni triunfo ni derrota» es para fijar el mensaje: «el nacimiento doloroso del pueblo mestizo que es el México de hoy». Se trata de una evocación de la ideología nacionalista construida en el siglo xx, después de la Revolución Mexicana, que buscó fundar la identidad nacional en el mestizo, y atribuir al orden colonial español impuesto tras la caída de Tenochtitlan el origen del mestizaje étnico. Esta reconstrucción de la historia se avenía con el propósito de la clase dominante (y asumida por el Estado mexicano) de dejar atrás la diversidad étnica sustentada en los pueblos indígenas del país y construir una nación de individuos unidos a partir de una sola identidad étnica: la mestiza. Esta perspectiva de nación, sustentada por intelectuales que ocuparon cargos importantes en las instituciones culturales y educativas, partía de la idea de que para construir una verdadera nación se requería unificar los distintos componentes étnicos de la sociedad mexicana. El México unificado brotaría del mestizaje: de la fusión racial y de la mezcla cultural, lingüística y económica de su población. Pero en ese trance, la población indígena terminaría negada.

Este propósito no era del todo nuevo. Desde la Independencia de México la elite criolla que condujo el proceso de conformación del Estado mexicano impuso la perspectiva de unidad nacional basada en la uniformidad civil y legal como fundamento de la organización del Estado y de la nación, desechando cualquier consideración de la pluralidad étnica del país e identificando la patria con el criollo. Lo anterior predominó a pesar de que desde la guerra de

Independencia se expresaron otras tendencias que buscaban enlazar la organización de la nación con las reivindicaciones sociales de diversos sectores, incluyendo las de las comunidades indígenas. Igualmente, tras la Revolución de 1910 se manifestaron distintos enfoques y propuestas de solución a la heterogeneidad étnica del país en la organización del Estado nacional posrevolucionario, pero prevaleció la posición afín a la burguesía en ascenso (heredera de los poderosos del siglo xix) que planteaba como solución una unidad nacional basada en la disolución de los sistemas culturales indígenas. De este modo se fijó el sustrato étnico-cultural de la nación a partir de la identidad étnica de la clase dominante, construyendo un nuevo relato sobre el *origen común* de los mexicanos representado en el proceso de mestizaje.

El gran movimiento cultural de la primera mitad del siglo xx, en el que participaron intelectuales, muralistas, cineastas, escritores, músicos, antropólogos e historiadores, fue crucial en la narrativa e imagen de la nación mestiza. Un aspecto común en todas estas expresiones culturales fue la integración de *ciertos rasgos* de la historia y la herencia cultural indígena en un relato creativo de unidad de origen y de destino de los mexicanos. Pero tal apropiación de la herencia de los indígenas no fue acompañada del reconocimiento de los pueblos indígenas en el presente. En cambio, proporcionó al Estado posrevolucionario el consenso suficiente para avasallar a los pueblos indígenas existentes.

En la nación mestiza imaginada y regulada por las instituciones y los aparatos del Estado —en los que prevalecen los valores, las creencias, las normas, la lengua, etc., de la clase dominante—, los pueblos indígenas fueron relegados. Su inclusión en la nación y su posibilidad de una convivencia recíproca con los demás (mestizos) dependía de su domesticación. Esto es, el único camino dejado a los indígenas para arribar a esta experiencia era que abandonaran sus modos de vida distintos y adoptaran el modo de vida nacional-mestizo. El Estado intervino en este proceso mediante una serie de acciones (englobadas en la llamada política *indigenista*) que degradaban y socavaban el núcleo de las identidades indígenas para forzar su conversión a los valores, las creencias y las normas del grupo dominante. El ser y mantenerse diferentes los exponía a humillaciones y desventajas. La mayoría de los indígenas optó por mantener su identidad, aunque ello les ocasionara ofensas insostenibles y costosas marginaciones.

La mestizofilia, pues, es el intento de construir un pueblo étnicamente homogéneo, fundado en el rechazo a reconocer que México es un país de *pueblos*, en plural, desde su antigüedad hasta el presente, y no un *pueblo mestizo*, en singular, como se trató de imponer en el imaginario y la realidad nacional<sup>4</sup>. La

<sup>3</sup> Philip. W. Powell, *La Guerra Chichimeca (1550-1600)*, FCE, México, 1984 (Lecturas Mexicanas)

<sup>4</sup> H. Díaz-Polanco y Consuelo Sánchez, *México diverso. El debate por la autonomía*, Siglo xxi Editores, México, 2002





mestizofilia ha sido la causa de la inconcebible violencia (física, cultural, simbólica, etc.) e injusticia que padecen los indígenas, así como de la persistencia del conflicto étnico-nacional en nuestro país. Ha implicado: 1) La negación de sus derechos colectivos e individuales, que incluyen, entre muchos otros, su derecho a existir y a sostener formas de vida diferentes a la de los demás mexicanos; a promover, disfrutar e impulsar su propio sistema cultural y de existencia. 2) El etnocidio, es decir, la destrucción de las culturas de los pueblos indígenas causada por su exclusión de la organización del Estado-nación, su sometimiento a las relaciones de producción capitalistas y la instrucción de infundir en sus miembros los estilos de vida dominantes. 3) La discriminación y el racismo que sufren los indígenas, actitudes desencadenadas por los mensajes y acciones que respaldan la identificación del Estado con la nación-mestiza: *nosotros* mestizos modernos, civilizados, y los *otros* indígenas atrasados, incivilizados. En suma, todo lo anterior es característico del *colonialismo interno* que el Estado mexicano ha sostenido en relación con los pueblos indígenas, prácticamente hasta hoy. Este antagonismo también afecta a las clases populares mestizas, aunque su situación es diferente a la indígena, porque «su identidad es admitida en el cuerpo social «legítimo»»<sup>5</sup>.

La política de Estado orientada a fomentar la disolución de la etnicidad de los pueblos indígenas mediante un conjunto de acciones, impulsada durante cerca de seis décadas, no dio los resultados esperados. Por el contrario, a finales del siglo xx, los pueblos mostraron una revitalización de su conciencia étnica y la ampliación de sus reivindicaciones. El levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 fue la manifestación contundente del cambio que estaba operando en los pueblos indígenas, lo cual significó un duro golpe a la mestizofilia y la política

integracionista del Estado. La movilización indígena también puso en evidencia los estragos que el modelo neoliberal estaba provocando en la vida de sus pueblos, y la urgencia de poner fin a la llamada globalización capitalista por los peligros que corría la naturaleza y a la humanidad<sup>6</sup>. También levantaban la exigencia de refundar el Estado mexicano (excluyente, antidemocrático, opresivo e injusto) y reorientar la economía. Las consignas alzadas por los zapatistas y asumidas por las organizaciones indígenas del país («Nunca más un México sin nosotros y nosotras» y «Queremos un mundo donde quepan muchos mundos»), proyectan como luminarias *otra* forma de concebir y organizar el mundo y nuestro país en la que todos puedan sostener sus particulares modos de vida.

Un auténtico homenaje a Cuauhtémoc y a muchos otros mandatarios indios que fueron asesinados por los conquistadores o murieron en los combates contra el invasor y una genuina ofrenda a las generaciones de indígenas abatidas por los poderosos de siempre, sería reconocer que lo esencial de México está en su diversidad, en su carácter de nación de pueblos, y que la redención de los indígenas conducirá asimismo a la redención de los demás oprimidos del país.

\*

El presidente Andrés Manuel López Obrador propuso desde el inicio de su mandato declarar el 2021 como el año de la reconciliación histórica, teniendo como marco la conmemoración del quinto centenario de la caída de Tenochtitlan y el bicentenario de la firma del acta de Independencia de México (28 de septiembre de 1821). Este proceso de recon-

<sup>5</sup> Slavoj Žižek, *Violencia en acto: conferencias en Buenos Aires*, Paidós, Buenos Aires, 2004, p. 174

<sup>6</sup> Héctor Díaz-Polanco, *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*, Siglo XXI Editores, México, 2006, *passim*



ciliación histórica tendría tres ejes: la recuperación de la memoria histórica, pedir perdón a los pueblos indígenas por los agravios cometidos por el Estado mexicano desde la Independencia y la solicitud al Estado español de que se disculpara con los pueblos indígenas por su responsabilidad histórica en las atrocidades cometidas en las guerras de invasión y durante la colonia.

La conmemoración de la caída de Tenochtitlan ha revivido la atención hacia todo lo referente a este suceso, así como el interés en revisar el significado, las fuentes y los usos simbólicos, imaginarios, estéticos, políticos de este acontecimiento, asumido ideológicamente por el Estado mexicano como el origen de nuestra identidad nacional, lo cual habría que poner bajo escrutinio. En la narrativa tradicional, como se ha visto, la caída de Tenochtitlan representa la «escena traumática originaria»<sup>7</sup>, el acontecimiento que selló la ruptura con el pasado indígena y el nacimiento de la ulterior identidad nacional. Este relato es propagado hasta el presente, como puede observarse en el preámbulo de la exposición virtual de arte mexicano titulada *Interpretación de la caída de Tenochtitlan*, realizada por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, que dice: «El 13 de agosto de 1531 marcó el final de las culturas indígenas que florecieron en Mesoamérica. De igual forma, fue el inicio de la construcción de la identidad nacional»<sup>8</sup>. Ante esta afirmación, propios y extraños se preguntarían si realmente fue el fin de las culturas indígenas. ¿Qué pasó con estas sociedades después de la caída de Tenochtitlan?, ¿a qué se debe que aún existan millones de indígenas en México, invisibilizados en el

relato nacionalista pos-Tenochtitlan? También nos han contado la caída de Tenochtitlan desde enfoques mitológicos y desde la visión del invasor (a partir de sus crónicas, cartas, memorias), adjudicando a este suceso la determinación de ciertos rasgos del carácter nacional y, por tanto, del *ser* mexicano.

En la historia real, la caída de Tenochtitlan marcó el inicio de la acumulación originaria de capital que se extiende hasta el reciente tiempo neoliberal. Y los pueblos indígenas fueron pieza clave de esta historia de explotación, esclavitud, robo, saqueo, violencia y muerte. Quizá por ello fueron relegados de la sublime historia nacional por los vencedores de entonces y sus herederos después de la Independencia.

A contrapelo del relato oficial emerge cada vez más la condena por el mal tratamiento o de plano la exclusión de los indígenas de la historia nacional; y, a últimas fechas, resurge la exigencia de recuperar la memoria histórica de los pueblos indígenas, lo que «significa reescribir y resignificar nuestra historia nacional», como señaló la representante del pueblo maya, Ana Karen Dzib Poot, en la emotiva ceremonia del 3 de mayo de 2021 en Tihosuco, Felipe Carrillo Puerto, en la que el presidente López Obrador, como representante del Estado mexicano, pidió perdón «al pueblo maya por los terribles abusos que cometieron particulares y autoridades nacionales y extranjeras en la Conquista, durante los tres siglos de dominación colonial y en dos siglos de México independiente»<sup>9</sup>. Como puede observarse, aquí el presidente asumió no sólo la responsabilidad del Estado mexicano, sino también la del ausente Estado español.

Hay mucho que reflexionar sobre lo dicho en este acto de fuerte carácter ético-político. Dzib Poot

<sup>7</sup> Žižek, *op. cit.*, p. 64-65

<sup>8</sup> «Interpretaciones de la caída de Tenochtitlan en el arte mexicano. Del Códice Florentino a los murales de la Biblioteca Central de la Ciudad Universitaria», sitio web del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, en <http://www.esteticas.unam.mx/exposiciones/interpretaciones/introduccion.html>.

<sup>9</sup> Discurso del presidente Andrés Manuel López Obrador durante la ceremonia de petición de perdón por agravio al pueblo maya, 3 de mayo de 2021, en <https://lopezobrador.org.mx/2021/05/03/discurso-del-presidente-andres-manuel-lopez-obrador-durante-la-ceremonia-de-peticion-de-perdon-por-agravios-al-pueblo-maya/>



nos remite al asunto de los olvidados de la historia y nos transmite una concepción de la historia distinta a la hegemonizada por los vencedores de siempre:

Aquí estamos, a pesar de tanto olvido, explotación e injusticia. Aquí está el pueblo maya en pie de lucha. Los mayas antiguos no han desaparecido, en materia y espíritu somos su descendencia, los mayas actuales, vivos en el presente y con mucho sentido de futuro para el mañana, como lo dice el libro sagrado de las *Tres Cruces de Xocén*.

Este bello párrafo contiene una visión del tiempo y de la historia del pueblo maya, que no es la historia lineal, progresiva y uniforme como la que predomina en México y en la concepción histórica occidental. Sin entrar en la profundidad y riqueza de las concepciones del tiempo que sostienen los distintos pueblos originarios de nuestro país, de los que tenemos mucho que aprender, aquí sólo incumbe vislumbrar que en los indígenas el pasado es presente, porque sostienen el vínculo entre sus antepasados y descendientes, así como el compromiso de las generaciones presentes con las generaciones pasadas. Y esta ligadura es una de las fuentes que nutre la fuerza de la resistencia de los indígenas.

El *olvido* de los indígenas en la historia oficial es la demostración de que ésta es la representación histórica de los vencedores. En esta visión se trata de ocultar la sustancia y el curso del conflicto, el cual concluye con el triunfo de los vencedores y la derrota de los vencidos. Este ocultamiento dificulta el discernimiento de los antagonismos y contradicciones existentes en la historia de nuestro país; en cambio, proyecta la idea de la necesidad del progreso «en cuanto norma histórica». Un progreso cuyos efectos han significado catástrofe y destrucción para los olvidados de siempre. Este es el tipo de historia a la que se aferran los políticos conservadores, cómplices de los vencedores. Una historia construida de manera que sea digerida por los vencidos y que los descendientes de éstos lleguen a identificarse con los vencedores. Cuando esto ocurre, los vencedores obtienen una segunda victoria, porque, como dice Walter Benjamin, «la empatía con los vencedores siempre beneficia por consiguiente a los poderosos de cada momento»<sup>10</sup>.

¿Cuál es la perspectiva de la historia de la Cuarta Transformación? Es notable la importancia que reviste la historia para el presidente Andrés Manuel López Obrador. Desde su formación, los militantes del Movimiento Regeneración Nacional, fundado y dirigido por él, declaran ser «parte de las luchas del pueblo», inspirados en «la historia de luchas del pueblo mexicano», nutridos «de las luchas y movimientos sociales», y decididos a impulsar la cuarta

transformación social de la historia de México<sup>11</sup>. Así, siguiendo a Benjamin, la acción de Morena está orientada a interrumpir «el continuo de la historia»<sup>12</sup> de los poderosos y, sobre todo, a «ganar la partida de la historia».

Una vez en la presidencia, López Obrador inicia la Cuarta Transformación como la interrupción de la época neoliberal y el comienzo de otra época. Y con este acontecimiento se busca dar un giro respecto al curso de nuestra historia, en el sentido benjaminiano de saltar el tiempo homogéneo y vacío. El presidente enlaza la Cuarta Transformación con otros tres procesos de cambios del país: la Independencia, la Reforma y la Revolución, y otorga a aquélla su propio significado: la transformación democrática de México. En esta configuración de un nuevo tiempo, de una nueva época, se crea un nuevo calendario de ceremonias, conmemoraciones y otras celebraciones públicas en las que se busca resignificar el pasado y el presente a partir de una visión que empatiza con los vencidos y se distancia de la historia oficial anterior, la que se asienta en el pedestal de los vencedores.

Las conmemoraciones no adoptan la forma tradicional de recordar sucesos del pasado vaciados de significado, sino momentos para actualizar la trama que el presente mantiene con el pasado oprimido. Las ceremonias de petición de perdón a los pueblos indígenas por las crueldades cometidas por el Estado mexicano desde la Independencia tienen varios significados: el reconocimiento de la responsabilidad del Estado en los hechos; la confesión de respeto y honra a las víctimas del pasado-presente, registrando el vínculo de las generaciones pasadas con las actuales; y el compromiso de no repetición y de hacer justicia a los presentes pueblos indígenas. Con estas ceremonias, cargadas de una trascendencia ética, política y cultural, el presidente de la Cuarta Transformación busca la reconciliación histórica y un cambio cultural, que incluye despertar en los mestizos una empatía con los pueblos indígenas.

En suma, la Cuarta Transformación introduce una nueva narrativa de nuestra historia nacional, al tiempo que promueve la reflexión y el debate sobre los hechos históricos, e incluso invita a indagar de nuevo. Pero lo más importante es la conciencia histórica de estar interrumpiendo el tiempo continuo de los poderosos.

\*

En el plano internacional, el presidente Andrés Manuel López Obrador también ha tratado de marcar una nueva narrativa de la historia entre las naciones apegado a la idea de rechazo al colonialismo e imperialismo. De ahí el afianzamiento de los princi-

<sup>10</sup> Walter Benjamin, «Sobre el concepto de historia», en *Obras*, libro I, vol. 2, Abada Editores, Madrid, 2008, p. 309

<sup>11</sup> Morena, *Declaración de principios, programa y estatuto*, Morena, México, 2014, p. 10-11

<sup>12</sup> Benjamin, *op. cit.*, p. 316

pios constitucionales de autodeterminación de los pueblos, de no intervención en los asuntos internos de las naciones, de solución pacífica de las controversias, entre otros. Es en este horizonte de política internacional y nacional en el que se inserta la carta enviada por el presidente de México al rey de España a principios de 2019. En ella, invita al monarca a hacer una reflexión ante «los hechos que marcaron de manera decisiva la historia de nuestras naciones y que aún generan encendidas polémicas en ambos lados del océano». Asimismo, le solicita que el Estado español admita su responsabilidad histórica por las ofensas hechas contra los pueblos indígenas durante la Conquista y Colonia y ofrezca disculpas. El rey no ha tenido la nobleza de contestar la carta, pero el gobierno de España rechazó la solicitud del presidente y señaló que «la llegada, hace quinientos años, de los españoles a las actuales tierras mexicanas, no puede juzgarse a la luz de las consideraciones actuales». Una respuesta vana. ¿Por qué no se pueden juzgar los hechos del pasado? ¿No se trata, más bien, de que el Estado español quiere seguir cultivando el «velo de la ignorancia» sobre su pasado indigno para redimir su pasado glorioso? ¿O acaso el Estado español juzga que no le atañen los juicios que se hicieron de las crueldades cometidas por los conquistadores, encomenderos, funcionarios y colonizadores en nombre del rey de España, aunque se trate de veredictos realizados mientras se cometían las barbaridades?

El presidente tiene razón: el pasado entrelazado de México y España aún genera «encendidas polémicas», como se exhibió al hacerse pública la carta. Lo que más llamó la atención fueron las histéricas respuestas de algunos personajes en defensa de la imagen del rey y de la memoria imperial de España. Es el caso del novelista Arturo Pérez-Reverte, quien, con mentalidad de encomendero, sólo exhaló insultos para quien había osado solicitar al monarca que asumiera alguna responsabilidad moral con el pasado. Por su parte, Mario Vargas Llosa —un típico criollo lisonjero con los poderosos y empático con la monarquía— trasladó el problema al presente y culpó a los gobiernos latinoamericanos (incluido el mexicano), con la intención de exonerar y escudar al rey. Asombra la falta de discernimiento y la repetición de argumentos del sentido común con reminiscencias de la ideología dominante: «los responsables son los españoles y sus descendientes que se quedaron en América», queriendo encubrir el hecho de que la invasión y colonización fue una empresa de Estado, de la corona española. El rey quedó al desnudo.

Igual de vergonzosos fueron los comentarios de los actuales representantes de la rancia y primitiva derecha-ultraderecha española (Partido Popular, Ciudadanos y Vox) a la carta del presidente de México. Alegaron que la carta ofendía al «pueblo español», a parte del cual ellos tratan como si fuera su colonia (sólo hay que ver su arrogancia frente

a catalanes, vascos, etc.). Los nostálgicos del franquismo sacaron a relucir su vocación colonialista e imperialista. En la violencia y la sangre derramada en América no hay la más mínima honra. Nada de valía tiene la supuesta acción evangelizadora y civilizatoria con la que la corona de España pretendió (y pretende) legitimar y ocultar las verdaderas razones de la ocupación y el dominio colonial: la obtención de oro, plata y otras riquezas, sumiendo en la pobreza, la esclavitud y el vasallaje a la población aborigen. No hubo ni hay redención en evangelizar y civilizar, sino barbarie. Los indígenas tenían su propia religión y civilización, brutalmente aplastadas por el dominio español.

A los representantes del Estado español les parecerá que la Conquista y la Colonia son sucesos de un pasado muy remoto; pero para los indígenas, víctimas de la sujeción durante tres siglos, no lo es. Ese pasado cruel sigue presente «aún después de quinientos años»<sup>13</sup>.

Hay que mencionar que, a diferencia de la derecha conservadora, la carta del presidente López Obrador fue recibida honradamente por la izquierda española (Podemos) y las nacionalidades catalana y vasca. En estos casos, consideraron que el presidente de México tenía razón y manifestaron su disposición a pedir perdón. Incluso, el entonces canciller de Cataluña, Alfred Bosch, pidió disculpas a los pueblos indígenas de México durante un encuentro con funcionarios del Instituto Nacional de Pueblos Indígenas en junio de 2019. Allí dijo: «Debemos asumir la necesidad histórica y ser capaces de condenar los abusos del pasado, porque ello contribuye a fortalecer las relaciones entre pueblos desde una posición de igual a igual»<sup>14</sup>.

El rey de España perdió la oportunidad de estar en una ceremonia de reconciliación histórica con los pueblos indígenas, un acto político de gran calado simbólico que lo hubiera ennoblecido. Le faltó altura de miras.

El mensaje de la carta iba dirigido también a terceras personas: a las empresas españolas (Repsol, OHL, Iberdrola) que cometieron actos de corrupción durante el periodo neoliberal en México; «nos vieron como tierra de conquista y se dedicaron a saquear, a robar, claro, con el apoyo de las autoridades mexicanas», señaló el presidente López Obrador en *La Mañanera* del 14 de julio de 2021. Cuando un periodista español le pidió insistentemente al mandatario mexicano que enviara un mensaje para fundar una buena relación entre los dos países, López Obrador respondió: «El mensaje es que se tiene que entender que hay una nueva realidad en México y que ya no se permite robar». ☉

<sup>13</sup> Josefina Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la Conquista*, 4ª edición, Siglo XXI Editores, México, 1983, p. 10

<sup>14</sup> «El Gobierno catalán pidió disculpas a pueblos indígenas mexicanos por Conquista», en <https://www.noticiaszm.com/zmg17614.htm>

# EL ETERNO RETORNO DE MÉXICO-TENOCHTITLAN

**Mario Ruiz Sotelo**

*En tanto que permanezca el mundo, no acabará  
la fama y la gloria de México-Tenochtitlan  
Memoriales de Culhuacan*

La idea de México-Tenochtitlan como principio fundacional de lo que llamamos México es un mito construido sobre una dialéctica entre colonizadores y anticolonialistas. Nace lo mismo de la idea que legitima la conquista, y paralelamente, de aquella que considera la incursión española una invasión. Surge al momento en que se inventa un imperio, el mexica, que no existió como tal, de la misma forma que cuando el imperio realmente existente, el español, es cuestionado al grado de que a final de cuentas logró ser desmantelado. Revisemos brevemente estos momentos contradictorios que juegan con la destrucción y la redención de México-Tenochtitlan.

Como suele ocurrir cuando hablamos del tema, tenemos que iniciar con la historia contada por el propio Hernán Cortés, pero en este caso a través de su historiador y biógrafo, o mejor, su apologeta, Francisco López de Gómara (1511-1566). Durante siete años de convivencia con Cortés, entre 1540 y 1547, Gómara se convirtió en su confesor y confidente, y seguramente surgió de esa relación la idea de elaborar un texto que mostrara de manera organizada la historia de sus expediciones en territorio americano, consideradas por el autor como dignas de heroísmo. En esa lógica es que, en la dedicatoria al hijo de Cortés, Martín, le dice que «se puede preciar tanto de los hechos de su padre como de los bienes, pues tan cristiana y honradamente los ganó»<sup>1</sup>. El título del libro tiene la virtud

de guardar sencillez y complejidad: *La Conquista de México*. «Conquista», con mayúscula, como si se tratara de un género inventado por el propio Cortés. Y lo más interesante, «de México», como abreviación del binomio «México y Temixtitlan», como aparece de manera predominante en sus *Cartas de relación*, denominación que Gómara afina cuando señala: «está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelolco, que quiere decir isleta; y al otro México, donde mora Moteczuma, que quiere decir manadero, por ser el mayor barrio y morar en él los reyes: se quedó la ciudad con este nombre, aunque el propio y antiguo nombre es Tenuchtitlán», a lo que agrega: «aunque bien suelen decir los indios México Tenuchtitlán todo junto»<sup>2</sup>. Así pues, del apelativo dual Gómara retoma sólo el primero, quizá por parecerle más eufónico o simplemente más sencillo. El caso es que, en esas guerras de «conquista» de las que habla, se incluyen pueblos y territorios que consiguieron dominar las huestes encabezadas por Cortés en los años subsiguientes a la caída de Tenochtitlan, como Michoacán o California, que evidentemente no formaban parte de la zona de influencia de la Triple Alianza, encabezada por Tenochtitlan, y sin embargo aparecerán como parte de la «Conquista de México».

La apología de Cortés inserta en el texto de Gómara motivó dos importantes respuestas; una, por parte de un soldado de Cortés, Bernal Díaz del Castillo, y otra, de uno de sus más importantes críticos: Bartolomé de las Casas. Bernal llama a su libro *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, título que lleva ya implícita la crítica a su antecesor, pues insinúa de inmediato que la historia que pretendía oficializarse era falsa, y era necesario desmentirla. Su texto busca ser mucho más preciso que los de Gómara y Cortés, y entre otras cosas destaca su propia

<sup>1</sup> Francisco López de Gómara, *La Conquista de México*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2007, p. 4

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 149-150

participación, ignorada por sus pares. Al igual que su antecesor, Bernal prefiere hablar de la ciudad central llamándola simplemente México, pero buscó ser menos impreciso cuando habla de la conquista de la «Nueva España», con lo cual la referencia es menos centralista. Ahora bien, de cierta forma, ninguna de las dos designaciones puede ser precisa, pues Gómara concentra el proceso en la entidad que ciertamente era el centro de gravedad del dominio de la región, pero nada más. Por su parte, Bernal habla de la Nueva España cuando ésta en realidad no existía, pues la invasión se hizo a un conjunto diverso de pueblos originarios cuyo ser histórico en ese momento no tenía nada que ver con la entidad hispánica que refiere. Así pues, Gómara prefiere referir a México muy probablemente porque ya entonces lo consideró el principal significante de todo ese mundo «conquistado», mientras que Bernal habla de una Nueva España que confiesa ya la colonización del ser de los pueblos invadidos.

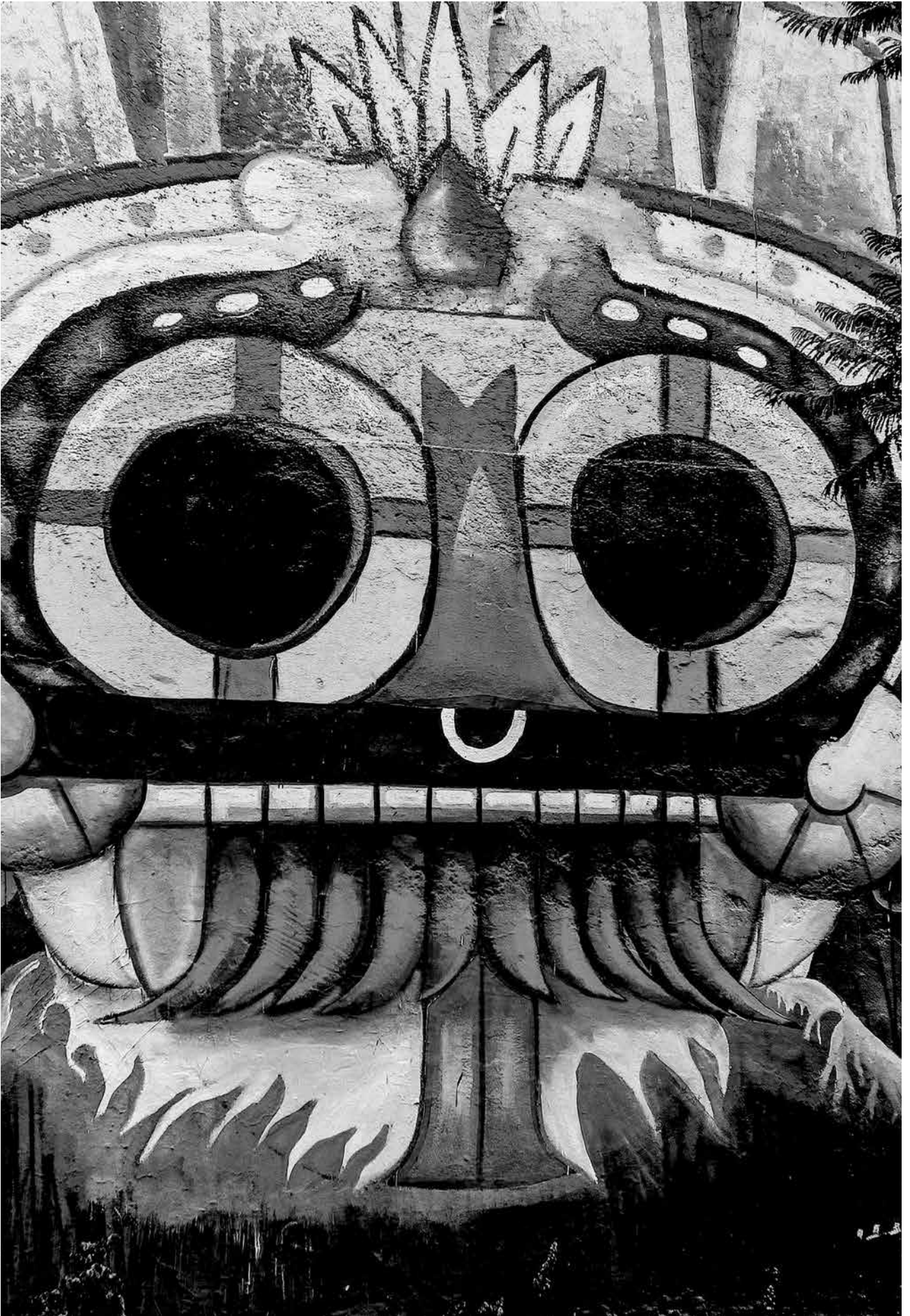
Por su parte, Bartolomé de las Casas (1484-1566) consigue hacer una crítica radical a la naturaleza política del texto de Gómara, a quien reiteradamente lo llama simplemente el «criado» de Hernán Cortés. De ese modo, al comentar el supuesto perdón que los mayas chontales le habrían pedido al capitán invasor tras la batalla de Centla y su consecuente conversión al cristianismo después de escuchar las palabras que les habría proferido, fray Bartolomé señala: «todas estas son falsedades y cosas inventadas por Cortés o fingidas por Gómara, su criado, para lisonjear y vender su tiranía por servicio grande al rey y engañar al mundo»<sup>3</sup>. Las Casas es el primero en decir explícitamente que los textos de Cortés y Gómara no son más que una historia falsa que en el fondo buscaba encubrir la intención colonialista que desde

un principio animó la incursión española a territorio americano. Por lo mismo, ésta no debe ser considerada una «conquista», sino una invasión, es decir, no una guerra justa, sino una profundamente ilegítima: «lo que ellos llaman conquistas, siendo invasiones violentas de crueles tiranos»<sup>4</sup>. En este caso no estamos ante la pretensión de corregir algunos hechos, como lo buscaba Bernal, sino ante una crítica de los principios filosófico-políticos que pretendían legitimar la empresa de los invasores españoles en las Indias. Para Las Casas, pues, no hay «conquista» ni de México ni de la Nueva España, sino una invasión violenta que buscaba el sometimiento y el despojo de los pueblos originarios de América para su consecuente explotación.

Ahora bien, la idea de llamar al territorio colonizado México fue incorporándose paulatinamente en el imaginario de un cierto sector de la población de origen criollo. En el siglo xvii, uno de sus exponentes más destacados fue Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), quien advirtió con claridad que el pasado indoamericano debía ser rescatado de la idea de la barbarie donde comúnmente era situado. En su *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe, advertidas en los monarcas antiguos del Mexicano Imperio*, hace un rescate de los monarcas mexicas, llamados entonces *mexicanos*, comparando su sabiduría con las de la antigüedad grecorromana, con lo cual se urdía en el imaginario un pasado clásico de origen indoamericano. Sobre Cuauhtémoc, señala: «no tienen ya los Mexicanos por qué envidiar a Catón, pues tienen en su último Emperador lo que dice Séneca, Epístola 104: “nadie vio que, en tantas mudanzas de la república, mudase Catón; se manifestó el mismo en todas las circunstancias: de pretor, derrotado, acusado, en la provincia, en la tribuna, en

<sup>3</sup> Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. III, FCE, México, 1995, p. 242

<sup>4</sup> Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, México, 1996, p. 84





el ejército, en la muerte»<sup>5</sup>. En su recuperación de las virtudes políticas en el pasado indoamericano, Sigüenza no acudió a los victoriosos tlaxcaltecas o texcocanos, sino a los derrotados mexicas, *mexicanos*. Pudo haber elegido, por ejemplo, a Mexicatzin, el principal jerarca tlaxcalteca partidario de la alianza con los españoles, y quien, según Gómara «no se partía de Cortés, ni se hartaba de ver ni oír a los españoles»<sup>6</sup>, actitud que ciertamente no evoca la fortaleza de espíritu de Catón. Evidentemente juzgó más virtuosa la resistencia de Cuauhtémoc que las alianzas que los pueblos adversarios le brindaron a Cortés, también admirado por nuestro autor. De esta manera, la intelectualidad criolla *mexicana* comenzaba a trazar un vínculo filial, identitario, ontológico, con los antiguos mexicanos. «¿Mexicana? Novohispana, querrás decir. México no existía», podría argumentar algún académico contemporáneo celoso de la precisión conceptual. Veamos con qué gentilicio lo ubica una autoridad como sor Juana Inés de la Cruz, amiga de Sigüenza, a quien le dedica un emotivo soneto que comienza diciendo: «Dulce, canoro Cisne Mexicano/ cuya voz si el Estigio largo oyera,/ segunda vez a Eurídice te diera,/ y segunda el Delfín, te fuera humano»<sup>7</sup>.

Hacia 1780, el jesuita Francisco Javier Clavijero (1731-1787), desde su exilio en Bolonia, publicó uno de los textos más notables de la Ilustración *mexicana*: la *Historia antigua de México*. Su propósito inicial es recuperar la historia de los pueblos mesoamericanos antiguos, concentrándose particularmente en los mexicanos, es decir, los mexicas, y por supuesto, en los hechos de la llamada conquista encabezada por Cortés. Su objetivo final, y sin duda el más importante, era reivindicar a los pueblos oriundos de América de su presente, del siglo XVIII, abiertamente calificados como inferiores en los estudios desarrollados por los ilustrados europeos más influyentes. Después de su revisión histórica formula una serie de *disertaciones* sobre diversos temas. La quinta de ellas, llamada «Constitución física y moral de los mexicanos» comienza diciendo: «Cuatro clases de hombres pueden distinguirse en México y otros países de América». Nuevamente, no es la Nueva España, sino México, el nombre del país entero, más allá de su ciudad central. Con suma agudeza sociológica, Clavijero distingue esas cuatro clases sociales-étnicas: «los americanos propios, llamados vulgarmente indios»; en segundo lugar, los europeos, asiáticos y africanos; en tercero, los criollos; y finalmente, «las razas mezcladas, llamadas por los españoles castas»<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Teatro de virtudes que constituyen a un príncipe*, 1680 (versión facsimilar), p. 81, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes [en línea].

<sup>6</sup> López de Gómara, *op. cit.*, p. 115

<sup>7</sup> Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, Porrúa, México, 2007, p. 163

<sup>8</sup> Francisco Javier Clavijero, *Historia del México antiguo*, Porrúa, México, 1991, p. 503

Parfraseando a Aníbal Quijano, se trata de una división racial del trabajo, la colonialidad del poder, donde los «americanos propios», también llamados mexicanos (a quienes se resiste a llamar «indios», advirtiendo así que tras el término se esconde una identidad impuesta y un sesgo discriminatorio), han sido estructuralmente obligados a desarrollar trabajos pesados que les han impedido su movilidad social. En ese sentido, y dada su experiencia como maestro de los americanos, mexicanos de su tiempo, advierte una conclusión que sigue siendo de plena validez: «he examinado con mucha diligencia su historia antigua, religión, gobierno, leyes y costumbres. [...] Si seriamente se cuidara de su educación [...] se verían entre los americanos filósofos, matemáticos y teólogos que pudieran competir con los más famosos de Europa. Pero es difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades»<sup>9</sup>. De esa forma, el rescate de la historia del México antiguo se convirtió en una herramienta para demostrar que esos pueblos eran herederos de una civilización auténtica, que equipara con la griega y la romana, y, en consecuencia, la situación social que padecían en aquel momento (y siguen padeciendo) era producto de una condición colonial radicalmente injusta, la cual implícitamente pide revertir. Es decir, el interés de reconocer el México antiguo y en particular México-Tenochtitlan, se convirtió en un arma para cuestionar el colonialismo del México de entonces. Por eso no es gratuito que omita llamarle «Nueva España». El siguiente paso sería cuestionar el origen de tal condición colonial: la «Conquista».

Miguel Hidalgo (1753-1811) tenía catorce años cuando era discípulo de Clavijero y tuvo que padecer la expulsión de su maestro y el resto de la orden de los jesuitas, en 1767. Es claro que ese acontecimiento lo dejó marcado, como a toda la población. Seguramente leyó el texto de su maestro y parece evidente que hizo suyas varias de las ideas ahí expuestas. También es evidente que, como Clavijero, acudió a diversas fuentes para entender la llamada conquista, algo común en los insurgentes de diversas latitudes y tiempos, como los venezolanos Francisco de Miranda y Simón Bolívar, el peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán o el cubano José Martí. Así pues, apenas poco después de su célebre Grito de Dolores, el 21 de septiembre de 1810, escribe al intendente Juan Antonio Riaño: «La dependencia de la Península por 300 años ha sido la situación más humillante y vergonzosa, en que ha abusado del caudal de *los mexicanos* con la mayor injusticia. [...] El movimiento actual es grande, y mucho más cuando *se trata de recuperar derechos concedidos por Dios a los mexicanos*, usurpados por unos conquistadores crueles, bastardos e injustos, que auxiliados de la ignorancia de los

<sup>9</sup> *ibid.* p. 518-519

naturales y acumulando pretextos, santos y venerables, pasaron a usurparles sus costumbres y propiedad, y vilmente, de hombres libres, convertirlos a la degradante condición de esclavos»<sup>10</sup>. En unos cuantos renglones, Hidalgo hace un análisis claro y conciso de la «Conquista» y el mundo colonial, tomando como base la situación de los pueblos originarios. Traza su objetivo con precisión: recobrar los derechos de los *mexicanos* que han sido usurpados por los españoles. En este caso, los mexicanos no son sólo los mexicas, sino el común de los pueblos originarios de lo que burocráticamente se llama Nueva España, pero que ya entonces también es denominado México, como lo mostró su maestro Clavijero. La referida ignorancia de los pueblos referidos que auxiliaron a los conquistadores-usurpadores parece aludir justamente al apoyo que les dieron para conseguir sus «conquistas», sin saber que ahí radicaba el punto de arranque del régimen colonial que los despojó de sus propiedades y los esclavizó de diversas formas. Los «pretextos santos», obviamente, refieren el proceso de evangelización, que a fin de cuentas era sólo eso, un pretexto, una argucia aparentemente legítima que en el fondo sólo era la careta para consumir el despojo. Conquista y colonización, por lo mismo, eran la expresión de un régimen ilegítimo desde su inicio. La llamada Conquista es execrable no sólo por conformarse como una guerra injusta, sino porque engañó a los pueblos que ayudaron a consumarla.

Por su parte, José María Morelos (1765-1815), discípulo de Hidalgo, presentó en su discurso de inauguración del Congreso de Chilpancingo (1813) un notable texto, elaborado por el historiador Carlos María de Bustamante, que sigue la lógica de la línea anticolonial esbozada por su antecesor. Por ello, invoca el momento fundacional donde el régimen colonial inició su condición ilegítima, que sitúa, nada menos, en la caída de Tenochtitlan: «Al 12 de agosto de 1521 sucedió el 14 de septiembre de 1813; en aquél se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre en México-Tenochtitlan; en éste se rompen para siempre en el venturoso pueblo de Chilpancingo»<sup>11</sup>. Los tres siglos de dominio colonial son vistos como un régimen *de facto*, una larga noche oscura de la que al fin habían despertado. Eso significaba que los insurgentes pretendían identificarse herederos de los mexicas, considerados al mismo tiempo como una especie de cultura madre. Por supuesto, todo ello no puede considerarse

México-Tenochtitlan  
cayó, pero no calló. Con  
el tiempo, su derrota se  
convirtió en triunfo; sus  
defensores en héroes; su  
resistencia, en ejemplo.  
Su gloria, en efecto, está  
condenada a permanecer.

sino como un simbolismo que de alguna manera se había cultivado durante tres siglos, y que se manifestaba cuando se hablaba con cierta familiaridad de *México* y *mexicanos*, términos cuya polisemia crecía con el tiempo.

No obstante, y no por casualidad, en la consumación de la Independencia este elemento anticolonial desaparece. Al evaluar esta etapa, lo hace en los siguientes términos: «Trescientos años hace la América Septentrional que está bajo la tutela de la nación más católica, heroica y magnánima. La España la educó y engrandeció»<sup>12</sup>. Así pues, la colonia no fue colonia, sino un reino educado por el mejor educador posible. La Conquista, en consecuencia, fue eso, una guerra justa. El hecho de que el inicio de la gesta independentista incluya como principio fundamental el anticolonialismo explica por qué genera admiración y entusiasmo popular, a diferencia de la consumación, que atesora el colonialismo como un valor positivo. Es la razón por la que Hidalgo y Morelos son vistos como libertadores, a diferencia de

Iturbide, cuya filiación colonialista lo condena a la marginación.

#### REFLEXIONES FINALES

El principal atractivo de México-Tenochtitlan y de su decidida defensa ante los invasores ha descansado primordialmente en su interpretación como resistencia al colonialismo, la cual, según vimos, ha sido valorada en diferentes momentos como ejemplar. Era ahí donde un sector de los criollos y los insurgentes buscaron hermanarse con aquel remoto pasado. La implícita idea de que aquel «imperio» interrumpido al fin resucitaba era básicamente una figura retórica. La ideología independentista requería del anticolonialismo tanto o más que de los preceptos ilustrados, y por lo mismo no vaciló en acudir al cuestionamiento de la «Conquista», convertida ya en una ilegítima invasión, tal como lo anticipó Las Casas. No es casual que acaso el principal ideólogo del movimiento, Servando Teresa de Mier, acudiera al célebre dominico en reiteradas ocasiones, justamente para demostrar que España no cumplió con los pactos establecidos desde el siglo xvi, idea retomada por el propio Simón Bolívar en su célebre *Carta de Jamaica*. La resistencia a los invasores se convirtió entonces en un argumento necesario para hablar no sólo de Independencia, sino de liberación.

México-Tenochtitlan cayó, pero no calló. Con el tiempo, su derrota se convirtió en triunfo; sus defensores en héroes; su resistencia, en ejemplo. Su gloria, en efecto, está condenada a permanecer. ☉

<sup>10</sup> Carlos Herrejón, *Hidalgo. Razones de la insurgencia y biografía documental*, SEP, México, 1987, p. 207-208

<sup>11</sup> Tarsicio García Díaz, (coordinador), *Independencia nacional*, vol. II, UNAM, México, 2005, p. 61

<sup>12</sup> *ibid.* p. 303



# COMBATIR EL OLVIDO

## LA MEMORIA HISTÓRICA EN TIEMPOS DE LA 4T

**Gabriela Pulido Llano**

**E**l derecho a la memoria es en muchos sentidos una categoría central para la Cuarta Transformación: como derecho cultural y como derecho humano. Recordar es una acción indispensable. Las conmemoraciones cívicas, las marcas de memoria y los territorios son asuntos con una poética particular que articulan mensajes específicos, voces de comunidades constituidas en banderas políticas. Se pueden catalogar de acuerdo con la temática, la espacialidad, la temporalidad y el origen, gracias a los distintos niveles de abordaje y a la construcción de discursos que van más allá de erigir un monumento inmóvil. Lo que las engloba es el principio del combate al olvido.

El calendario de conmemoraciones cívicas especiales publicado por el Gobierno Federal en 2021 fue expuesto como una secuencia<sup>1</sup>. Cada una de las 15 celebraciones o aniversarios contenidos ahí forman parte de un todo que nos ha permitido reflexionar acerca de la importancia de la memoria histórica, su recuperación y la presencia de la historia en nuestra vida cotidiana. De esta manera se ha promovido la noción o categoría de «historia viva», lo que implica reflexionar acerca de una historia que está presente en los contextos de las comunidades y que nos constituye en lo social, en lo comunitario, en lo local, lo regional y lo nacional; una historia

Las conmemoraciones de los 500 años (1521) y los 200 años de la consumación de la Independencia (1821) nos han puesto en el camino clave para examinar la realidad mexicana actual.

que se advierte en la vida social de las comunidades en México, en distintos estratos, desde la vida cotidiana hasta las denominadas como resistencias culturales, que son muchas veces manifestaciones políticas de enorme trascendencia que hacen visibles las carencias, discriminaciones y posiciones que típicamente se hallan por fuera de la «historia oficial».

Como en todo gobierno, la organización de este conjunto de actividades —a las que han quedado claramente vinculadas otras tantas más periféricas llevadas a cabo por gobiernos locales en la Ciudad de México, Veracruz, Tabasco, Chiapas, Sonora, Coahuila, Chihuahua, etc.—, responden a una idea de la historia y a los usos de ésta por parte de la 4T. En ella es novedoso el enfoque dado a las comunidades y el tratamiento del sujeto colectivo, como es el caso del perdón pedido oficialmente a la comunidad china en México o al pueblo yaqui. También lo es la reinterpretación del concepto de la llamada por la historiografía más convencional y de largo aliento como «Conquista», dejando

atrás esta noción para denominar este proceso como «500 años de resistencia indígena». Con ello se actualizó de manera decisiva la reflexión histórica y el combate al olvido con nuevos cánones y paradigmas. Ante esto, eran inevitables las voces que cuestionaran dichas posturas novedosas, pues siempre las hay cuando un paradigma anquilosado se desplaza en el espacio público.

Las conmemoraciones de los 500 años (1521) y los 200 años de la consumación de la Independencia (1821) nos han puesto en el camino clave para examinar la realidad mexicana actual. Desde el 14 de

<sup>1</sup> El calendario definido por la Comisión de Conmemoraciones se puede ver en <https://www.gob.mx/conmemoraciones/es/articulos/2021-ano-de-la-independencia-y-de-la-grandeza-de-mexico?idiom=es>

febrero que se recordaron los 190 años del legado de Vicente Guerrero hasta el natalicio de José María Morelos y Pavón, el 30 de septiembre, hemos tenido presente la historia de nuestro país a través de las más diversas expresiones; hemos escuchado y hablado de ella, opinado y reflexionado, en un auténtico ejercicio hermenéutico de reconocimiento.

Otros aniversarios en este 2021 nos han hecho reforzar el combate al olvido. Tal vez el más importante es el aniversario de los 50 años de el *Halconazo* o Jueves de Corpus, acaecido el 10 de junio de 1971. Al traer al presente la memoria reciente de este hecho violento, comprendemos que actos como éstos son pieza indispensable para entender el horror de la Guerra Sucia y la violencia de Estado ocurrida en México. En la mayor parte de los casos, las marcas territoriales de la memoria están equipadas con llamados a la justicia, reconocimientos de agravios cometidos en el pasado —concebido en su larga duración— y en la historia reciente, así como solicitudes para la reparación de los daños. Es por eso que en México y en América Latina hay necesidad de materializar la memoria reciente relacionada con la represión, el autoritarismo, la violencia, la desaparición forzada; se trata de una exigencia de poner el conocimiento de lo ocurrido a disposición del público, de volverla un referente cotidiano en las comunidades.

Hay espacios que contienen diferentes marcas con profundas significaciones del pasado que pueden identificarse por los dolorosos hechos colectivos cometidos en ellos; es precisamente por eso que se

En México y en América Latina hay necesidad de materializar la memoria reciente relacionada con la represión, el autoritarismo, la violencia, la desaparición forzada; se trata de una exigencia de poner el conocimiento de lo ocurrido a disposición del público.

intenta marcarlos, dotarlos de sentido y convertirlos en vehículos de memoria. Son frentes polisémicos: para unos constituyen espacios con enormes posibilidades de reconciliación, para otros son herramientas para impedir el olvido. Ése es el frente de batalla. Para otros son espacios idóneos para la divulgación de la historia, para la construcción de narrativas donde se comprendan los procesos y los conceptos de víctima, de justicia universal, de reparación simbólica y de compensación. En ese proceso estamos

hoy en México, ante la posibilidad de difundir narrativas bien fundamentadas que a lo largo de décadas se han definido desde las comunidades, pero ahora también desde el gobierno y los actores sociales menos convencionales que se mantienen críticos. Este proceso sirve también para definir a la democracia desde la memoria, desde el derecho a ella como ingrediente fundamental para la práctica democrática.

En el momento actual de México, las voces detrás del ejercicio de las memorias se apoyan cada vez más en los hallazgos históricos que son fruto de décadas de trabajo y en la persistencia de grupos de la sociedad que no han do-

blado sus voluntades ni se han consumido en el cansancio, así como del trabajo en universidades y comunidades académicas. Gracias a ello se han reconstruido los contextos históricos de numerosos eventos, hechos y procesos, con contenidos rigurosos y precisos, alejados de pronunciamientos propagandísticos, todo lo cual ha dejado ver la madera y la profundidad de la tarea. Son granos de arena que, vistos desde otro ángulo, constituyen piedras

angulares que ahora sostienen la vocación del ejercicio social de la memoria, haciendo más conscientes las acciones de los gobiernos. Todo esto sigue siendo insuficiente, en algunos casos pueril, pero si se entretienen los esfuerzos, lo que se percibe es un llamado colectivo y potente a no enterrar ni olvidar la violencia de todo tipo, y sobre todo la violencia de Estado ejercida en el pasado.

En México el ejercicio de la memoria ha ido configurando espacios y estructurando mecanismos de acción que cada vez con mayor frecuencia son vistos como espacios de convocatoria ciudadana, para investigar y exigir acciones concretas de los gobiernos en la reparación de daños y en la consecución de justicia. La memoria es recuperada y ese ejercicio, siempre y desde los diferentes frentes, es polisémico. Las marcas territoriales, por tratarse de espacios dotados de significados que articulan simbolismos, permiten no olvidar procesos dolorosos, visibilizar hechos de violencia de Estado no aclarados e impulsan a efectuar acciones, brindar explicaciones y rectificaciones, todo lo cual permite valorar la memoria pública como un ejercicio de acciones transversales. Es justo esto lo que ha movido el enfoque de las acciones unívocas, donde el nacionalismo cultural plantaba la norma y el deber ser a las acciones transversales, plurales, diversas, donde coexisten en torno a un mismo memorial proyectos de gobierno, universitarios y autónomos concebidos por organizaciones civiles y las comunidades. El mejor ejemplo de ello son las memorias del 2 de octubre y la violencia del Estado contra los estudiantes y la sociedad en 1968.

Ahora bien, el papel de los gobiernos respecto a la historia (y sobre todo el papel del gobierno de la 4T) podría ser promover que el derecho a las memorias sea considerado como un derecho humano, sostenerlo y hacer posible que se profundice, que no sea un concepto preso de los cambios de sexenio, que se difunda, que se vuelva parte de la educación, que se enseñe en las escuelas a los niños, que multiplique la existencia de espacios de divulgación de los avances académicos en la materia. El Estado también podría promover una revisión y, de ser necesario, cambios en las leyes que impacten en la construcción de la memoria pública. El fomento del derecho a las memorias podría ser su papel, así como también es papel de los gobiernos garantizar el acceso a la información y el derecho a la cultura. El gobierno de la 4T debería asumir como su compromiso fundamental vigilar que el derecho a la memoria histórica y cultural sea efectivo, jugando

El papel de los gobiernos respecto a la historia (y sobre todo el papel del gobierno de la 4T) podría ser promover que el derecho a las memorias sea considerado como un derecho humano, sostenerlo y hacer posible que se profundice.

un importante papel como facilitadores y articuladores de acciones concretas. De este modo participa en las acciones de construcción de las memorias públicas relativas a la represión de Estado y otros hechos funestos, como es el caso de los dolorosos procesos que dieron pie a la esclavitud novohispana y la presencia de la afrodescendencia en México y América Latina, momentos marcados por etapas igualmente dolorosas de reconocimiento y visibilización. En un caso como éste, podemos pensar en las distintas acciones emprendidas desde hace algún tiempo, la mayoría de las cuales han estado encabezadas por un gran equipo coordinado por la UNESCO y el INAH, que dieron como resultado el denominado Decenio de la Afrodescendencia en América Latina. A este ejercicio de la memoria habría que sumar también la creación del Museo Memorial del 68, que se articula con la creación de los museos Memoria y Tolerancia (gubernamental) y el de la Memoria Indómita (Comité Eureka).

Además de los gobiernos, los movimientos y organizaciones sociales han jugado y pueden seguir jugando un papel central en la persistencia y batalla por la memoria pública. Sin su persistencia a pesar de la persecución y del desgaste, no hubiese sido posible la edificación de memoriales como recordatorio permanente de la rapidez con la que se puede expandir la violencia de Estado en nuestras sociedades. La memoria pública debe pensarse como contención y recordatorio de los límites de ese poder del Estado. El papel de estas organizaciones, en este sentido, no es muy diferente hoy del que han realizado desde hace décadas.

Tal vez su rol actual sea el de permanecer vinculados con esfuerzos gubernamentales coincidentes, así como mantenerse vigilantes de que sus esfuerzos transformados en partes de las narrativas gubernamentales no sean tergiversados. Ser siempre, como lo han sido, un contrapunto crítico.

Las conflictividades y disputas son materia intrínseca en la construcción de una memoria pública. Nadie quiere volver a los tiempos en que la memoria oficial era la única que encontraba acceso en los medios de divulgación convencionales, como libros de texto, museos o ceremonias cívicas, lo cual significaba en los hechos que ciertas narrativas sufrían del embate perverso que implicaba su invisibilización, esto es, un claro intento por eliminarlos, pulverizarlos. Es por eso que hay que hacerles frente a los conflictos y dar la bienvenida a los debates. La disputa por la memoria histórica es una de las principales acciones cuando, como ahora, hay un cambio de gobierno. No hay trans-

formación de un régimen en la que no sea una acción central la disputa por la memoria histórica, pues es ahí donde podemos valorar las categorías que cada grupo político ha considerado como centrales en sus discursos cívicos. Esto estudiamos los humanistas, historiadores, científicos sociales. Si hay antimemoriales y memoriales, mejor, mientras más miradas y voces existan, es más positivo. Siempre y cuando se vigile el rigor y la honestidad histórica, pero no sólo en la academia, sino también en los movimientos sociales que pugnan por actos de memoria.

Si las organizaciones sociales no están de acuerdo con, por ejemplo, la forma en que actualmente se están identificando los memoriales acerca de la represión de Estado, es su papel mantenerse críticos, llamar la atención, proponer y señalar, si es el caso, la falta de rigor. Es positivo que lo hagan, pues es la única manera de no autocomplacerse: las voces críticas proporcionan contrapuntos. Nadie quiere o pretende que la historia siga siendo un artículo sin contexto en una vitrina, un objeto que se quite y se ponga; tiene que ser una herramienta de conocimiento cotidiana para las comunidades, una historia valorada como viva, en todos sus aspectos, no sólo la historia dolorosa o de indignación. Es importante que la sociedad pueda preguntarse cómo pasaron las cosas, que tengan la posibilidad de buscar respuestas a las preguntas que se formulan las comunidades: cómo somos lo que somos, cómo llegamos hasta este momento. Si la disputa en torno a ellas es crítica, se alcanzará siempre lo que se busca y necesita. Así como los especialistas no esperamos encontrar las fuentes intactas e impecables, los expedientes completos para contar las diversas historias, la sociedad también debe tener voces diversas desde las cuales constituir sus propios modos de pensar y sus puntos de vista.

Hoy día en la academia existe una disputa por la historia de los grupos sociales que han sido mal caracterizados como minorías. En este sentido, a como hay colectivos responsables que han apoyado a los movimientos sociales visibilizando problemas muy serios, también hay una cierta academia que ha vuelto banales la pobreza, la discriminación, el racismo, la represión y la violencia de Estado. Esto ocurre en toda América Latina; y hay que decir por qué de manera abierta. Dicha banalidad impactó en el tratamiento de la memoria pública en otros regímenes, perdiendo oportunidades valiosas para poner en el horizonte social problemas de gran envergadura. Pero si se hacen memoriales y antimemoriales es porque importa; importa qué se dice y cómo se dice, de modo que hay que valorar qué voces y miradas son las que están detrás de las diferentes posturas. Para ello es necesario despejar la propaganda y las telarañas, haciendo que el conocimiento sea siempre una herramienta y que los esfuerzos se multipliquen.

No se trata de homologar los discursos, de buscar una sola forma de decir, contar o mirar el pasado. Si el objetivo común es combatir el olvido, es importante hacerlo desde todos los frentes posibles. Hay tanto que recuperar.

Las conflictividades o disputas que se juegan en la construcción de las rememoraciones en el espacio público van desde la apropiación del hecho hasta la apropiación de las voces, fuentes, testimonios. Tiene que ver con la legitimidad que busca quien forma parte de la construcción de la memoria pública: «si participaste en los eventos, si tuviste un referente familiar o fraternal, si descubriste el hilo que hizo posible que se formara la madeja, si la voz es más crítica, si tus fuentes son más fidedignas». Es decir, en las disputas por la memoria pública interviene un aspecto de apropiación que es importante concebir desde el inicio, desde el involucramiento en el terreno, reconociendo los límites que se pasan todo el tiempo. El trabajo con el pasado, con la memoria, suele perseguir una objetividad, pero en los hechos su tratamiento parte de una subjetividad y una emotividad singulares e inevitables. Es por eso que es importante darle la bienvenida al conflicto; aprender de ello sin buscar la uniformidad. No hay una sola forma de contar la historia, una sola manera de contar los procesos de visibilización de los momentos dolorosos en la historia de este país.

La memoria pública está en constante reinención y disputa. En estos tiempos, a la luz de una memoria no hegemónica y de temperamento polisémico, hay que buscar las maneras de traducir la categoría de «memoria colectiva» en una herramienta de conocimiento. Al tratarse de la memoria pública que se encuentra en versión de patrimonio en los acervos, hay que dar la pelea para que los documentos puedan ser tratados con esquemas de libre acceso —sorteando leyes que les imponen camisas de fuerza—. Además de reconstruir también hay que hacer posible la divulgación de los más diversos puntos de vista, pues es necesario pensar cómo articular los distintos esfuerzos. Aún con las entonaciones y los puntos de vista no sólo diferentes, sino encontrados, habría que poder hallar los indicios, las huellas de un camino de la memoria pública donde quepan tanto las acciones eficaces del gobierno como el pensamiento crítico. Ésas son las tareas, las condiciones del combate al olvido en tiempos de Cuarta Transformación. ☉



3P 000 10396

100 PER-12E-750 2010-1/16ELARD





# **PROVOCACIONES LITERARIAS**



# EL LIBRO POPULAR EN MÉXICO EN TORNO A LA COLECCIÓN 21 PARA EL 21 DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

**David Antonio Pérez Nava conversa  
con FRANCISCO PÉREZ ARCE**

*\*En el contexto de las conmemoraciones centenarias que tienen lugar este 2021, la revista Conciencias conversó con Francisco Pérez Arce, actual director editorial del Fondo de Cultura Económica, a propósito de la recientemente publicada colección conmemorativa 21 para el 21, quien nos habla no sólo del proceso de planeación, desarrollo y selección de los títulos que la componen, sino también de la labor de la gran editorial del Estado mexicano en tiempos de Cuarta Transformación.*

DAPN. El Fondo de Cultura Económica, fundado poco antes del inicio del cardenismo en 1934, es de algún modo el origen de la tradición editorial del libro popular mexicano, que en mi concepto no tiene comparación con el resto de América Latina. Proyectos como la Colección Popular o los Breviarios ayudaron en ese aspecto, y su amplio catálogo repleto de obras académicas de gran relevancia educaron en muchos sentidos (incluso políticamente) a numerosas generaciones de latinoamericanos durante todo el siglo xx. En lo que toca al pensamiento de izquierda, por ejemplo, bastaría con recordar que la edición de El capital de Karl Marx del Fondo de Cultura es, junto a la edición de Siglo XXI Editores (también institución mexicana), la edición castellana más difundida y leída entre los hispanohablantes.

Ha existido en México, entonces, una clara intención de hacer accesibles a las grandes mayorías (formadas o no académicamente) importantes obras de la literatura nacional y universal; un esfuerzo en el que el FCE ha tenido, si bien no exclusivamente, un lugar protagónico. Y aunque es cierto que esta tradición mexicana de la edición popular atravesó diversas etapas —determinadas muchas veces por las políticas gubernamentales en turno—, también lo es que su

espíritu se mantuvo más o menos firme hasta por lo menos las décadas de los 70 y 80, cuando surgieron proyectos editoriales como la colección SepSetentas publicada por la Secretaría de Educación Pública, cuyo objetivo era poner a disposición de las grandes mayorías obras de gran relevancia, a precios económicos y con tirajes significativos de hasta 40 mil ejemplares por volumen. Ésa es la herencia que tenemos en México. Ahora bien: ¿cómo se posiciona el Fondo de Cultura Económica de la Cuarta Transformación en referencia a esa herencia y cuál consideras que es su lugar hoy, en tanto parte de su proyecto cultural, en el gran proceso de transformación que está en marcha en México?

FPA. En efecto, el FCE fue fundado en 1934 por Daniel Cosío Villegas; sin embargo, su objetivo inicial era la publicación de libros de economía, e incluso su nombre es consecuencia de ese hecho y no porque publicara libros económicos o baratos. La revista Trimestre Económico, que es de algún modo el origen del Fondo, nació algunos meses antes que la editorial y se convirtió en la primera revista científica o especializada en economía de América Latina, la cual se ha publicado regularmente hasta nuestros días. En esa revista se encuentra la historia del pensamiento económico, dominante y no dominante, marginal y crítico de Latinoamérica, y ha pasado por diversos periodos caracterizados cada uno por las distintas inclinaciones políticas de cada época. En el periodo más reciente, que regularmente llamamos neoliberal, el Trimestre Económico fue una revista que impulsó el pensamiento dominante de esa época, lo que se tradujo en investigaciones y teorías relacionadas con el neoliberalismo, cosa que por supuesto intentamos cambiar ahora.

Lo que quiero decir es que en esa tradición de la que tú hablas, el Fondo de Cultura empieza como una editorial que deseaba influir en el mundo de



la economía al interior de la academia, pero rápidamente se convirtió en algo distinto gracias a que comenzó a sumar a su producción muchas otras cosas: libros de sociología, política, literatura... Fue así como se constituyó como la gran editorial del Estado mexicano, que ha avanzado constante desde entonces, aunque con tropiezos. Tú te referías a Siglo XXI Editores, y hay que recordar que el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz expulsó en 1965 a quien era el director del Fondo, Arnaldo Orfila, y lo hizo por razones de tipo político, pues había publicado en el catálogo de la editorial el libro de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, y otros, como *Escucha, yanqui*, de Wright Mills, que no gustaron al gobierno por cuestiones ideológicas. Con la destitución de Orfila éste recibió el apoyo de muchos intelectuales mexicanos, quienes le dieron su apoyo, se unieron y aportaron para fundar Siglo XXI Editores; incluso Elena Poniatowska prestó la casa en la que comenzaron sus operaciones. Es cierto lo que decías: Siglo XXI no es una editorial argentina, es mexicana, aunque si bien dirigida por un argentino destacadísimo a quien le debemos mucho; y desde su fundación se convirtió en una gran editorial que ofrece prácticamente todo el pensamiento de izquierda latinoamericano que muchas veces no pudo encontrar cobijo en el Fondo de Cultura Económica, gracias a que esta institución era una editorial muy obediente al Estado. Ese es nuestro punto de partida.

Ahora bien, es cierto que el FCE siempre ha tenido colecciones populares, empezando desde luego por la Colección Popular y los Breviarios, que tú mencionaste y que creó Orfila, cuyo objetivo era llevar el pensamiento universitario a las casas con libros pequeños, accesibles no sólo para estudiantes universitarios, sino para cualquier persona interesada. Era la universidad en la casa, que como bien afirmas estuvo presente en toda América Latina y que cuenta con grandes obras que seguimos reimprimiendo. Durante los últimos sexenios, sin embargo, los directores de la editorial le dieron al Fondo un enfoque cada vez más elitista; ya que si bien no dejó de publicar las colecciones populares, se convirtió en una editorial académica que fue relegando o dejando en segundo plano su función popular. Publicaba buenos libros, es cierto, pero su enfoque no estaba ni en la difusión ni en la edición popular, sino que se centró casi exclusivamente en la academia. Con su último director, por ejemplo, la editorial tuvo claramente un sesgo ideológico y político neoliberal propio no de una editorial de Estado, sino de una editorial de gobierno que lo obedecía completamente. En los años recientes, antes de que llegáramos nosotros, se publicaron muchos libros sobre las llamadas reformas estructurales, particularmente sobre la Reforma Educativa, la mayoría de los cuales tenían claramente el carácter de apologías del proyecto gubernamental en curso. El Fondo había dejado de ser una auténti-

ca editorial de Estado para convertirse en una institución al servicio del gobierno y del pensamiento dominante, con lo que no pretendo decir que no hubiera libros críticos; los había, pero su enfoque principal era ése y estaba claramente comprometido con esos principios.

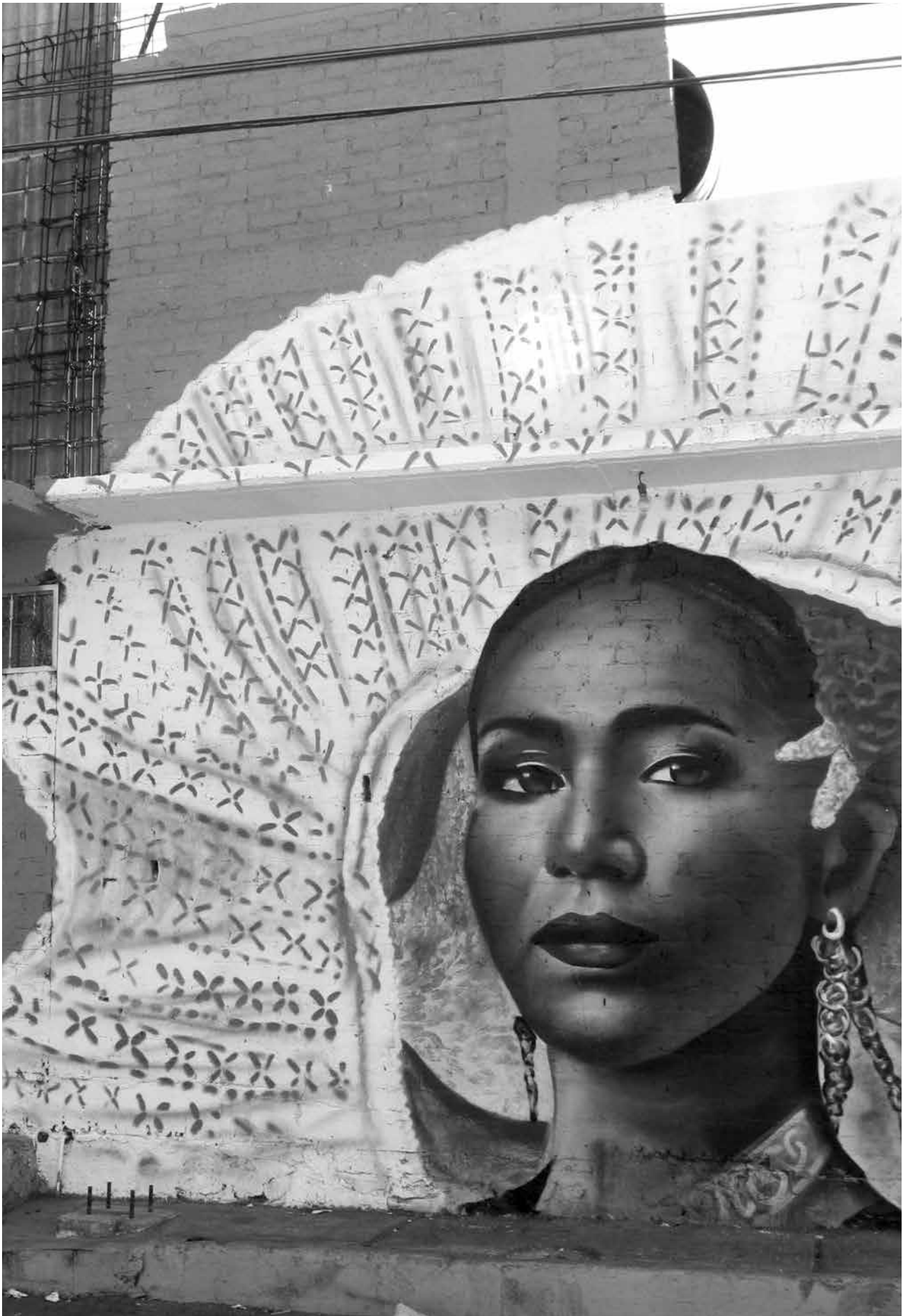
Cuando llegamos nosotros, con la dirección de Paco Ignacio Taibo II, la instrucción del presidente Andrés Manuel López Obrador fue hacer un cambio, pero no de esa gran tradición que conservamos y que queremos seguir conservando, tampoco en cuanto a que abandonemos a la academia y al servicio que esta editorial da a los estudiantes universitarios que requieren libros de matemáticas, biología, ciencias sociales, derecho... No se trata de abandonar nada de eso, pero cambiamos el enfoque. No sólo respetamos, nos sentimos orgullosos de la tradición del FCE, pero hemos tratado de dar un viraje en cuanto al énfasis, tratando de volver la vista también a los lectores populares, al pueblo —palabra que por cierto dejó de usarse durante mucho tiempo—; que el pueblo lea es también función de una editorial del Estado, y hoy hay una decisión del gobierno en favor de la promoción de la lectura entre los sectores populares. Ésa es hoy la política del FCE. Hay quienes dicen que «los mexicanos no leen», y aunque en parte tienen razón, muchas veces obvian decir que no leen porque, entre otras cosas, no tienen acceso a los libros. Es por eso que la línea del gobierno de la 4T y la línea que ha marcado, en esa misma dirección, el actual director del FCE, es la promoción de la lectura, construir lo que nosotros llamamos una «república de lectores».

Es con este fin que una vez iniciado nuestro trabajo, en mi caso como director editorial, lo primero que hicimos fue crear una nueva colección llamada Vientos del Pueblo, cuyas obras tienen la característica de ser textos breves, ilustrados y exageradamente baratos. Se trata de pequeños folletos, algunas obras clásicas de la historia o la literatura, dotados del trabajo de grandes ilustradores y cuyo precio va de los 9 a los 20 pesos, lo que los hace mucho más accesibles que cualquier otro libro, incluso de los que hacen parte de nuestra Colección Popular. Además, hemos procurado que las obras que integran esta colección sean de lectura interesante, atractiva, no académica —aunque hay algunos textos que pueden referirse a ella—, plural. Hasta ahora se han publicado alrededor de 60 títulos, con tirajes de 40 mil ejemplares que, en primer lugar, es lo que nos ha permitido venderlos al precio que lo hacemos, y en segundo, lo que hace posible los libros. Porque no sólo se trata de esperar a que la gente vaya a las librerías, lo que constituye un problema muy importante, tanto porque hay muy pocas como porque la gente no tiene la confianza de entrar a ellas, principalmente porque no saben qué buscar. Estoy pensando en los obreros, los campesinos, la gente del pueblo; quienes cuando entran a una librería lo hacen frecuentemente para buscar los libros de texto

para sus hijos, pero no para buscar los libros que los atraigan, los atrapen, que quieran leer.

Es por eso que a partir de esta administración el objetivo principal ha sido llevar los libros a los sectores de más bajos ingresos, de modo que si no leen no sea porque no tienen recursos. Claro, somos conscientes de que eso no es suficiente, y es importante decirlo porque una de las críticas que se han repetido todo el tiempo, sobre todo a través de las redes y la prensa escrita, es que «bajar los precios no va a provocar que la gente lea»; lo que es una obviedad, pero lo que también es un hecho es que si no los bajamos será aún más difícil que lo hagan. Así que no solamente creamos Vientos del Pueblo, sino que además abarataremos los libros en sentido económico (no literario ni científico) y, por ejemplo, a la Colección Popular —que como tú mencionaste ya era parte de nuestra tradición editorial— le pusimos un tope de precio que significa que ya no es posible encontrar un sólo libro de esa colección que cueste más de 100 pesos. Además, creamos una subdivisión de esta colección a la que llamamos Popular Grande, compuesta por obras impresas en un formato ligeramente más grande que la Colección Popular clásica o chica y que, obviamente, nos permite incluir textos de mayor extensión, como el recientemente publicado *Guerra en el paraíso*, de Carlos Montemayor, de 450 páginas. En este caso, su tope de precio es de 200 pesos. Con esto nuestra oferta del libro popular es entonces triple, pues se suma a Vientos del Pueblo, que no existía y con la cual hemos podido llegar a millones de nuevos lectores, a gente que de otra forma no hubiera podido tener un libro en sus manos, pero que gracias a ella y a los mecanismos de distribución que hemos implementado, gastó 10, 20 o 30 pesos en comprar 1 o 2 de estos ejemplares. No los obtuvieron regalados, porque no siempre podemos regalarlos: tratamos de hacerlo, pero sólo es posible en ciertas circunstancias. No, estos nuevos lectores pagan el costo completo de los libros, e incluso una pequeña utilidad para la empresa. Todo eso es posible gracias a los grandes tirajes.

La línea actual del FCE tiene dos ejes: por un lado, promoción de la lectura; por el otro —y como un punto importante de ese proceso de promoción—, disminución de precios. Los precios de los libros de la editorial no han aumentado en términos reales, ninguno, y todas las nuevas ediciones están por debajo del precio que hubieran tenido de acuerdo con una fórmula estándar que tiene la industria editorial para determinar sus precios. Esto incluso en el caso de los libros académicos, que siguen teniendo tirajes pequeños de 1000 a 3000 ejemplares. Mantener los precios a la baja es para nosotros una batalla muy importante, y lo es porque hoy en día los libros son muy caros en el mercado global y también en el mexicano, de modo que muchas veces los libros importados tienen costos de 700 pesos o más que los hacen difíciles de comprar incluso para un académico —ya no digamos para un estudiante—, quien tendría que gastar un



porcentaje importante de su sueldo para adquirirlo. La guerra del precio del libro es vital y tiene claramente un sentido político, que exige una definición acerca de cuál debiera ser la tarea de una editorial del Estado. Por otro lado, de esta guerra también hace parte el proceso que, por instrucción del presidente, acometimos con el fin de fusionar dos empresas y una dependencia de gobierno: la Dirección General de Publicaciones (cuya función principal era la promoción de la lectura), en lo que toca a la última, y las empresas del FCE y Educal. Esta última era la más grande red de librerías del Estado, pues mientras el Fondo tenía alrededor de 25, Educal contaba con 100, la mayoría de las cuales estaban quebradas gracias al endeudamiento acumulado con las editoriales, a quienes no se les pagaban íntegramente los libros que entregaban a consignación. Tratar de sanear económicamente estas empresas ha sido también uno de los objetivos, lo cual se consiguió gracias al apoyo de la Secretaría de Educación Pública y a la Secretaría de Cultura, de modo que hemos podido continuar con su proceso de fusión con la intención, entre otras cosas, de organizar una gran red de librerías gracias a las 125 totales con las que ya contamos (que es un número importante, pero a todas luces insuficiente para un país con las características de éste), lo cual es vital para la distribución de libros.

Promover la lectura, distribuir libros entre los sectores tradicionalmente olvidados, pero sin descuidar a un sector tan importante como el universitario y el académico, son los criterios, las políticas editoriales de la administración de la Cuarta Transformación.

*La colección 21 para el 21 aparece en el marco de las importantes conmemoraciones históricas que confluyen en México durante el presente año: el quinto centenario de la caída de México-Tenochtitlan y los 200 años de la consumación de la Independencia. Mucho se ha escrito en torno a estos acontecimientos históricos; mucho se ha explorado, también, en torno a lo que en otros tiempos se denominaba «identidad nacional» y los elementos fundantes que la constituyen. Comprendo, desde luego, las múltiples razones editoriales que pudieron provocar la exclusión de una u otra de las muchas obras imprescindibles para pensar nuestro presente y (re)construir nuestra memoria histórica: cuestiones de derechos literarios, el necesario cabildeo con autores, herederos, editoriales, etc. Pero más allá de eso, ¿por qué exactamente estas 21 obras y no otras? ¿Qué aportan estos 21 textos seleccionados que los hacen merecedores de aparecer en esta edición conmemorativa?*

Es cierto, podríamos haber elegido otros 21, igual de buenos, y que no tuvieran problemas legales. Des-

de luego que hay grandes autores que deberían estar aquí y no están por los motivos que tú señalas: porque no nos cedieron los derechos. No tenerlos es algo que lamentamos muchísimo.

Pero teníamos que elegir 21. Para ello, el enfoque temporal era básicamente seleccionar obras de mediados del siglo XIX y finales del XX, incluso algunas de nuestros días. Es por eso, por ejemplo, que no aparecen autoras como sor Juana Inés de la Cruz, porque no está en este marco temporal; había que tomar decisiones de este tipo, aunque muchas veces no nos gustaran del todo. En segundo lugar —y quitando el tema de los derechos, que excluía a muchos autores que en otras condiciones debieron ser incluidos— nos dimos a la tarea de elegir 21 títulos significativos de la narrativa mexicana, literaria e histórica, la mayoría de los cuales acabaron por ser novelas y cuentos. En cuanto a las novelas, empezando por el siglo XIX, está *Tomóchic* de Heriberto Frías, que es la gran novela de fin de siglo XIX y principios del XX; no trata de la Revolución, pero se sitúa de algún modo en los inicios del proceso revolucionario, pues se desarrolla en el contexto de un episodio acaecido durante el periodo porfirista, en el que el autor,

siendo un militar del Ejército federal, se halla envuelto en la guerra que conocemos como la Rebelión de Tomóchic. Originalmente escrito como relato periodístico, el libro va convirtiéndose en novela a través de sus sucesivas versiones, la última de las cuales es precisamente la que publicamos nosotros. Se trata de una gran novela que, sin embargo, se conoce poco, y esa fue justo una de las razones por las cuales decidimos incluirla.

Después tenemos la primera gran novela de la Revolución, que es *Los de abajo*, de Mariano Azuela, quien es sin duda uno de los grandes autores mexicanos y cuya obra es, quizá, muy conocida. Se trata de un libro de fácil lectura que pone al lector de cabeza en la Revolución Mexicana sin optar por un bando, mostrando qué es lo que está pasando a través de la ficción, pero con las raíces puestas en la realidad del proceso. Se trata de una novela cuya calidad, al igual que *Tomóchic*, ni siquiera nuestros adversarios podrán discutir, del mismo modo que esta otra novela que también incluimos y que es, quizá, la más grande novela de la Revolución: *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, uno de los grandes escritores de la lengua española del siglo XX. Se trata de una novela extraordinaria, tal vez no tan conocida como la de Azuela, pero que consideramos debe serlo por los mexicanos de la actualidad.

Ya entrados en el siglo XX, tenemos a Ermilio Abreu Gómez y su novela *Canek*, que se desarrolla en el contexto de la Guerra de Castas en Yucatán y que es realmente una obra extraordinaria; novela muy

reconocida, ampliamente difundida escolarmente. Ya en la Colección Popular habíamos impreso una edición con un amplio tiraje para distribuirla masivamente entre un público diverso, y por eso decidimos colocarlo como uno de los libros más baratos de esa colección. Por otro lado, en 21 para el 21 podemos encontrar también *Balún Canán*, probablemente la obra más importante de Rosario Castellanos, una de las autoras clásicas y de las más queridas en el FCE, quien con esta obra nos permite incorporar lo indígena gracias a su narración de la vida en Chiapas —de donde era ella—. Por su parte, *El libro vacío* de Josefina Vicens, a diferencia de la novela de Castellanos, es una obra que me parece tendría que conocerse más, pues retrata de una manera extraordinaria la vida en el siglo xx, a la luz de una pluma fantástica pero muy poco conocida, de modo que nuestra edición en esta colección busca precisamente darle mucho mayor visibilidad.

También hemos incluido a Elena Garro con su obra *Y Matarazo no llamó...*, que si bien no es su trabajo más importante, consideramos imprescindible incluirlo gracias a la relevancia de su autora y a que se trata de una novela breve, pero muy buena, además de que nos ofrece una visión del movimiento ferrocarrilero de los años 1958-59. A ésta la acompaña Emilio Carballido con *Tiempo de ladrones. La historia de Chucho el Roto*, así como otras cuatro grandes mujeres escritoras cuya importancia es necesario destacar, pues a veces se suele menospreciar la relevancia de las mujeres en la historia de la literatura mexicana del siglo xx: se trata de Inés Arredondo, con *Río subterráneo*; Elena Poniatowska y su novela *Paseo de la Reforma*; Guadalupe Dueñas, con *Tiene la noche un árbol*; y finalmente Amparo Dávila, con *Muerte en el bosque*. Con estos trabajos se cierra la parte literaria de nuestra colección conmemorativa, que si bien es literaria, en términos generales está profundamente vinculada con importantes pasajes de la historia nacional.

Ahora bien, en lo que toca al ensayo está Guillermo Prieto y sus *Crónicas de amor, de historia y de guerra*. Prieto es el gran cronista del siglo xix, que comparte nivel probablemente sólo con Vicente Riva Palacio y con el novelista Manuel Payno, a quienes también incluimos en esta colección con *El libro rojo de la Independencia*. Se trata de una parte del conocido simplemente como *El libro rojo*, compuesto por crónicas históricas de las que nosotros hicimos sólo una selección en virtud a su referencia a ciertos personajes de la Independencia. Tenían que estar en esta lista. Siguiendo con la crónica, tenemos las *Noticias biográficas de insurgentes apodados*, un libro muy peculiar de Elías Amador, que posiblemente será muy criticado por su inclusión, pero que consideramos importante publicar para que se conozca, pues la intención principal de la obra es referir a otros participantes de la Guerra de Independencia que no son conocidos y cuyo papel fue igualmente destacado, medio destacado, pero importante sin duda. Con la

incorporación de este texto buscamos ofrecer una idea distinta de la Independencia de México, pues no se centra en los famosos Miguel Hidalgo o José María Morelos, sino en los insurgentes conocidos solamente por sus apodos, como el *Pípila*.

En el ámbito de la historia, hay 3 libros que incorporamos y que son, al igual que el resto, absolutamente indiscutibles por su calidad. El primero es *La revolución de Independencia*, de Luis Villoro, uno de los libros más lúcidos y brillantes por su análisis de las condiciones en las que se gestó la Independencia del país. En segundo, tenemos la *Breve historia de la Guerra con los Estados Unidos*, de José C. Valadez, historiador de obra extensísima, que en esta ocasión se refiere a este complejo —y no muy conocido— episodio de la historia nacional. Por último, una obra fundamental que también ha sido incluida es *Pueblo en vilo*, de José González y González, quien es muy conocido en la academia, pero muy poco fuera de ella. En mi concepto, es un libro que debería ser leído por todos los mexicanos, pues representa una manera muy distinta de contar la historia; su autor es el padre de lo que se llama la microhistoria, y en esta obra narra la historia de un pueblo (que es su pueblo), San José de Gracia, en Michoacán, y desde el cual se nos cuenta toda la historia nacional. La prosa de don Luis es extraordinaria.

Ensayos hemos incluido dos fundamentales y críticos. Por una parte, *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, libro muy reconocido, muy leído y muy polémico, pero cuya visión debemos incorporar necesariamente en una propuesta editorial de este tipo. Por la otra, *Apocalipstick* de Carlos Monsiváis, su último libro, que evidencia completamente el «estilo Monsiváis»: crónica muchas veces muy inmediata, reflexión, gran ironía, mucho sentido del humor. Este texto muestra la etapa más madura de su obra.

Sobre la colección 21 para el 21, que cierra con una *Antología de poesía mexicana del siglo xix*, se podrá decir que dejó fuera a algunos autores importantes: sí, es cierto. Se puede decir que debieron ser otros 21: sí, también. Pero éstos que hemos presentado son los 21 que, según nuestro criterio, permiten dar esta visión del siglo xix hasta nuestros días en las áreas de la literatura, crónica e historia. Éstos son nuestros 21 para el 21. Impresos, además, como libros de muy buena factura, de bajo costo, hechos por una imprenta del Estado (IEPSA) que hace siempre un trabajo extraordinario. Libros bonitos, bien editados, cada uno de los cuales tiene un tiraje de 100 mil ejemplares, que dan un total de 2 millones 100 mil libros que se van a regalar, a pesar de los que dicen que «regalar un libro no está bien», que «quienes reciben un libro regalado no lo leen, no lo aprecian». Esas opiniones no tienen fundamento. Las personas que reciben un libro de obsequio, si lo das a la gente adecuada, lo aprecian y lo leen; y muchas veces no lo hubieran leído si no se lo hubieran regalado, por el simple hecho

de que no está en la cultura del pueblo mexicano ir a una librería a buscar un libro. Para nosotros y para este gobierno eso está claro, y está dentro de nuestra política regalar libros.

Esta colección, que costó alrededor de 42 millones de pesos, fue financiada gracias al Instituto para Devolver al Pueblo lo Robado. El costo promedio de producción de cada ejemplar de esta colección es de unos 20 pesos, de modo que si estuvieran a la venta al público costarían alrededor de 80 o 90 pesos. No es una elaboración gratuita, le costó al gobierno, le costó al pueblo y se lo devolvemos al pueblo, lo que implica el desarrollo de un importante plan de distribución nacional. ¿Cómo distribuir 2 millones 100 mil ejemplares? Es un asunto complicado. Primero, y obviamente, a través de bibliotecas y salas de lectura, que hemos promovido muchísimas; esto es garantía de que llegará a quienes sí los van a leer. También distribuiremos en las escuelas normales, pues nos parece fundamental llevar el gusto por la lectura a los futuros maestros de nuestra juventud. Ése es el objetivo fundamental de este proyecto: promover el gusto por la lectura; además, desde luego, de recordar los aniversarios de la Independencia y la batalla de Tenochtitlan.

*Los protagonistas de toda transformación, inmersos en la vorágine de los acontecimientos, condenados a navegar entre su vaivén caótico y necesariamente contradictorio, con frecuencia pierden la posibilidad de guardar una idea clara de los acontecimientos y de su ordenamiento lógico o histórico. No es fácil determinar la importancia (en los procesos políticos) de la teoría, las ideas, las pasiones o las convicciones ideológicas. ¿Cómo pensar entonces, en el actual proceso de transformación, el papel y la importancia de la formación y la cultura? ¿Cómo pensar —en ese mismo contexto— la relevancia de poner a disposición de las grandes mayorías una colección literaria como ésta y otras que la enorme labor del FCE durante estos últimos tres años ha permitido poner de nueva cuenta en circulación y a precios accesibles? Proyectos culturales como éstos, ¿qué tanto ayudan realmente a la formación política de la ciudadanía y qué tanto sirven, en todo caso, para el desarrollo de los procesos de transformación social como el que ahora vivimos?*

Me parece importante rechazar, por principio, la idea de la formación como un proceso de adoctrinamiento. Desde el inicio de esta administración nuestra intención ha sido la de publicar buenos libros y promover la lectura. Si logramos que los ciudadanos lean, éstos lograrán formar un pensamiento crítico, pero no único. Cuando tomamos la dirección de la editorial hubo quien dijo: «Ahora publicarán sólo libros de marxismo», pero resulta que estos libros ya estaban publicados mucho antes que nosotros llegáramos. No, la labor del FCE no es ésa, sino publicar pensamiento en general, inteligente, lo

mismo de derecha, de izquierda o de centro, a veces crítico del gobierno actual y otras del neoliberalismo. Nuestro único criterio es el de publicar buenos libros y tratar de promoverlos para que la gente los lea. No se trata de publicar sólo obras que estén de acuerdo con nosotros, porque eso no podemos y, sobre todo, no debemos hacerlo. Un buen libro de alguien de derecha es algo que ayuda a todo el mundo, es por eso que lo que no podemos hacer es descalificar de antemano; de modo que debemos partir del supuesto de que nuestro interlocutor, el que está en contra nuestra y de nuestro proyecto, puede tener buenos argumentos que tenemos que conocer y discutir. La gran falla de la prensa y de ciertos sectores de la sociedad y la política es la de ningunear al contrario, afirmar que es un idiota sin conocerlo; y eso no sirve de nada. Algunos de los pensadores que son opositores a nosotros son inteligentes; es importante comenzar por conceder eso.

Un buen libro de una gente inteligente, bien hecho, con fundamentos, es algo que vamos a publicar. No todos, evidentemente, porque no podemos publicar todo lo que quisiéramos. El FCE publica alrededor de 500 libros al año, incluyendo reediciones, y eso es un nivel alto de producción para la capacidad que tiene nuestra editorial. De esos sólo alrededor de 150 son libros inéditos, que son una mínima parte de los manuscritos que nos envían; pero si no se publican todos no es por razones externas al texto, sino porque nuestra capacidad no nos permite hacerlo, de tal manera que debemos posponer su publicación para próximos años. Es por eso que recibir un buen libro no es garantía absoluta de su publicación, pues existen muchos otros criterios que considerar, pero hay que dejar bien claro que ninguno de ellos es de carácter ideológico.

En este sentido, y desde el particular punto de vista de una editorial (que no es una universidad o una institución propiamente educativa), nuestra preocupación central es publicar buenos libros, sin excluir ni descalificar; difundirlos, venderlos a precios accesibles y esperar a que con su difusión sea posible el surgimiento y consolidación de una ciudadanía crítica. Buena parte de nuestros opositores tienen la tendencia a decir simplemente «eso no sirve», pero la cuestión está en dialogar, debatir, sin descalificaciones. Es por eso que nuestra tarea es publicar buenos libros, sin importar que las personas que estamos hoy en el FCE estemos de acuerdo con el tipo de pensamiento que asumen y defienden. Nuestra obligación es buscar y reconocer el pensamiento y el argumento inteligente, que justo por serlo es siempre discutible.

Morena y su Instituto Nacional de Formación Política pueden tener una función formativa. En nuestro caso, la obligación es publicar buenos libros, distribuirlos y promoverlos en todos los niveles. La calidad es lo que nos preocupa, el sustento de las investigaciones. Si el FCE tiene una función formativa, es la de formar lectores, porque éstos serán ciudadanos críticos. Ése es nuestro objetivo. ◉





# NUEVAS FORMAS DE MIRAR EL PASADO

## SOBRE 500 AÑOS DE LA BATALLA POR MÉXICO-TENOCHTITLAN, DE ENRIQUE SEMO

**Daniel Librado Luna**

**E**n 2021 se cumplen 500 años de la batalla por México-Tenochtitlan, un hecho histórico que transformó a las sociedades mesoamericanas, pero también a las europeas. Para conmemorar el acontecimiento, el gobierno de la Ciudad de México, la Secretaría de Cultura y el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México han organizado eventos académicos y mesas de reflexión, incluso programas de televisión dedicados a divulgar otra forma de entender la historia de la Conquista. Investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Nacional de Antropología e Historia también se han sumado a este esfuerzo de reflexión colectiva. Dentro de esta labor en común, Enrique Semo escribió *500 años de la batalla por México-Tenochtitlan* (UNAM/Ítaca, México, 2021)<sup>1</sup> una obra que ofrece una interpretación distinta a la que domina la historia tradicional de la Conquista, la que conocemos desde infantes porque fue el relato que nos inocularon en las aulas y en las ceremonias cívicas.

A contracorriente de la historia convencional, Semo interroga de nueva cuenta a las fuentes tradicionales del conocimiento histórico para encontrar cuestiones reveladoras. En primer lugar, Hernán Cortés, además de ser el capitán general de los españoles, pronto se convirtió en el historiador de su propia gesta al enviar al rey Carlos V sus *Cartas de relación*, en las que escribió una historia política favorable a los españoles y a sí mismo. El cronista-conquistador Cortés construyó una narración épica, en la que los conquistadores españoles ocuparon el lugar protagonista, mientras el papel de sus aliados indí-

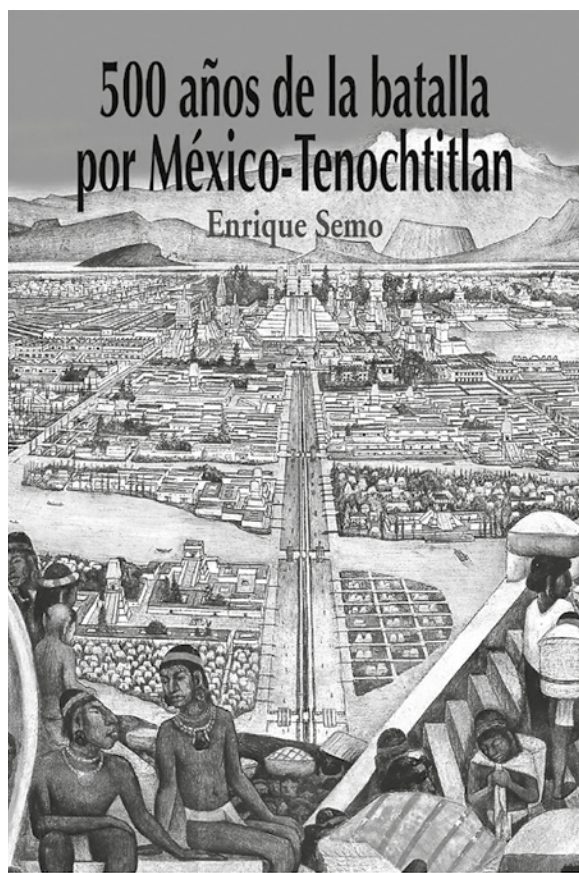
genas fue menoscabado hasta minimizarlo y tergiversarlo. Así, el interés principal de Cortés como historiador fue demostrar la legitimidad política de la Conquista, defenderse de las acusaciones del gobernador de Cuba, Diego de Velázquez, y enaltecer sus acciones a los ojos del rey.

En su libro, Semo propicia la reflexión sobre la Conquista como un acontecimiento histórico de importancia mundial, pero cuestiona el conocimiento convencional en torno al hecho y su imposición como verdad oficial. Nuestro autor ofrece una historia analítica de múltiples niveles; en menos de un centenar de páginas, hace una lectura crítica de las fuentes disponibles, una comprensión que abarque las particularidades mesoamericanas, así como las españolas, y el reconocimiento de la existencia de una realidad social compleja, en la que los pueblos indígenas fueron parte activa del proceso de conquista.

*La batalla por México-Tenochtitlan* es, en primer lugar, un libro ameno, pero también exhaustivo, sereno, enriquecedor y de lectura placentera. La exposición está dividida en cinco capítulos, breves pero contundentes, en los que el autor sintetiza décadas de investigación con claridad expositiva y profundidad analítica. El libro también contiene un apartado gráfico que se convierte en una narración paralela en donde las imágenes, las representaciones y los valores estéticos son también fuentes de conocimiento histórico.

La lectura de *La batalla por México-Tenochtitlan* permite conocer las características de la sociedad mexicana: bélica, religiosa, imperialista; pero también la historia de la ciudad y de su predominio político-militar. En el primer capítulo, «La Venecia mexicana», Semo señala que las sociedades que habitaron el territorio mesoamericano construyeron grandes ciudades y crearon civilizaciones «espléndidas y originales»; este proceso histórico se cruzó con el europeo en 1519, cuando se inició el poblamiento

<sup>1</sup> La versión digital de esta obra en: <https://esemo.mx/wp-content/uploads/2021/06/500-a%C3%B1os-27-mayo-final.pdf>



europeo del Caribe. Para entonces, una ciudad se alzaba como la cabecera de un imperio, una urbe en medio de un enorme lago, una ciudad anfibia: México-Tenochtitlan. Semo describe los adelantos tecnológicos que permitieron el establecimiento de enormes templos, edificios, habitaciones e incluso sembradíos en medio de la laguna. Asimismo, expone el orden urbanístico, las relaciones comerciales con otras ciudades del Valle y la lógica política, militar y religiosa que regía el mudo indígena.

En el segundo capítulo, Enrique Semo desarrolla la historia del crecimiento de México-Tenochtitlan hasta erigirse en la ciudad más importante de la cuenca de México; describe asimismo los recursos materiales y las relaciones de poder que se establecieron entre las más de 200 poblaciones establecidas en el Valle de México. Cada una de ellas contaba con una elite gobernante, grandes edificaciones y una especialización laboral que engranaba la maquinaria social y productiva de la sociedad nahua. Después de la derrota de Azcapotzalco en 1428, la Excan Tlahtolloyan o Triple Alianza, compuesta por Texcoco, Tlacopan y Tenochtitlan, logró imponer su hegemonía política en el Valle de México. Los tenochcas dedicaron sus esfuerzos a desarrollar una tecnología hidráulica que les permitiera aprovechar su entorno; para ello dirigieron obras mayores de ingeniería y arquitectura. El equilibrio de poder al interior de la Triple Alianza cambió hasta que Tenochtitlan, con Moctezuma II, se impuso como la cabeza del imperio.

Para entonces, la Triple Alianza había extendido su dominio hasta lugares tan lejanos como el reino de los totonacos en el Golfo de México, lugar que tributó cargas de cacao, vainilla, algodón, maderas preciosas y otros productos. Las fronteras del imperio se extendieron a los reinos mixtecos de la sierra y del valle de Oaxaca, a las montañas de lo que hoy es Guerrero; incluso la Triple Alianza logró comerciar con algunas ciudades mayas. Otros reinos, como el de los tarascos, en Michoacán, o el de los huastecos, permanecieron en guerra constante para mantenerse libres de su dominio. Las relaciones entre Tenochtitlan y las ciudades tributarias estaban lejos de ser idílicas. Al llegar los españoles, el cacique gordo de Cempoala, por ejemplo, se quejó ante Cortés de la opresión en la que los mantenía Moctezuma, a quien, además de tributos, tenía que entregarle jóvenes para el sacrificio y mujeres para la servidumbre.

En el tercer capítulo, «Un protectorado efímero», Semo revisa la Conquista, sus interpretaciones históricas y examina los episodios más controvertidos en la narrativa tradicional. Para iniciar, la define como un acto militar y político violento, por medio del cual se domina a pueblos que antes eran soberanos, también es el periodo fundacional de nuevas relaciones sociales de producción y el momento previo al establecimiento de un proceso de evangelización que insertaría a los indígenas en el orden social novohispano católico. Este proceso de conquista tiene raíces en el mundo mesoamericano y en la reconquista española frente al dominio árabe. Mientras los conquistadores españoles fueron a la guerra motivados por la promesa de riquezas, títulos y de combatir por su religión, los pueblos indígenas que se convirtieron en sus aliados buscaron recompensas mesoamericanas: conservar los privilegios de las noblezas locales, reducción de impuestos y participar en el saqueo de los vencidos.

Semo ofrece una narración ágil en la que subraya pasajes de importancia, como el secuestro de Moctezuma, con el pretexto de una incursión mexicana en Veracruz. El autor identifica la lógica europea en las acciones de Cortés, quien intentó paralizar la estructura del imperio al mantener cautivos a sus gobernantes. De inmediato, Cortés les demandó someterse al rey Carlos V, bautizó a algunos de los cautivos y estableció un dominio político velado sobre la cabecera imperial. El «protectorado» español sobre Tenochtitlan permitió que los españoles atacaran la religión mexicana y prohibieran los sacrificios humanos, también la extracción de los tesoros acumulados por los pueblos originarios e imponerse como los nuevos dirigentes ante los ojos de varios pueblos de la Cuenca, quienes se adhirieron a los invasores en

la Gran Alianza Antiazteca, una coalición de pueblos indígenas que se sumó a los españoles en la guerra contra México-Tenochtitlan.

En el cuarto capítulo, «Una guerra cruel y descarnada», el autor describe la historia de la Conquista, con sus episodios dramáticos, como el de la matanza de los guerreros mexicas mientras celebraban la fiesta del Tóxcatl o la conocida como Noche Triste, recientemente rebautizada en México como Noche Victoriosa, en donde murieron cerca de ochocientos españoles y más de dos mil aliados indígenas. A pesar de las numerosas pérdidas, los españoles pudieron escapar, reponerse e idear una estrategia para aislar a la ciudad de México-Tenochtitlan. Entonces, Cortés encabezó una guerra de ocho meses —de agosto de 1520 a mayo de 1521— en la que asolaron, derrotaron y sometieron a los *altepemeh* (ciudades) del Valle, obligándolas a participar en la Gran Alianza Antiazteca: «Al principio se unieron a los españoles los pueblos de Tlaxcala, Huejotzingo, Cempoala, Cholula, Chalco y Texcoco, y al final incluso los pueblos de las chinampas: Xochimilco, Churubusco, Mexicaltzingo, Mizquic, Cuitláhuac, Iztapalapa y Coyoacán, que al principio apoyaban a los mexicas, se pasaron a la Gran Alianza Antiazteca»<sup>2</sup>.

El capítulo final, «Vida y muerte de una gran ciudad», relata la resistencia heroica de los defensores de la ciudad, pero también se ofrecen explicaciones a la rápida destrucción de México-Tenochtitlan. Una de las razones fue la opresión y el terror social en el que los mexicas mantenían a sus pueblos tributarios, demandando trabajo masivo, apoyó en sus

<sup>2</sup> Enrique Semo, *500 años de la batalla por México-Tenochtitlan*, UNAM/Iztaca, México, 2021, p. 34



expediciones bélicas y víctimas para el sacrificio. El pueblo mexica era eminentemente bélico y su orden religioso y político dependía de sus victorias, así como de los corazones de sus cautivos. El terror y el miedo impuesto a estas ciudades jugó en contra de los mexicas al momento de la llegada de los extranjeros y Cortés fue un hábil constructor de la Gran Alianza Antiazteca. Semo la define como «una alianza *contra natura*, una unión de los contrarios». Éste fue uno de los rasgos distintivos del proceso de conquista mesoamericano: «Los luchadores por la libertad se vieron unidos en el mismo campo con los agentes de un imperio colonial»<sup>3</sup>.

La defensa de México-Tenochtitlan demostró las aptitudes guerreras del pueblo mexica, pero también la capacidad indígena para participar tanto en obras de ingeniería militar como en los combates. Ante la resistencia de los mexicas, Cortés ordenó la construcción de bergantines para mantener en completo aislamiento a sus defensores. Las batallas fueron sangrientas, en varias ocasiones los guerreros mexicas estuvieron a punto de capturar a Cortés y de vencer a los invasores. Finalmente, México-Tenochtitlan cayó el 13 de agosto de 1521, muchos de sus sobrevivientes huyeron y la ciudad entró en un proceso de transformación. Cortés exigió oro y tributos a los señores mexicas; mientras repartió encomiendas y esclavos, también impulsó la evangelización, una segunda conquista —ahora espiritual— de los pueblos originarios.

La Conquista de México-Tenochtitlan fue el inicio del imperio español en América, un nuevo orden social que transformó las relaciones comerciales

entre las potencias y lubricó el engranaje del sistema capitalista con la plata americana. Semo señala que el desenlace de la batalla por México-Tenochtitlan repercutió en la historia mundial, pero no fue obra de un grupo de «españoles intrépidos», fue un hecho histórico en el que también participaron los pueblos originarios. Desde mucho antes de la Conquista, cada uno de esos pueblos indígenas se reconocían como sujetos históricos particulares, diferentes de sus vecinos y con objetivos colectivos propios. Después de establecido el orden novohispano, muchos de esos pueblos apelaron a su alianza con los españoles para demandar privilegios o menores cargas tributarias.

A 500 años de la batalla por México-Tenochtitlan, los pueblos originarios siguen luchando por sus derechos colectivos. Durante el siglo XIX, el Estado mexicano los enfrentó en guerras genocidas que apenas ahora se reconocen como tales. En el siglo XX, los gobernantes y educadores apelaron a la Conquista como una etapa fundacional en la historia de México, mientras mantenían en la pobreza material a los pueblos originarios. Como lo hicieron los españoles, el Estado mexicano ocupó la herencia indígena para legitimarse políticamente, pero ha hecho poco para reconocer sus derechos colectivos y su autonomía local. La apropiación de sus territorios por parte de empresas transnacionales, los intentos por expropiar sus recursos naturales, así como la resistencia heroica de los pueblos indígenas, son evidencias que demuestran que la Conquista es un proceso histórico que sigue vigente. El libro de Semo es una evidencia de esta resistencia indígena, también es un instrumento pedagógico notable y una historia comprensiva de nuestro pasado indígena y español. ☉

<sup>3</sup> *ibid.*



# UNA SUBJETIVIDAD PARA LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

## SOBRE *A LA MITAD DEL CAMINO*, DE ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR

**Diego Ilinich Matus Ortega**

*No esperar que se presente la oportunidad sino crearla, concientizar, organizar y movilizar, éstas son las palancas*  
Armando Bartra<sup>1</sup>

La frase «hechos, no palabras» del general revolucionario Francisco J. Múgica —quien fuera gobernador de Tabasco y Michoacán e influencia decisiva del general Lázaro Cárdenas del Río en la expropiación petrolera—, fue la escogida por el presidente de la República, Andrés Manuel López Obrador, para comunicar los avances en su Tercer Informe de Gobierno, así como para iniciar la introducción del libro que aquí reseñamos: *A la mitad del camino* (Planeta, México, 2021). El sentido de la recuperación de la frase es claro: en estos tiempos de Cuarta Transformación es necesario mostrar y dimensionar lo conseguido hasta el momento.

Y es que AMLO, como nadie en la vida contemporánea de nuestro país, ha utilizado la comunicación y la pedagogía política como una herramienta de concientización y transformación. Es por eso que el hecho de que publique en este mes su libro número 19 en 33 años, en el marco de su Informe de Gobierno, muestra la importancia que tiene para él en estos tiempos históricos comunicar la forma y el fondo de los avances del gobierno en distintos campos y aspectos, que van desde los programas sociales, los proyectos de infraestructura desarrollados o el fortalecimiento del sistema de salud, hasta la relación política establecida con Trump y el rescate del expresidente de Bolivia, Evo Morales, llevado a cabo por las fuerzas armadas y la diplomacia mexicana. Pero

al mismo tiempo manda un mensaje claro sobre la necesidad que tiene nuestro movimiento de plumas y voces capaces de impulsar, debatir y concientizar en torno a la dimensión de la transformación que estamos viviendo desde por lo menos los últimos tres años.

Esta obra interpela a la militancia y a las posibles plumas del movimiento, y directamente invita a valorar la importancia de generar un pensamiento acorde con los nuevos tiempos que se viven, advirtiendo del riesgo de caer en el error histórico —ya señalado por Federico González Garza en tiempos de la Revolución Mexicana— de la «desidia de los intelectuales», mismo que AMLO recupera al mencionar que «por la carencia de patriotismo, falta de fe y pasividad en el carácter, los hombres de alta calidad intelectual no estuvieron en 1910 al lado del pueblo»<sup>2</sup>.

El libro *A la mitad del camino* refleja los cuatro ejes cardinales que ha impulsado AMLO desde hace décadas y que ahora, como presidente, despliega en su labor de gobierno: 1) la verdadera democratización del sistema político del país; 2) la erradicación de la impunidad y de la corrupción; 3) la separación del poder político y económico; y 4) la necesidad ética y social de establecer un gobierno de bienestar que esté en favor de los que más lo necesitan, los pobres.

Estos cuatro ejes han permitido establecer una singular praxis política, pues sobre ellos se articula el discurso y la acción de gobierno. La democratización del país ha sido posible por la decisión primera del actual gobierno de abstenerse del beneficio individual y de grupo que significaba la cooptación por distintos medios de las instituciones públicas y de los poderes independientes de la nación, dando paso a una verdadera independencia en el ejercicio para las autoridades, al tiempo que se promueve un diálogo abierto y de

<sup>1</sup> Armando Bartra, *Un año ya y la cuarta va*, Para Leer en Libertad, México, 2020, p. 12

<sup>2</sup> Andrés Manuel López Obrador, *A la mitad del camino*, Planeta, México, 2021, p. 196



mutua observancia de las acciones desarrolladas. La separación del poder político y del poder económico es parte central del proyecto, ya que los acuerdos y negocios establecidos entre las esferas políticas y el alto empresariado del país durante el neoliberalismo acabó por vincular de manera perniciosa para el país estas dos dimensiones, llegando incluso a condonarles los impuestos mientras que se encarecía cada vez más la vida del pueblo. Naturalmente, el combate a la impunidad y la corrupción pasa también por acabar con la asociación entre empresas y gobierno, la

cual consolidó en casi 40 años una estructura político-económica que tenía capturado al presupuesto público del país. La convicción en la necesidad de la construcción de un Estado democrático justo, con vocación social y apegado a las leyes, ha permitido avanzar en la agenda concreta del «bienestar social» de quienes menos tienen, ya que si bien —como se ha demostrado— no se ha abandonado el crecimiento económico y el cuidado de las finanzas nacionales, existe una reorientación histórica del presupuesto a los sectores sociales más necesitados.

Es cierto que existen otras dimensiones en las cuales se puede agrupar el conjunto de esfuerzos acometidos por el actual gobierno. En lo que respecta a AMLO, sin embargo, en el centro de la batalla ideológica se encuentran dos elementos claves, uno destructivo y otro constructivo: la erradicación del neoliberalismo en lo social, económico, político y cultural, y la construcción de una nueva conciencia histórica que fundamente los avances alcanzados.

La crítica al modelo económico neoliberal ha sido constante en sus discursos y en sus textos. Ya en su libro *Hacia una economía moral* (2020), López Obrador mencionaba que el modelo neoliberal consistía, «en esencia, en fincar la prosperidad de pocos en el sufrimiento de muchos»<sup>3</sup>, considerando que durante el periodo histórico en el cual predominó este modelo, en el país se vivió el mayor agravamiento de la desigualdad, así como el mayor saqueo y privatización del patrimonio de millones de mexicanas y mexicanos. De ahí la necesidad de desmontar y destruir el paradigma económico anterior, que era profundamente corrupto e hipócrita, que no titubeaba al hablar de competencia económica cuando el mercado interno estaba monopolizado, que afirmaba que los pobres no pagaban impuestos cuando eran quienes

<sup>3</sup> Andrés Manuel López Obrador, *Hacia una economía moral*, Planeta, México, 2020, p. 34

más contribuían a las arcas de país, mientras que a las altas esferas se les condonaban. En este sentido, el libro no sólo aborda las acciones contra el neoliberalismo de esta gestión, sino que va más a fondo al explicar y desmenuzar la realidad que implicó el modelo neoliberal para el país, así como la hipocresía de la oposición conservadora, que busca reivindicar la desigualdad y la corrupción del régimen anterior.

En cuanto a la posibilidad de construir un cambio de mentalidad durante el actual proceso de transformación, nos encontramos con que es aquí en donde se halla el aporte más enriquecedor de los dos últimos libros de AMLO. Para él —a nuestro juicio— resulta muy importante puntualizar esta cuestión, quizá buscando orientarse a la problematización en torno a la importancia de asentar un cambio en la subjetividad, en la conciencia de la población, lo que desde el Instituto Nacional de Formación Política se busca también bajo la idea de la «revolución de las conciencias». No basta con cambiar al régimen, es necesario generar un cambio de mentalidad que sea diferente a la individualista; que se separe del comportamiento utilitario y del pragmatismo desarrollado a toda costa; que renuncie al aspiracionismo exacerbado que pone en peligro a la comunidad, teniendo como nuevo principio (que quizá es el más antiguo de todos) el bienestar de la mayoría. En este elemento descansa el sentido de hacer de la honestidad una forma de vida y de gobierno.

No debemos dejar de lado, desde luego, que la defensa de estas ideas apunta necesariamente a la exigencia de que ese cambio de mentalidad se lleve a cabo, también, en la vida interna de nuestro partido-movimiento, el cual tiene el gran reto de volverse un punto de apoyo para el proyecto de la Cuarta Transformación y no sólo moverse en los márgenes meramente pragmáticos de la lógica electoral y de la vieja política. Salir airosos de este proceso histórico, manteniendo nuestra vocación de movimiento transformador de la vida material y de las conciencias, sólo será posible si seguimos retornando a las bases sociales, a las comunidades, a los recorridos casa por casa, y a la organización popular donde el liderazgo recaiga en la colectividad.

Andrés Manuel López Obrador maneja como pocos estos dos equilibrios necesarios. Por un lado, la necesidad de destruir material e ideológicamente el modelo neoliberal, al tiempo que establece las bases para la transformación del país; y por otro, la vinculación ineludible que debe existir entre una transformación con acciones concretas y un cambio de conciencia profundamente popular. Por eso consideramos que en este libro AMLO parece ya no estar enfocado sólo en la obtención de respaldo popular

No basta con cambiar al régimen, es necesario generar un cambio de mentalidad que sea diferente a la individualista; que se separe del comportamiento utilitario y del pragmatismo desarrollado a toda costa.

para el gobierno o en el debate con los opositores, sino en la construcción de una conciencia social que haga suyos los principios de la Cuarta Transformación, que los defienda y que sea capaz de impulsarlos desde la claridad que da una clara conciencia en el ejercicio del gobierno, porque, como ya lo señalaba Gramsci, «una reforma intelectual y moral no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma económica, o mejor, el programa de reforma económica es precisamente la manera concreta de presentarse de toda reforma intelectual y moral»<sup>4</sup>.

Es por eso que Blanca Heredia se equivoca cuando afirma que AMLO ha sido un político que como pocos ha podido desmontar un régimen que le ha antecedido, pero que no cuenta con la misma capacidad para construir uno nuevo<sup>5</sup>. La elevación de programas sociales a nivel constitucional, la erradicación de la condonación de impuestos, la reforma laboral que acaba con el *outsourcing* e impulsa la democratización de los sindicatos, el desarrollo de proyectos de infraestructura en el sur del país, el no aumento de la deuda, el fortalecimiento del sistema de salud, los avances para recuperar la soberanía energética, entre otros, muestran, como señala AMLO, que «se han establecido las bases para la transformación de México y, reitero, el logro más importante ha sido el cambio de mentalidad con la puesta en práctica de un proceso de pedagogía política o concientización continuo»<sup>6</sup>.

Finalmente, habría que decir —con el ánimo de incentivar la lectura de esta importante obra— que consideramos que este nuevo libro de Andrés Manuel López Obrador, si bien hace la labor de mostrar los principales avances alcanzados después de estos tres años de gobierno, explica las razones de las decisiones tomadas, hace un balance de lo logrado, pondera el papel de la oposición y delinea los objetivos para esta segunda mitad del gobierno; su principal aporte es que insiste en el hecho de profundizar en el cambio de conciencia necesario como acompañamiento en la construcción de un proyecto político de transformación que sea justo, equitativo, popular, con vocación de servicio y honestidad, y que por lo tanto haga suya la máxima del movimiento: «no mentir, no robar y no traicionar al pueblo de México». Sigamos, pues, construyendo la «revolución de las conciencias». ☉

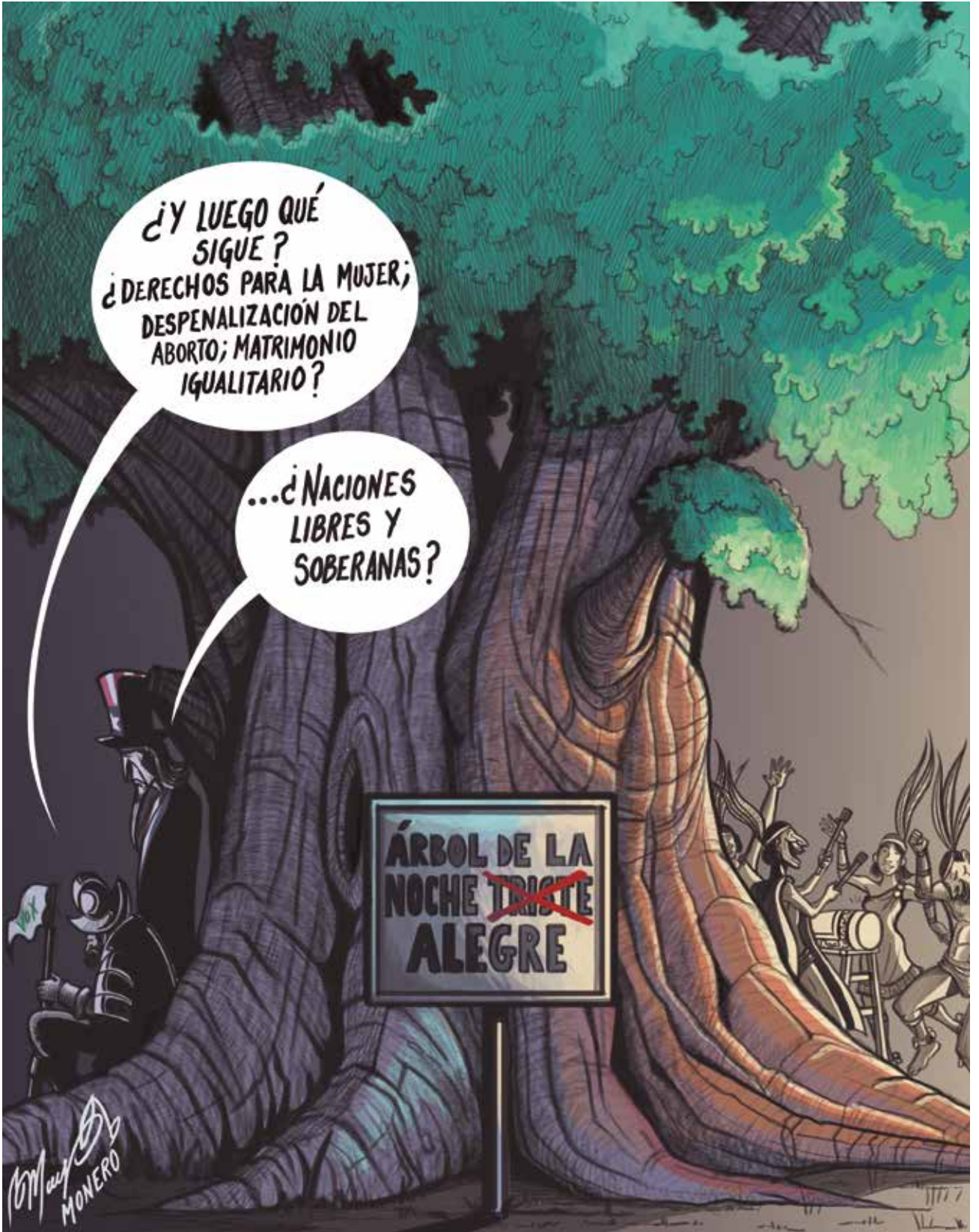
<sup>4</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablo Editor, México, 2009, p. 31

<sup>5</sup> Blanca Heredia y Hernán Gómez (coords.), *4T: claves para descifrar el rompecabezas*, Grijalbo, México, 2021, p. 71

<sup>6</sup> Andrés Manuel López Obrador, *A la mitad del camino*, Planeta, México, 2021, p. 10







Descolonizando el árbol, Mayo Monero



